

"Eurocomunismo" y Estado

El «eurocomunismo»
como el modelo revolucionario idóneo
en los países capitalistas desarrollados

Santiago
Carrillo

El último libro
del secretario general
del Partido Comunista de España



CRITICA
Grupo editorial
Grijalbo

Eurocomunismo y Estado
Santiago Carrillo
1977

Fuente:
EDITORIAL CRÍTICA
Grupo Editorial Grijalbo
Barcelona, 1977

La presente obra ha sido digitalizada y maquetada
por Demófilo, respetando el texto original,
en el mes de noviembre de
2019



Libros Libres
para una Cultura Libre

Biblioteca Virtual
OMEGALFA
2019
Ω

SANTIAGO CARRILLO

**“EUROCOMUNISMO”
Y ESTADO**



Biblioteca Virtual
OMEGALFA
2019
Ω

INDICE

Palabras de introducción	6
1. El Estado frente a la sociedad	10
2. Los aparatos ideológicos del Estado	29
3. Los aparatos coercitivos del Estado	56
4. El modelo de socialismo democrático	90
5. Las raíces del “Eurocomunismo”	129
6. Sobre la dictadura del proletariado	164

*Dedico este libro a T. y R.;
a B.; a Carmen, Santiago,
Pepe y Jorge, que tanto me
han ayudado*

PALABRAS DE INTRODUCCIÓN

Una circunstancia excepcional me ha permitido disponer de tiempo libre y estado de ánimo propicio para emprender lo que, hasta cierto punto, tiene de aventura toda exploración en uno de los temas más embrollados y difíciles que se plantean hoy a un comunista.

Al cruzar, en febrero de 1976, la frontera de España, sabía que durante un tiempo, más o menos largo, mi presencia no sería tolerada por las autoridades y me obligarían a seguir una vida de clandestinidad estricta. Y aunque mi propósito era ir rompiendo, paso a paso, esa situación y conquistando mis derechos de ciudadano español a la vez que participaba activamente con mis camaradas en la elaboración de las decisiones políticas y en la tarea de poner en pie un Partido Comunista adecuado a las condiciones de la democracia, estaba seguro de que la forma en que me vería obligado a hacerlo me dejaría tiempo libre para profundizar en ideas que venían trabajándome desde tiempo atrás y para escribir sobre ellas.

Un amigo generoso me ha facilitado su biblioteca, variada y abundante, en la que los volúmenes dedicados al Estado —sujeto de mi preocupación— eran muchos, aunque por las limitaciones de la censura española no todos los de carácter marxista que hubiese necesitado para precisar citas y fuentes y para contrastar mis recuerdos. Entre las lecturas, una parte me ha servido de poco, otras, por el contrario, me han sido muy útiles. En condiciones de libertad quizá hubiera podido utilizar fuentes más sólidas, que me ayudasen más; pero difícilmente habría encontrado el tiempo libre para hacerlo. Váyase, pues, lo uno por lo otro.

El 11 de julio de 1919, en una conferencia en la Universidad

Sverdlov sobre el tema «Acercas del Estado», Lenin advertía a sus oyentes que no se desanimasen si su exposición no les resultaba suficientemente clara y convincente «ya que el problema del Estado es uno de los problemas más complicados, más difíciles y, quizás, el más embrollado por los hombres de ciencia, los escritores y los filósofos burgueses».

A esto yo añadiría, modestamente, desde mis insuficiencias de autodidacta, que los mismos textos marxistas adolecen de obscuridades y hasta, a veces, de contradicciones —por lo menos formales— que pueden suscitar dudas y en todo caso motivos de reflexión en el lector. ¡A tal punto es embrollado el tema! Y si de la teoría pasamos a la práctica, la contradicción y el embrollo alcanzan mayores proporciones, ya que entre el Estado socialista de transición que describía Lenin en su libro clásico sobre el tema, y el Estado que luego surgió y fue desarrollándose en la realidad, aún en vida de él y, ¡no digamos!, con posterioridad a su muerte, hay diferencias fundamentales.

Al lector quizá le extrañe la frecuencia con que en las líneas siguientes utilizo el término «eurocomunismo». Está muy de moda, y aunque no haya sido acuñado por los comunistas y su valor científico sea dudoso, ante la opinión pública reviste ya un significado, y en términos generales diferencia una de las tendencias comunistas actuales. Si es todavía algo impreciso, una parte por lo menos de su imprecisión corresponde a lo que hay aún de inconcreto, de tanteo, en esa tendencia que hasta ahora se ha manifestado más en una corrección seriamente autocrítica de la política que en una elaboración de carácter teórico. En este caso, vuelve a demostrarse que la práctica adelanta corrientemente a la teoría, que ésta es una generalización de aquélla, aunque la práctica adquiera solidez y contenido fundamental cuando la teoría la confirma, le da rigor científico y amplía y aclara su proyección.

Pero la política y las implicaciones teóricas que justifican el «eurocomunismo» definen una tendencia del movimiento pro-

gresista y revolucionario moderno que trata de ceñirse a las realidades de nuestro continente —aunque es válida en esencia para todos los países capitalistas desarrollados— y de adaptar a ellas el desenvolvimiento del proceso revolucionario mundial, característico de nuestra época.

Los problemas y contradicciones reales que existen en el movimiento obrero y comunista mundial, públicos y notorios, son un reflejo de los que conforman aquel proceso. En ellos entran, evidentemente, contradicciones de Estado, unas originadas por las vías particulares que la formación de esos estados ha revestido bajo las anteriores formaciones sociales, en las que las anexiones forzadas han desempeñado no poco papel, creando realidades políticas que no siempre corresponden a las étnicas e históricas; entran también, superpuestas a aquéllas, contradicciones nuevas, surgidas de la diferencia de intereses en unos u otros problemas y del hecho, al que ya se refería Lenin, de que el proletariado no se convierte en santo por el hecho de haber tomado el poder. Pero, a la vez, los problemas y contradicciones en el movimiento obrero y comunista surgen de la diversidad de vías, condiciones concretas, peso de las tradiciones culturales, estructuras económicas y sociales, que originan tendencias político-ideológicas reales y que cobran mayor entidad cuando el proceso revolucionario abarca al conjunto mundial, con su enorme diversidad.

Esas tendencias son hoy una realidad, y no se resolverán con •decretos de unificación» ni con excomuniones; se irán extinguiendo en un largo proceso de universalización de la sociedad, de la cultura, del sistema económico y político socialista que nadie puede predecir cuánto durará.

Ahí está, pues, afirmándose como una realidad, lo que se llama «eurocomunismo» mientras no encontremos una mejor definición. Conviene, sin embargo, advertir que esta tendencia ni es una organización ni tiene siquiera un programa común elaborado, aunque posea una especificidad que no puede ser negada y

que se manifestó, con matices, en conferencias internacionales como la de junio de 1976 en Berlín.

No se trata, aludiendo a términos de divulgación, de una tercera vía. Porque si nos pusiéramos a enumerar las vías diferentes que está siguiendo el proceso revolucionario mundial, serían bastantes más de tres las conocidas.

Tampoco se trata de un retroceso hacia las posiciones de la socialdemocracia, ni de una negación de las razones históricas que justifican el nacimiento de los partidos comunistas.

Hay que reconocer, en cambio, que el enfoque que se hace a continuación del problema del Estado entraña una diferenciación con las tesis de Lenin en 1917 y 1918, aplicables a Rusia y teóricamente al resto del mundo en aquella época; inaplicables hoy, por rebasadas, en los países capitalistas desarrollados de Europa occidental. Y lo que las ha hecho inaplicables es el cambio de las estructuras económicas y la ampliación objetiva de las fuerzas sociales progresistas, el desarrollo de las fuerzas productivas —entre ellas la energía nuclear—, los avances del socialismo y la descolonización, la derrota del fascismo en la segunda guerra mundial.

Quizás a algunos les suene a blasfemia leer que algunas tesis de Lenin están rebasadas; son los que ignoran que él dijo lo mismo sobre Marx, y que los continuadores soviéticos de Lenin revisaron abiertamente algunas tesis de éste.

Mi trabajo sobre este tema quedó interrumpido al ser detenido en Madrid el día 22 de diciembre de 1976. Una semana más tarde, al salir de prisión, al ser un ciudadano legal, ya no voy a disponer, en lo inmediato, de tiempo para seguir puliéndole. Me limito a hacer una revisión rápida para darle a la imprenta, convencido de que sus lagunas e insuficiencias serán superadas en el curso del debate que se establezca en torno a un tema tan importante y decisivo.

EL ESTADO FRENTE A LA SOCIEDAD

EL PROBLEMA DEL PODER DEL ESTADO SIGUE
SIENDO EL PROBLEMA DE TODA REVOLUCIÓN

No quiero demorar, desde estas primeras líneas, el enunciado de la cuestión espinosa que intento simplemente plantear con la voluntad de iniciar un debate en el que mentes más cultas y lúcidas prosigan la labor, incluso a costa de mi apisonamiento. Se trata del tema del Estado, la democracia y el socialismo, en la perspectiva específica en que ha sido planteado por el PCE y, en términos semejantes —en sus grandes rasgos—, por otros partidos comunistas como el italiano, el japonés, el francés, el británico, el sueco, etc., que en estos momentos, sin pretender actuar de *ejemplo*, trazan una línea renovadora en el movimiento obrero y comunista internacional, insertos en las características económicas, sociales y políticas de los países capitalistas económicamente desarrollados.

Sobre esta línea, ciertos correligionarios, y muchos adversarios, han escrito muy críticamente. Los correligionarios nos han acusado de oportunismo, de abandono del internacionalismo en favor del «nacionalismo»; de «antisovietismo», de deserción de la «posición de clase»; en una palabra, de algo que tiene una connotación tan confusa como «terrorista»: de *revisionismo*.

En el recuerdo de los que lean, no se habrán borrado artículos y discursos de dirigentes y funcionarios de los países del Este que han sembrado a voleo tales acusaciones.

En cambio nuestros adversarios políticos, o incluso ciertos aliados, nos atacan o emiten reservas desde otro ángulo; dicen o

sugieren que puede tratarse de una simple «maniobra coyuntural», en unos casos para facilitar el entendimiento con otras fuerzas democráticas y salir del *ghetto* de la clandestinidad, en otros, para lograr mejores resultados electorales; en último fin, para abrirnos camino más fácilmente hacia el gobierno, y, una vez en él, cuando nos sintamos fuertes, «dar el golpe y quitarnos el antifaz».

Al exponer las críticas de unos y otros estoy resumiéndolas someramente; muchas veces hay en ellas matices más complejos, pero en esencia su sentido es éste.

Aun estimándolas profundamente erróneas —y en un sinfín de casos interesadas y deshonestas— yo no subvaloro los efectos de esas críticas, no ya sólo entre ciertos sectores obreros y populares, entre medios profesionales e intelectuales o de capas medias, sino incluso en el seno de nuestro propio partido. Incluso en nuestras filas puede haber quienes piensen que estamos bordeando, si no penetrando en el campo de la revisión del marxismo, poniendo en peligro nuestra concepción revolucionaria marxista. Y, al contrario, es probable que haya también camaradas que piensen que, en efecto, nuestra orientación es una especie de maquiavelismo para alzarnos, en un momento dado, *con el santo y la limosna*, encontrando esta actitud como lo más natural del mundo.

En la política al uso, hasta en un país como España, que sale penosa e inciertamente de cuarenta años de dictadura, los partidos políticos —no el nuestro— acuden a todos los trucos que tácticamente les ayuden a erguirse y afirmarse, sin embarazarse demasiado por los principios. A esos partidos se les perdona y disculpa todo; se les admiten esos métodos como de buena ley puesto que se parte del principio de que, aunque ganen, no van a modificar el sistema social. En cambio sobre los comunistas están plantados los focos de la atención general; con nosotros no existe esa tolerancia. Se sabe que nos proponemos cambiar el sistema social, puesto que no hacemos misterio de ello. Y mu-

chos temen que destruyamos también irreversiblemente las libertades políticas y anulemos los derechos de la oposición, puesto que otros partidos comunistas lo han hecho así en los países donde han triunfado.

Para las vías que nos proponemos —la conquista de un socialismo que mantenga y enriquezca, dándoles además nueva dimensión económica y social, las libertades democráticas políticas y los derechos humanos, que son un logro histórico irrenunciable del progreso, humano—, para la realización de ese ideal no basta con que nos desembaracemos de algunas fórmulas acuñadas por nuestros teóricos —como la de *dictadura del proletariado*— ni que afirmemos nuestro respeto por el juego democrático. Hace falta un análisis global de la sociedad capitalista desarrollada de hoy y su contexto mundial; de las consecuencias del progreso de los medios de producción y las nuevas estructuras sociales que ha promovido. Se impone, particularmente, el estudio del Estado actual y, sobre todo, de las posibilidades de transformarlo por una vía democrática, e, igualmente, la profundización crítica de las ideas del marxismo.

Mientras no elaboremos una concepción sólida sobre la posibilidad de democratizar el aparato de Estado capitalista, transformándole así en una herramienta válida para construir una sociedad socialista, sin necesidad de destruirle radicalmente, por la fuerza, o bien se nos acusará de tacticismo, o bien se nos identificará con la socialdemocracia.

Porque el aparato del Estado, en su conjunto, sigue siendo el instrumento de la clase dominante, y un instrumento de mucho cuidado. Esta es una verdad marxista. El Estado no está por encima de las clases, no es un árbitro entre ellas, como pretende repetir una ideología que se remonta, en unas u otras versiones, por lo menos hasta Hegel y que el fascismo ha llevado al extremo límite. Sin transformar el aparato del Estado, toda transformación socialista es precaria y reversible, no ya por un resultado electoral, ante el que sería lógico y natural inclinarse, sino por un

golpe de fuerza de los mismos encargados de defender teóricamente la legalidad.

La experiencia chilena muestra que bajo el régimen de Unidad Popular, comprometido en una experiencia socialista, el aparato del Estado continuaba siendo un instrumento de dominación de los capitalistas, penetrado además profundamente por el imperialismo norteamericano, sus servicios y sus multinacionales. Este aparato dio *la vuelta a la tortilla*, abolió la constitución democrática y estableció una feroz dictadura militar en cuanto surgió una coyuntura favorable.

El Estado capitalista se halla ahí como una realidad. ¿Cuáles son sus características actuales? ¿Cómo transformarle? Este es el problema de toda revolución. Y también de aquella que nos proponemos realizar por vía democrática, pluripartidista, parlamentaria. No es posible ignorarlo.

También se impone una mayor profundización sobre la relación entre democracia y socialismo, sobre el concepto mismo de democracia que marxistas muy respetables han despachado con lo que yo, en mi ignorancia, considero ligereza y precipitación.

Igualmente vale la pena reflexionar a estas alturas, de nuevo, sobre el concepto de socialismo. Tenemos ya diversos ejemplos de sociedades que de un modo u otro se han adentrado en las vías del socialismo. En vez de mitificarlas, sobre todo en una época en que hasta los mitos religiosos están en crisis, tendríamos que estudiar su experiencia para salir del terreno más o menos profético y utópico con que nuestros maestros abordaban el tema cuando no poseían estas experiencias, para ver más a fondo los caminos diversos del socialismo, sus obstáculos, las trampas, hasta sus límites en ciertas condiciones.

Por otra parte, algunas cosas que tenemos tendencia a olvidar cuando nos situamos en un terreno de subjetividad y, en el fondo, de idealismo, son elementos básicos del marxismo, como el papel del desarrollo de los medios de producción, cuyo nivel

influye objetivamente, incluso por encima de nuestro voluntarismo, sobre el contenido real de las relaciones de producción.

Las relaciones de producción nos dicen el carácter de una sociedad, de un régimen social. Pero más allá de las relaciones de producción formales, la última verdad sobre su contenido reside también en el desarrollo concreto de los medios de producción, de las fuerzas productivas. Las relaciones socialistas de producción que no se asientan sobre una base suficiente de desarrollo de las fuerzas productivas pueden tener aspectos *formales*, entendiéndolos en el sentido que muchas veces damos a las libertades en la sociedad burguesa. En resumen, para situarse en el terreno del materialismo histórico no basta reconocer el papel de la lucha de clases en el desarrollo social —aunque ello sea esencial—, hay que percibir toda la importancia del otro componente dialéctico del materialismo histórico: el desarrollo de los medios de producción. En la historia hay ocasiones en que el auge de la lucha de clases permite dar saltos momentáneos que van más allá del grado de desarrollo de los medios de producción; pero, en definitiva, con el tiempo, este último componente vuelve a recuperar su peso y puede desequilibrar, alterar, poner en cuestión —hasta cierto punto— los saltos dados en un momento estelar de la lucha de clases. La autonomía de las superestructuras es real dentro de ciertos límites. Pero no existe autonomía ilimitada de las superestructuras. A veces olvidan los condicionamientos a que están sometidas éstas los jefes que desde el poder piensan que los instrumentos de mando, y su voluntad personal o de equipo, pueden decidirlo todo, superar todas las trabas, liberarse de todas las leyes objetivas que les condicionan; y en definitiva proceden como unos arbitristas necesitados a cada paso de encontrar *chivos expiatorios* que respondan de la desproporción entre sus planes y sus posibilidades reales. Y también incurren en semejante error, aunque a la inversa, los críticos, aun bien intencionados, que tratan de juzgar, desde un punto de vista puramente ético, tales o cuales errores o aberraciones. Abordar estas cuestiones en el contexto de la época

no significa de ninguna manera renunciar a la revolución, al socialismo.

No es —por lo menos en lo que a mí respecta— el resultado de una decepción, de una desilusión producida por la desproporción entre la utopía, los mitos que nos han nutrido durante un período, y la realidad de lo logrado hasta aquí por las revoluciones y los avances del movimiento obrero y de liberación. Hoy creo en todo lo que creía a los veinte años y tengo, también en esencia, las mismas ilusiones de entonces, pienso que con mayor fundamento todavía. Me producen pena y decepción los que las han perdido.

Con todos sus errores y aberraciones, la Historia con una H mayúscula ha progresado hasta el punto en que se halla hoy gracias a esas revoluciones y a esos avances. Es verdad que el proceso histórico se desenvuelve en medio de grandes *anomalías*. La voluntad humana y las ciencias sociales deben desempeñar un papel cada vez mayor para superar y controlar los efectos de esas *anomalías*. Pero negar el progreso, achicarse, dejarse ganar por la desesperanza y la desilusión, quedarse a un lado asumiendo el papel de contable de los reveses y de profeta de las catástrofes venideras, no cuadra de ningún modo al verdadero revolucionario.

Mis respetos para los estetas; también ellos pueden desempeñar y desempeñan un papel útil recordando los límites que la política no debe traspasar: pueden ser una especie de conciencia moral. Pero si tuvieran que hacer ellos mismos la política terminarían en la horca, a manos de las fuerzas conservadoras, o evadiéndose de su función para huir del riesgo. Desencadenarían catástrofes mucho mayores.

Con todo esto no quiero negar que yo he cambiado de manera de ver sobre una serie de cuestiones y que los que a veces me lo recuerdan —o me lo reprochan— tienen razón. Los comunistas hemos cambiado diversos puntos de vista defendidos en otros períodos. Quienes en ocasiones dudan de la sinceridad de esos

cambios —personas, muchas de las cuales, ellas sí, no han cambiado fundamentalmente nada, y se creen que el mundo y nosotros, después de haber cerrado un círculo, retornamos a las que han sido siempre sus posiciones, sin darse cuenta de que el círculo no es tal, sino una especie de espiral que pareciendo acercárseles se eleva y se distancia cada vez más de ellos— no tienen razón. La tendencia natural del hombre y particularmente del hombre de carácter, comprometido en una causa a vida o muerte, es «mantenella y no enmendada». Si nosotros, a quienes creo que no puede negárseles carácter y firmeza en el compromiso militante, la enmendamos es porque hemos llegado a un convencimiento profundo, en el que la experiencia personal e histórica ha desempeñado un papel decisivo. Y lo que quizá sea más valioso no es que nosotros mismos hayamos aprendido y tengamos el valor de decirlo, sino que el dar testimonio de nuestra propia vida es susceptible de proporcionarnos una autoridad que otros, careciendo de la misma vivencia, no poseerían a la hora de corregir el rumbo.

Somos muchos los militantes históricos del comunismo que hemos cambiado la forma de juzgar una serie de problemas; yo diría que, con rarísimas excepciones, hemos cambiado todos. Y aunque parezca una afirmación aventurada, añadiría que los que más han cambiado son precisamente los que parece que no han cambiado absolutamente nada, los que siguen, erre que erre, repitiendo las fórmulas de hace 30, 40, 50, 100 años. Porque entonces esas fórmulas eran conceptos que recubrían una realidad totalmente diferente a la de hoy. Tenían una substancia interna distinta a la actual de exaltación revolucionaria. Hoy esas mismas palabras, esas mismas fórmulas, recubren conceptos distintos, hasta contradictorios; su substancia real en muchos casos se ha tornado estérilmente conservadora. Aunque quienes las repiten sean sinceros y no se percaten del cambio, recuerdan más a los oficiantes rutinarios de una religión oficializada que a revolucionarios que luchan por un mundo mejor. Por no citar a los simples bigardos que se limitan a cumplir órdenes para

conservar o mejorar su puesto en la jerarquía.

Estoy profundamente convencido de que los comunistas que hemos cambiado nuestra forma de enjuiciar ciertos problemas, que nos esforzamos por aprender en la experiencia, por aferrarnos a la realidad concreta y deducir de ella orientaciones adecuadas a la lucha por el socialismo en el mundo en que vivimos hoy, somos precisamente los que en cuanto al fondo no hemos cambiado; los que seguimos sintiéndonos responsables por la victoria del socialismo; entregados sin reservas, hasta el último aliento, a la defensa de la causa del comunismo.

En la historia del movimiento obrero hubo polémicas célebres — Engels y Dühring, Kautsky y Bernstein, Lenin y Kautsky; para citar las más famosas— en las que el término «revisionismo» adquirió una tonalidad ignominiosa que se intenta emplear ahora contra quienes modificamos ciertas concepciones, basándonos en la realidad que circunda nuestra lucha concreta y en los problemas del movimiento socialista contemporáneo.

Pero se olvida, también, que ha habido un *revisionismo* revolucionario, marxista. Marx escribía en *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, refiriéndose a las revoluciones burguesas, que en éstas:

La tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos. Y cuando éstos aparentan dedicarse precisamente a transformarse y a transformar las cosas, a crear algo nunca visto, en estas épocas de crisis revolucionaria es precisamente cuando conjuran temerosos en su auxilio los espíritus del pasado, toman prestados sus nombres, sus consignas de guerra, su ropaje, para, con este disfraz de vejez venerable y este lenguaje prestado, representar la nueva escena de la historia universal.

En cambio —añadía—, las revoluciones proletarias se critican constantemente a sí mismas, se interrumpen

constantemente en su propia marcha, vuelven sobre lo que parecía terminado, para comenzar de nuevo, se burlan concienzuda y cruelmente de las indecisiones, de los lados flojos y de la mezquindad de sus primeros intentos...

Es decir, las revoluciones proletarias se revisan a sí mismas, y los revolucionarios también. Lenin *revisó* ciertas tesis de Marx y creó, por ejemplo, la del *desarrollo desigual del imperialismo* y la utilización de sus eslabones más débiles para fundamentar la gran revolución socialista de Octubre. Desde el punto de vista del marxismo *formal* Kautsky tenía razón al afirmar que en Rusia no se daban las condiciones para la realización del socialismo en 1917. El régimen capitalista no había logrado allí un alto grado de desarrollo. Pero el marxismo *formal* de Kautsky no podía ser aplicado a la crisis revolucionaria de la Rusia del 17.

Lenin se *revisó* también en diversas ocasiones a sí mismo.

La nueva política económica implantada en 1919 *revisaba* toda la política económica anterior. Cuando en su discurso sobre la revolución china hablaba sobre los soviets campesinos, sustitutos de los soviets obreros de Rusia, procedía a una revisión de la propia experiencia soviética, que tenía en cuenta la realidad concreta de China. Al renunciar, llegando al poder, al programa agrario del partido bolchevique, para asumir y hacer suyo el del partido socialrevolucionario, ¿acaso no revisaba también?

Stalin, que se decía continuador de Lenin, *revisó* y anuló tranquilamente, con la aprobación de instancias del PCUS, tesis enunciadas por Lenin. Krushev no se limitó a revisar, sino que condenó —y con razón— prácticas e ideas de Stalin, con la aprobación del XX y el XXII Congresos. Los actuales dirigentes del PCUS *revisaron* y además enterraron vivo políticamente a Krushev.

No se trata ahora de desentrañar cuanto hubo de justo o injusto en esas *revisiones* sucesivas, sino de concluir de la forma más clara y simple que *revisar* —en sentidos contrapuestos— lo han hecho

no sólo los antimarxistas, sino los marxistas más destacados. Y que algunos de los que se rasgan ahora las vestiduras contra el *revisionismo* del Partido Comunista de España y otros partidos occidentales han sido revisionistas —incluso de su propia obra— diversas veces, aunque hayan encontrado siempre chivos expiatorios a quienes responsabilizar de acciones en las que, por lo menos, de uno u otro modo, eran responsables.

Abordar hoy el problema de la vía hacia el socialismo en la democracia, de la significación de la democracia, del carácter y el contenido del socialismo, como pienso hacerlo —bajo mi única responsabilidad— en las líneas siguientes, significa poner en entredicho ideas y soluciones que yo mismo he justificado en otras épocas. Al hacerlo, estoy convencido de que yo y todos los que investigamos en este sentido procedemos manteniéndonos fieles a la esencia del marxismo revolucionario, defendiéndola; somos tan comunistas como en el pasado. No tratamos de «echar una mano» al capitalismo imperialista decadente, sino de acelerar su liquidación; no vamos al campo del socialdemocratismo, al cual ideológicamente seguimos combatiendo, queremos actuar como marxistas, como comunistas, en los países desarrollados en que nos desenvolvemos, en la década del 70.

Las soluciones que propugnamos no valen sin duda para todo el mundo; valen para el nuestro y otros países en grado semejante o superior de desarrollo. Los que piden un desarrollo pluralístico y parlamentario, por ejemplo para Vietnam, Laos y otras zonas del Tercer Mundo, en donde históricamente no han existido jamás esas instituciones, ladran a la luna. El socialismo y la democracia revestirán en ellos formas distintas. En error idéntico, a la inversa, inciden quienes quieren erigir en *leyes generales* de la revolución y el socialismo sus propios modelos y aplicárnoslos a los demás. La previsión genial de Lenin sobre la diversidad de vías al socialismo se ha confirmado plenamente, si es que no ha sido sobrepasada por la realidad.

El marxismo se funda en el análisis concreto de la realidad

concreta. O es eso, o es pura *ideología*, en el sentido peyorativo del término, que prescinde de la realidad y se convierte en algo que ya no es marxismo. Y la realidad de estas fechas en España, Europa y el mundo capitalista desarrollado tiene particularidades muy concretas de las que no podemos evadirnos. Las fuerzas conservadoras españolas serían más felices si frente a ellas hubiera un Partido Comunista dogmático, sectario, aferrado a posiciones superadas, que continuara imaginando la revolución española como un simple calco de otras revoluciones anteriores, porque un partido así sería sumamente vulnerable, incapaz de salir del aislamiento y del *ghetto*, de marcar con su impronta el proceso político, de convertirse en una gran fuerza revolucionaria, de contribuir a afirmar la hegemonía de la clase obrera en la vida del país. Pero no les daremos ese gusto.

CAMBIOS EN LA ESTRUCTURA Y LAS FUNCIONES DEL ESTADO, TRAS MARX, ENGELS Y LENIN

En esencia, la posición de Marx, Engels y Lenin sobre el Estado define a éste como un instrumento de dominación de una clase sobre otras, subrayando particularmente su carácter coercitivo.

Otros marxistas —entre ellos Gramsci y Althusser— se refieren también a los aparatos ideológicos, que actúan no tanto por la violencia sino sobre las conciencias, con medios esencialmente ideológicos. Entre los aparatos ideológicos están los religiosos (el sistema de las diferentes iglesias); los escolares (el sistema de diferentes escuelas, públicas y privadas); los familiares; los jurídicos; los políticos (el sistema político del que forman parte diferentes partidos); los de información (prensa, radio, TV, etc.); los culturales...

A todo esto habría que añadir hoy otra dimensión que el Estado capitalista va asumiendo cada vez más como representante de los principales grupos económicos dominantes: el control del desa-

rollo económico, que conduce a que sean constantemente más insignificantes las parcelas de la actividad social que escapan a la intervención directa del Estado.

Si el desarrollo de las fuerzas productivas rompió el carácter privado, familiar, de la producción y dio a ésta formas crecientemente sociales a partir de las cuales fue desarrollándose la contradicción entre dichas formas sociales y el carácter privado, capitalista, de la apropiación del beneficio, hoy el carácter social de la producción, de los servicios, del conjunto de la economía, ha adquirido un desarrollo espectacular, con el crecimiento fulgurante de las fuerzas productivas determinado por lo que se ha llamado la revolución científico-técnica.

El desarrollo de la tecnología pone en crisis el principio mismo de la empresa privada, pues sólo unas cuantas gigantes están en condiciones de disponer de las inmensas sumas de capital necesarias para utilizar dicha tecnología. El Estado capitalista acude a suplir los desfallecimientos del capital privado, sosteniendo con los recursos de la colectividad las industrias y servicios incapaces de autofinanciarse, o de desenvolverse con el crédito privado corriente. Lo mismo procede por medio de la inyección de capitales que por la disminución de tarifas de los servicios públicos, o la supresión de impuestos, o las primas a las exportaciones, cuando no convirtiéndose en comprador. Pero, en definitiva, los medios que el Estado emplea son los de la sociedad. Sin ser consultada, el conjunto de ésta subviene a las necesidades del desarrollo capitalista. De esta forma, el carácter social de la economía cobra dimensiones colosales. El último y más modesto contribuyente está financiando con su dinero los negocios monopolistas cuyo beneficio va a parar directamente a los propietarios de dichos negocios.

Este papel da al Estado capitalista, en tanto que instrumento del capital monopolista, un poder de intervención decisivo en la vida económica.

Aunque los gobernantes hablen aún de liberalismo y de libre

conurrencia, ésta, que existió realmente en otros períodos del capitalismo, desaparece totalmente. El crecimiento fabuloso de la tecnología la ha matado. Y como el desarrollo de la lucha de clases ha ido por detrás del de las fuerzas productivas, *no es el Estado socialista el que ha puesto fin a la libre concurrencia en nuestro mundo occidental; es el Estado de los monopolios el que trata de atribuirse una función social, por encima de las clases y de las ideologías, para justificar su permanencia.*

Uno de los ejemplos notables de la socialización creciente de la economía lo ofrece la decisión del gobierno francés de indemnizar a los agricultores y ganaderos perjudicados por la grave sequía del año 1976 con varios miles de millones de francos. En otros tiempos, los de la libre concurrencia, estas capas sociales tenían que hacer frente por su cuenta a las calamidades naturales, buscando la compensación a los años malos en los años buenos. Sin duda el sistema arruinaba a los agricultores y ganaderos más débiles, pero, coherente con su propia lógica, favorecía así la concentración capitalista de la propiedad. Sobre el principio de la solidaridad del conjunto de la sociedad con quienes hacen producir la tierra, que se invoca en el caso francés, no habría nada que objetar. Pero lo que sí merece impugnación es el hecho de que bajo el capitalismo monopolista de Estado el deterioro del sector agrario no se compensa con el plusvalor realizado por las grandes empresas industriales, los bancos y compañías de seguros, sino con la disminución de la parte de los salarios y sueldos de los productores a través del impuesto. Mientras tanto, las grandes empresas ven aligeradas sus cargas impositivas con el pretexto de favorecer su autofinanciación y el desarrollo de la economía. Además, de hecho, la distribución de las compensaciones se lleva a cabo arbitrariamente, favoreciendo a los agricultores y ganaderos fuertes y estimulando, por consiguiente, la concentración capitalista de la propiedad.

En los países capitalistas más débiles el Estado llega hasta a hacerse cargo directamente de las empresas y servicios que no rinden bastantes beneficios al capital privado. Así, en España, a

través del INI y otros organismos oficiales, el Estado se ha hecho cargo, en buena parte, de la siderurgia, la industria naval, los ferrocarriles, etc.

Últimamente, según algunas revistas especializadas, el INI está adquiriendo los bienes de algunas grandes empresas multinacionales que se van de nuestro país porque los cambios de situación política las llevan a dudar del porvenir de sus negocios.

Este Estado de hoy, que no solamente tiene a su servicio al ejército, a la policía, a los magistrados, a los cobradores de impuestos y a la burocracia tradicional, sino a cientos de miles de enseñantes, administradores, técnicos, periodistas y otros trabajadores, sigue siendo el instrumento de la dominación de clase que definían Marx, Engels y Lenin; pero sus estructuras son mucho más complejas, más contradictorias que las que conocieron los tres maestros del marxismo, y sus relaciones con la sociedad presentan ciertas características diferentes.

El sistema político-social, a cuya cabeza se encuentra ese tipo de Estado, es el que ha sido bautizado con el nombre de «neocapitalismo», que en los años de las «vacas gordas» posteriores a la segunda guerra mundial, hizo florecer toda clase de ilusiones reformistas.

Fue la época en que el desarrollo del consumo, los automóviles, los electrodomésticos, el crecimiento de los servicios, junto con el pleno empleo dieron ocasión al surgimiento de toda clase de teorías sobre la «desaparición» de las diferencias de clase y de la lucha de clases.

El profesor francés Georges Burdeau, resumiendo algunas de esas teorías, hablaba de un «Estado funcional», de una forma de sociedad «cuyos principios no pueden ser cuestionados porque corresponden a una lógica interna de los mecanismos sociales», que «invalida las antiguas oposiciones entre capitalismo y socialismo, al igual que resuelve los antagonismos entre burgueses y obreros»; «la política carece de títulos para pretender cam-

biarla [la sociedad]; su única tarea es la de administrarla, conformándose con su esencia profunda».

La *esencia profunda* de ese Estado, según el resumen del profesor Burdeau, es “*la colonización del Estado por la técnica*”, “*el despotismo de la técnica*”, que le *dicta* sus objetivos y saca los problemas del terreno de la política y de la lucha social para colocarlos únicamente en el aséptico, *aclasista* y funcional de los dictados del desarrollo tecnológico.

Estos conceptos son una distorsión y una mixtificación de la realidad. En efecto, el desarrollo de las fuerzas productivas tiene un enorme impacto en el sistema político-social. Tal desarrollo plantea exigencias nuevas en la forma de conducir el Estado. Con el nivel de las fuerzas productivas existentes hoy, la política de la sociedad debería, en efecto, concentrarse en lo que Marx y Engels llamaban *la administración de las cosas*. Pero ellos relacionaban este logro no sólo con el crecimiento de la tecnología, sino sobre todo con la cristalización de una sociedad sin clases oprimidas ni opresoras. Y justamente lo que hace imposible tener en cuenta los «dictados de la tecnología» —y con el crecimiento de ésta, las posibilidades de un nuevo humanismo en las relaciones sociales— es la pervivencia de dichas clases, y la utilización de la tecnología por la dominante para intentar preservar su dominación y sus privilegios. En la práctica, lo que realmente se infiere del desarrollo de las fuerzas productivas es que la sociedad moderna ha madurado para el socialismo.

Que las teorías diversionistas que resume el profesor Burdeau hayan sido manejadas por los grupos económicos dominantes, sustituyendo el origen divino del poder —en desuso hoy— por una nueva divinidad, la técnica, a la que se presenta rodeada a la vez de los méritos de lo racional y de lo irracional, es un hecho del que no cabe duda. Pero a medida que el tiempo de las «vacas gordas» ha dado paso al de las «vacas flacas», todas esas teorías han ido entrando en crisis. Lo que parecía racional ha dejado de serlo. Y el papel de la política y de las contradicciones sociales

ha reaparecido dominando los puros «dictados» de la técnica. Se ha puesto en evidencia que ese nuevo Leviatán, más monstruoso aún que el descrito por Hobbes, es hoy el nudo de cuantas contradicciones cruzan la sociedad, tremendamente vulnerable a todas ellas; apurando la imagen, y sin que ello nos lleve a minimizar su poder, un coloso con los pies de barro.

El movimiento de mayo y junio del 68 en Francia, con sus aspectos confusos y anárquicos y su inconclusión, no dejó de contribuir a poner de manifiesto los rasgos de debilidad de ese Estado, tras su aparente omnipotencia. Dicho movimiento fue, probablemente, la primera gran revuelta social contra tal tipo de Estado, precursora de otras.

Sin que estén claros todavía los factores determinantes del caso, el escándalo Watergate, en el que ciertos aparatos ideológicos de la sociedad entraron en conflicto abierto con los aparatos coercitivos y obtuvieron una victoria —aunque limitada— sobre éstos, son un tipo de enfrentamiento característico de las contradicciones que aquejan al sistema actual de Estado del capital monopolista.

El desarrollo tecnológico, controlado por un reducido número de grupos privados, ha llevado al Estado capitalista al cénit de su potencia; pero, al mismo tiempo, a un punto álgido de la crisis de ese tipo de Estado.

En otros tiempos, el Estado burgués liberal daba la apariencia externa de un *Estado árbitro* que *mediaba* entre las clases en lucha, y que cuando intervenía contra las protestas obreras, utilizando la fuerza bruta o las leyes clasistas, lo hacía en defensa no sólo de un grupo de capitalistas privilegiados, sino del conjunto de las otras capas y clases de la sociedad, de unos principios que sólo contestaba la minoría proletaria consciente.

CONFLICTO ENTRE LA SOCIEDAD Y EL ACTUAL TIPO DE ESTADO

En cambio hoy el Estado aparece, cada vez más claramente, como el *Estado gestor* en todos los terrenos, y particularmente en el de la economía. Y como es el *Estado gestor* que no sirve ya los intereses del conjunto de la burguesía, sino de la parte de ésta que controla los grandes grupos monopolistas —económicamente fundamental, pero humanamente muy reducida—, ya no se enfrenta sólo, como tal Estado, con los proletarios avanzados, sino que lo hace directamente con las más amplias clases y capas sociales, incluida parte de la burguesía: entra en conflicto directo con la mayor parte de la sociedad.

Es así cómo durante los últimos años, en los estados capitalistas desarrollados, hemos vivido formas de lucha social, enfrentamientos directos con el aparato del Estado, a los que no estábamos acostumbrados anteriormente, protagonizados por los propietarios agricultores y ganaderos, por los comerciantes, por sectores profesionales. Hemos visto también surgir formas de organización de los empresarios, que con diversos nombres —muchas veces utilizando el adjetivo *joven* en un sentido más relacionado con lo social que relativo a la edad— expresan los intereses y puntos de vista de la burguesía media, cuando no de sectores de lo que se ha llamado *tecnocracia*, zaleados entre el carácter social de la organización de las empresas que gestionan y las contradicciones que surgen entre dicho carácter y el hecho de que el beneficio capitalista sea el objetivo de aquéllas.

Créanse así vastas coincidencias sociales, imposibles en otros tiempos, entre el consumidor y el detallista, contra la política de precios; entre los propietarios agrícolas y ganaderos y los consumidores; entre la clase obrera, las fuerzas de la cultura, los campesinos y sectores burgueses. Y todas esas coincidencias se producen frente al gran intermediario monopolista o frente a los grandes monopolios que expolían o explotan a unos y a otros y,

en definitiva, frente al poder del Estado que aparece como el definidor y realizador de la gestión económica que privilegia a unos pocos y lesiona a los más. La contradicción entre los grupos monopolistas y el resto de la sociedad se concreta en la contradicción entre ésta y el poder del Estado. A partir de este momento resulta que la lucha política y social que el *Estado-gestor* o el *Estado-funcional* venía a suprimir, bajo *los dictados de la técnica* cobra una importancia y extensión cada vez más grande y decisiva. A pesar de las vanas teorías neocapitalistas, el Estado es cada vez menos *el de todos* y cada vez más *el de unos pocos*. La lucha por lograr el poder del Estado se sitúa en el centro de la preocupación social. Y los sistemas capitalistas del Occidente desarrollado que parecían inmutables e inmunes a toda amenaza revolucionaria, se encuentran de hecho ante una crisis, que no por presentar síntomas distintos a los de las revoluciones sociales de los países subdesarrollados deja de ser una crisis de perspectivas profundamente revolucionarias.

Pero un hecho que se presenta con aspectos novedosos, que un marxista no puede eludir tras posiciones doctrinarias estáticas, que tiene que afrontar con el método marxista del *análisis concreto de la realidad concreta*, es que esa contradicción entre sociedad y Estado, dadas las dimensiones y las características actuales del aparato del Estado, se puede y debe concretar cada vez más en *una crisis en el interior de ese aparato*, cuyos integrantes provienen, en su gran mayoría, de las clases lesionadas y están, en realidad, en una situación semejante a la de éstas, y que al formar una gran masa no pueden ser aparcados como el ejército y la fuerza pública en cuarteles erizados de defensas y aislados del conjunto social. Las corrientes ideológicas y políticas que se desarrollan en la sociedad tienen nuevas posibilidades de penetración en el aparato estatal y de conquista de sectores importantes de éste.

En movimientos caracterizados por el peso del factor espontáneo, como el de mayo y junio del 68, el conjunto de la sociedad no tenía aún conciencia clara de esta realidad. Pero en los años

posteriores esa conciencia ha ido avanzando, particularmente en países como Francia, el Japón y España, e incluso más lentamente en metrópolis de lo que fueron grandes imperios, como la Gran Bretaña. La crisis y, paralelamente, la acción concienciadora de las fuerzas de vanguardia conducirán indudablemente a generalizar la toma de conciencia y a plantear en términos más claros el conflicto entre la gran mayoría de la sociedad y los actuales poderes del Estado.

LOS APARATOS IDEOLÓGICOS DE ESTADO *

LA CRISIS DE LOS APARATOS IDEOLÓGICOS.

LA IGLESIA

Que las estructuras del actual Estado del capital monopolista se hallan en profunda quiebra, lo muestra, en primer lugar, la crisis de lo que en términos marxistas se denomina los *aparatos ideológicos del Estado*. Y conviene no olvidar el papel *esencial* de los *aparatos ideológicos*. Cuando éstos entran en crisis, esta misma crisis afecta también al aparato coercitivo estatal que ve quebrantadas las razones sobre las que se asienta la imperturbable y disciplinada obediencia y la fidelidad a los fines que se le dictan desde el poder.

En algunas de las revoluciones del pasado la estrategia de las fuerzas transformadoras consistió en condenar en bloque y destruir estos aparatos ideológicos, conjuntamente con los represivos. Sin embargo, la vitalidad de los aparatos ideológicos se mostró en muchos casos infinitamente más fuerte que la de los represivos. Y mientras éstos fueron destruidos con relativa facilidad, aquéllos persistieron y las revoluciones tuvieron que acomodarse y transigir con ellos en un compromiso a veces sumamente difícil, pero obligado.

* En este capítulo utilizo indistintamente el concepto “aparatos ideológicos del Estado” o el de “aparatos ideológicos de la sociedad”, porque, en realidad, algunos de esos aparatos aún conservan cierta autonomía en relación con el Estado, aunque cada vez menor, dada la creciente absorción de funciones por parte de éste.

La estrategia de las revoluciones de hoy, en los países capitalistas desarrollados, tiene que orientarse a dar la vuelta a esos aparatos ideológicos, a transformarlos y utilizarlos —si no totalmente, en parte— contra el poder del Estado del capital monopolista. La experiencia moderna muestra que eso es posible. Y que ahí está la clave —salvo en el caso de una catástrofe bélica o económico-política, difícil de imaginar hoy en los países desarrollados— para transformar el aparato del Estado por una vía democrática.

No se trata de una abstracción sin engarce en la realidad. Para convencerse basta mirar sin anteojeras fenómenos que empiezan a desarrollarse ante nuestra vista y concebir sus desarrollos posibles de futuro *interviniendo activamente en ellos*.

El más antiguo y decisivo de los aparatos ideológicos, la Iglesia, se encuentra hoy en el inicio de una crisis probablemente más profunda que la que dio origen al protestantismo luterano. Aquélla estaba ligada al hundimiento de la sociedad feudal y al nacimiento de la burguesía; ésta de hoy, al ocaso de la sociedad burguesa y al nacimiento de la socialista.

Por un lado los avances de la ciencia y de la técnica, y la extensión de la cultura a amplias masas, han desmantelado una serie de dogmas y creencias que se apoyaban en el infantilismo y en el atraso popular, que Lenin definía hace casi sesenta años escribiendo: «...los explotados..., incluso en las repúblicas burguesas más avanzadas y democráticas, constituyen, en su mayoría, una masa embrutecida, inculta, ignorante, atemorizada y falta de cohesión». Lenin no hablaría en esos términos de las masas explotadas del mundo capitalista desarrollado, hoy.

Una nueva pléyade de teólogos, siguiendo el camino abierto por Teilhard de Chardin, conscientes de la inanidad de toda una serie de fórmulas simplistas en las que se condensaba la «fe del carbonero», emprendieron una obra de largo alcance para cubrir el foso que separaba el catolicismo oficial de la ciencia. Los mitos de Adán y Eva, del mundo hecho en seis días, del cielo y el in-

fierno, y otros, han ido dejando paso a un cristianismo culto más adecuado a los tiempos que corren. El repliegue y el aislamiento creciente del catolicismo integrista son visibles, sobre todo tras el Concilio Vaticano II, aunque sus residuos pesen aún mucho en la Iglesia oficial y particularmente en Roma. Este fenómeno, conocido con la denominación de *aggiornamento*, ha iniciado en la familia cristiana lo que, sin hipérbole, puede considerarse una verdadera revolución cultural.

Como no podía ser menos, en la época en que el socialismo comienza a ser realidad, en que la existencia de una diferenciación y una lucha de clases abarca a los más amplios sectores de la sociedad, esta apertura cristiana hacia la ciencia tenía que trascender al terreno social, provocando otra apertura hacia las corrientes sociales transformadoras, hacia el socialismo.

En nuestro país tal evolución es visible, más pronunciada en el clero y en los militantes de las organizaciones cristianas de base, pero perceptible también en sectores todavía muy minoritarios de la jerarquía. La revista *Posible* se ha hecho eco de una encuesta confidencial que hizo la Conferencia Episcopal Española entre sus obispos en la XXIV Asamblea plenaria, del 23 al 28 de febrero de 1976. A la primera pregunta del cuestionario, sobre el capitalismo, la revista resume así las respuestas:

Sobre el capitalismo.

Aquí la jerarquía quema sus naves: el capitalismo es la negación de valores fundamentales, y poco se puede esperar de él, ya que se resiste a la reforma. Entresacamos las respuestas más importantes:

Aspectos del sistema capitalista en contradicción con la concepción cristiana de la vida. — Todas las respuestas son acordes en reconocer que los cuatro aspectos señalados en el cuestionario (materialismo, subordinación de la persona a la economía, manipulación de la libertad e impotencia de los débiles) se dan en el

sistema capitalista y son contrarios a la concepción cristiana de la vida. Algunos añaden otros aspectos, por ejemplo: el afán de lucro como raíz y motivación última de toda actividad económica; la apropiación por parte del capital de gran parte del fruto no sólo del capital, sino también del trabajo; la dinámica de competencia, de lucha, de enfrentamiento en que inevitablemente sitúa a las personas; la división en clases y consiguientes discriminaciones sociales a que necesariamente conduce el sistema; concepción egoísta del bien común; absolutización del derecho de propiedad privada, etc.

Varios hacen la observación de que los cuatro aspectos indicados por el cuestionario también se dan en los sistemas socialistas con diversos matices. Y una respuesta opina que estos defectos no se deben a la estructura en sí, sino a la forma de utilización.

¿Es posible subsanar los vicios del capitalismo por medio de reformas? — Varias respuestas afirman categóricamente que no es posible, porque en el fondo del mismo subyace una filosofía materialista; porque «explota radicalmente al hombre». Y «no parece posible que se llegue nunca a subsanar los vicios *substantiales* que proceden de su naturaleza, de la manera de entender la relación entre las fuerzas productivas y la distribución de las rentas...».

Otros afirman que es posible, pero añaden que es muy difícil. Señalan los cambios históricos del capitalismo, que bajo la presión de las clases trabajadoras se ha dulcificado y modificado. Pero hay que reconocer que quiere nuevas formas de explotación, y siempre quedan en pie ciertos vicios que le son conaturales.

Otros reconocen que la doctrina social de la Iglesia ha favorecido hasta ahora al capitalismo por su concepción del derecho de propiedad, por su condena de los socialismos y falta de crítica con respecto al capitalismo. Y por presentar la teología como sacralizadora de la propiedad privada y de la obediencia a la autoridad. «Lo peor de todo seguramente es que la Iglesia, a

juicio de no pocos, ha dado lugar a que se piense que dentro de su comunidad *sólo* cabían aquellos cristianos —obreros o patronos— que hubiesen aceptado el estilo y las formas propias del sistema capitalista.»

En sus intereses económicos y sociales. — Todos admiten que la Iglesia, en parte e indirectamente, favorece al sistema capitalista en sus intereses económicos y sociales; vive inmersa en la sociedad capitalista y no puede evadirse de su engranaje. Recurre a veces a ayudas económicas de los ricos; tiene depósitos de «valores» económicos de fundaciones, etc.; presenta una cara a veces lujosa, etc.

En sus silencios. — La mayoría de las respuestas reconocen que la Iglesia ha callado demasiado. Ha sido insuficiente su magisterio y muy escasa su divulgación a nivel de catequesis y de predicación. Han sido muy escasas las denuncias proféticas, valientes.

Es cierto que el análisis de estas respuestas no permite sacar la conclusión de que los obispos se inclinen por el socialismo. Estamos hablando de un aparato ideológico —la Iglesia— en crisis, y no de un aparato ideológico que se ha transformado ya en su contrario. Según el documento en cuestión casi todos los obispos consideran *lícita*, y algunos *muy conveniente*, la opción de un socialismo no marxista (se supone que socialdemócrata), aunque con casi unanimidad responden que entre los obreros esa opción «no tiene aceptación alguna», pues «no la consideran como una alternativa válida frente al capitalismo». «No pasa de ser una variante del capitalismo.»

La tercera pregunta se refiere a la actitud hacia el socialismo marxista. Aquí la mayoría de las respuestas son negativas en cuanto al marxismo; la minoría da respuestas más matizadas; algunos constatan las diferencias entre las posiciones de unos y otros partidos marxistas; reconocen que los hay «que respetan

sinceramente los procedimientos democráticos, el respeto a las personas, el derecho a criticar el propio sistema socialista, la repulsa a los métodos violentos, etc.»

De todos modos, con excepción de una respuesta, todas las demás afirman que un cristiano «puede aceptar algunos elementos del marxismo científico» y todas las respuestas admiten «la licitud de la colaboración de los cristianos con los marxistas en algunos objetivos concretos de tipo social o político».

El equipo que ha tenido acceso a este documento subraya con razón las contradicciones que le cruzan, y afirma que los obispos parecen buscar una tercera vía inexistente entre capitalismo y marxismo.

Sin embargo, lo que parece más claro es que la alta jerarquía ha comenzado a poner en duda la viabilidad del capitalismo, sin llegar aún a las conclusiones lógicas, al reconocimiento del socialismo y, por consiguiente, del marxismo como solución, pero acercándose al tema sin las condenas de excomunión características de un pasado aún reciente.

Si se desciende de la jerarquía, las posiciones se van abriendo más, como lo prueba la existencia del movimiento «Cristianos para el socialismo» y la militancia de cristianos en el Partido Comunista y en otros grupos que se declaran marxistas.

Es sabido que, durante los últimos años, en muchos seminarios, los estudiantes, ayudados en algunos casos por los profesores, han estudiado, junto con la teología, atentamente el marxismo. Y en la práctica de la lucha de clases en nuestro país, iglesias y conventos han servido de refugio para las asambleas obreras.

Un centro educativo, como la Universidad de Deusto, dirigida por los jesuitas, que durante generaciones fue un vivero de cuadros fieles al sistema, hoy ha dejado, por lo menos en parte, de serlo.

La crisis de la Iglesia, como aparato ideológico del capitalismo, es una realidad no sólo en España, sino en diversos países de

América Latina y otros; aunque la profundidad de esa crisis no sea la misma en todas partes.

En la misma Italia, durante las últimas elecciones legislativas, un sector católico ha desafiado todas las prohibiciones del Vaticano y ha ido a ellas conjuntamente con los comunistas. Puede argüirse que se trata sólo de una minoría que ha osado desobedecer al Vaticano, pero este hecho y la votación favorable al divorcio en el sonado referéndum que tuvo lugar en 1975, son también significativos de esa crisis.

Si la Iglesia ha sido el aparato ideológico fundamental de la clase dominante tradicionalmente, y, como sucedió en España en los años 1936-1939, la Iglesia suministró a la sublevación franquista su base ideológica fundamental, la crisis que hoy se desenvuelve en su seno puede alcanzar —en parte las alcanza ya— consecuencias políticas y sociales de gran importancia no sólo entre las más amplias capas populares, sino en los componentes de los aparatos de coerción del Estado, habituados a identificar la defensa de éste y la de la fe.

Conviene subrayar que la crisis de la Iglesia como aparato ideológico capitalista, *no significa obligatoriamente crisis de la fe cristiana*. En ciertos casos puede suponer, por el contrario, una especie de florecimiento de esa fe. Acercándose al marxismo muchos cristianos han revitalizado su fe. Nosotros decimos que con la venida de cristianos al partido éste ha cobrado una nueva dimensión, pero no sé si no podría añadirse que lo mismo le ha sucedido a la fe de nuestros militantes cristianos.

Las tareas ligadas con la vida material, con la transformación social, con lo que tiene de redentora, fraternal e igualitaria nuestra causa, recuperan para el cristiano militante los valores evangélicos, la pureza, la entrega generosa de los primitivos cristianos.

Y nosotros respetamos profundamente ese sentimiento, que en los que están animados por él libera a la religión del carácter

alienante que le atribuían los fundadores del marxismo y hace de ella un estímulo de la liberación humana.

Esta crisis que afecta a la Iglesia, que pone en quiebra su función de principal aparato ideológico de la sociedad dividida en clases y convierte a una parte en factor de la transformación social —crisis en fase más o menos avanzada, según los países— ¿es un episodio ocasional llamado a esfumarse, a sufrir una involución; es una especie de sarampión pasajero? ¿Es posible fundar sobre ella una estrategia revolucionaria nueva de recuperación del sentimiento religioso para la transformación social?

Salvo una catástrofe colosal que haga retroceder brutalmente a la ciencia y al progreso humano a períodos pasados, cabe afirmar que esa crisis, aunque no se desarrolle de manera lineal, aunque experimente todavía vaivenes, forma parte de un proceso irreversible.

Y la continuidad de ese proceso no depende sólo de los cristianos, del impacto espontáneo de los fenómenos sociales en los conflictos internos de la Iglesia; depende mucho también de la comprensión del fenómeno por parte de las fuerzas revolucionarias y de la manera en que se sitúan ante él.

No es la pura repetición de fórmulas doctrinales válidas en otros períodos, ni, menos aún, los resabios anticlericales lo que puede ayudar a progresar ese proceso y a integrar a los cristianos en las fuerzas revolucionarias. Es la comprensión de que el desarrollo de los medios de producción, las transformaciones sociales y los progresos de la ciencia y de la cultura en general, han modificado estructuras materiales y superestructuras ideológicas profundamente. Que esas modificaciones liberan, y pueden liberar más aún, si la vanguardia es consciente y actúa en consecuencia, fuerzas revolucionarias poderosas con las que ni Marx, ni Engels, ni Lenin podían contar en su tiempo.

Si valoramos ampliamente el papel, en último extremo decisivo, de los aparatos ideológicos del Estado capitalista, se infiere que

darles la vuelta, no obstaculizando sino favoreciendo los procesos en curso, es una parte capital de toda estrategia revolucionaria moderna.

LA CRISIS DE LOS APARATOS IDEOLÓGICOS. LA EDUCACIÓN. LA FAMILIA

Si la crisis de la Iglesia es visible, no lo es menos la crisis de la escuela, del sistema de educación en tanto que aparato ideológico del sistema capitalista.

No cabe duda que a esto ha conducido el fin de la educación como privilegio de una pequeña aristocracia, aislada del pueblo; la masificación de la educación en tanto que imperativo del desarrollo tecnológico; el hecho de que el crecimiento extraordinario de los medios de producción lleva objetivamente en sí —incluso antes de llegar al socialismo— la tendencia a borrar las diferencias entre el trabajo manual e intelectual, aunque la política de los monopolios se esfuerce por mantener una división entre los sectores calificados y no calificados de la clase obrera manteniendo a parte de ésta en un nivel relativo de ignorancia y marginación.

Los que han conocido las universidades y centros de enseñanza del período anterior a la segunda guerra mundial, sus métodos, sus profesores y estudiantes, y observen los centros de hoy y los hombres que, con una u otra función, les frecuentan, pueden medir el cambio abismal que ha tenido lugar.

Algunas de las manifestaciones más significativas de mayo y junio del 68 —y volvemos a este punto de referencia, porque en cierto modo, con toda su confusión, representa una especie de corte entre dos períodos— se gestaron precisamente en las universidades y centros de enseñanza; fueron un estallido de la crisis del aparato escolar, crisis que en España bajo el franquismo y sus herederos ha seguido en plena efervescencia.

Puede decirse que *las universidades y centros docentes registraron en ese momento un salto de gran parte de las fuerzas de la cultura hacia la toma de conciencia de que en la actual sociedad capitalista su ubicación es semejante, en lo esencial, a la de la clase obrera.*

Hoy la universidad y los centros docentes no sólo inculcan ideología burguesa, sino que se convierten con frecuencia en focos de impugnación de la sociedad capitalista. En realidad todo el sistema de educación está en crisis. En unos y otros países europeos las reformas se suceden sin que los problemas esenciales sean resueltos.

El desarrollo de la ciencia y de la tecnología, salvo una catástrofe nuclear, es imparable. Ello equivale al desarrollo de los medios de producción. En otros tiempos los marxistas pensábamos que, llegado a un cierto techo, el sistema capitalista se convertía en un obstáculo casi insalvable para su desarrollo. Pero la práctica ha demostrado que la ley del progreso humano rompe, por unos u otros caminos, los corsés del sistema social. El capitalismo mismo, para mantenerse y reproducirse, necesita el desarrollo de las fuerzas productivas, aunque éste sea distorsionado y orientado por la ley del beneficio, suscitando nuevos conflictos y contradicciones sociales. Y en ese curso la masificación de la educación es inevitable. El acceso de millones de jóvenes a la enseñanza superior priva a ésta del carácter de reducto aristocrático que tuvo en años anteriores a la segunda guerra mundial. Objetivamente esto añade al movimiento transformador un aporte importantísimo de cultura, amplía su horizonte y sus medios. De otra parte, esa presencia de cientos de miles, de millones de jóvenes en la Universidad, aunque sólo una minoría sea de origen obrero, hace que la mayoría pertenezca a clases sociales medias y bajas; que muchísimos estudiantes tengan que combinar estudio y trabajo —frecuentemente manual—; que la Universidad se convierta en un espejo de los conflictos existentes en la sociedad, en un foco donde la cultura y la ciencia se aprenden en medio de un debate constante sobre los problemas

de la vida real. Y al salir de las aulas los estudiantes tienen que enfrentarse con estos problemas, acudir al mercado de trabajo, conocer el paro, mientras que antes contaban ya desde el ingreso en el instituto de segunda enseñanza con una posición social elevada, segura, en el Estado, en la empresa privada, o en la política burguesa.

Indudablemente, la Universidad debe ocupar hoy un lugar privilegiado en la actividad de las fuerzas políticas revolucionarias. No sólo por la gran concentración de masas juveniles, disponibles para la acción, sino porque en ella se forman los cuadros para los aparatos ideológicos de la sociedad y porque la siembra de las ideas marxistas y progresistas en sus cursos es uno de los medios más eficaces para asegurar *el dar vuelta*, por lo menos parcialmente, a esos aparatos. El capitalismo necesita de la Universidad como necesita de la clase obrera. Pero la Universidad, al igual que la clase obrera, no necesita del capitalismo. Al extremo que una reforma profunda, que democratice la enseñanza, elevando su nivel científico, su carácter crítico y pluralista, y que la abra ampliamente a las grandes masas juveniles sólo logrará realidad plena en un régimen socialista.

Entre los aparatos ideológicos, la familia misma, en su sentido tradicional, está en un período de profunda transformación. Este proceso en sus comienzos no es fruto de ninguna ideología voluntarista. Comienza por ser consecuencia de la creciente deshumanización de la vida en el sistema capitalista desarrollado, que pone en crisis la concepción tradicional de la familia. Luego, al tomar conciencia de la realidad, toda una serie de reglas seculares van viniéndose a tierra. Los progresos —¡cuán insuficientes aún!— hacia la liberación de la mujer, por medio de la independización económica con respecto al hombre; el logro de algunos derechos —aunque muchas veces sean meramente formales— tales como el divorcio, la utilización de anticonceptivos, el aborto; el cambio de las relaciones semipatriarcales entre padres e hijos a formas de relación más sueltas, en que los hijos son más independientes, más libres en sus pensamientos y

movimientos —recordemos lo que con frase gráfica se llamó «rebelión de la juventud» — ; la crisis moral que tan directamente afecta a la familia, y en cuyo fondo hay la búsqueda de una nueva moral, ante el agotamiento de las reglas que tradicionalmente la conformaban; una serie de factores concomitantes indican que sin que la familia, como célula humana, corra hacia su desaparición, está en un proceso de transformación.

¿Quiere esto decir que la familia se ha transformado a tal punto que exista ya ruptura entre ella y el sistema social? No, evidentemente. Mas la ruptura de una serie de tabús tradicionales ha llevado, por ejemplo, en un país como España, donde tanto pesan aún las tradiciones, a que los hijos de «los que ganaron la guerra» se enfrenten políticamente con sus padres, impugnen sus posiciones e incluso en no pocos casos hayan conseguido una cierta inflexión en las actitudes paternas. Los hijos ya no siguen dócilmente las tradiciones ideológicas familiares, como era corriente; rompen con ellas y hasta influyen sobre sus progenitores.

Si esto es bien visible en España en el terreno político, también se manifiesta —y no sólo en nuestro país— en el terreno social. En una serie de grupos de las capas medias, antes, el destino social de los hijos estaba trazado casi desde la cuna y se integraba en la continuidad de esas mismas capas o similares; en todo caso, incrustados en el orden tradicional. Ahora los hijos tienen más posibilidades y una tendencia a escoger más independientemente su futuro.

El alcance de estos fenómenos es todavía relativo. Pero la familia va dejando de ser la célula que reproduce casi automáticamente las relaciones sociales tradicionales.

No en balde hablamos de una crisis moral en el Occidente capitalista; y esa crisis está ligada a las mudanzas habidas en las estructuras económicas y en aparatos ideológicos como los religiosos y los escolares y a su repercusión en la institución familiar.

LA CRISIS DE LOS APARATOS IDEOLÓGICOS.
JUSTICIA. POLÍTICA

En cuanto al sistema jurídico, como aparato ideológico e incluso coercitivo, es cierto que la crisis no hace más que apuntar.

Mientras no haya un cambio de poder político, las leyes seguirán garantizando y justificando las formas de propiedad capitalista. Pero ya hoy, en el seno de la magistratura en países como Francia, Italia y España, a pesar de los cedazos que condicionan su reclutamiento a fin de asegurar su fidelidad al sistema, se expresan posiciones de sectores, aún minoritarios, que toman en serio la idea de la independencia del poder judicial, idea que en la práctica lleva a un conflicto entre la justicia y el tipo de poder de Estado existente; que preconizan cambios substanciales en el procedimiento y en las leyes en el sentido de un nuevo avance histórico hacia más democracia.

Cabe imaginar, salvo fenómenos imprevisibles, que a medida que las nuevas generaciones universitarias se incorporen a la profesión este fenómeno se extenderá y la impugnación a la justicia burguesa tradicional se hará mucho más amplia. Y esto en un cuerpo que era el santuario reservado a los sectores más conservadores, en tanta o mayor medida que las mismas fuerzas armadas y de orden público.

Hablar del *sistema político*, en tanto que aparato ideológico, no es tanto referirse a las particularidades constitucionales de tal o cual régimen —aunque no estén desprovistas de importancia—, como a la articulación de fuerzas político-sociales estructuradas en torno a partidos, sindicatos, movimientos sociales, etc., sobre las que dicho régimen se sostiene y que generan sus defensas.

Para no remontarnos a un período anterior, tomaremos en cuenta el que va desde la segunda guerra mundial al momento actual, circunscribiéndonos a Europa. En este continente el sistema capitalista se ha sostenido sobre una articulación que, en general, ha ido por la derecha desde sectores como los que ha represen-

tado el «gaullismo» en Francia, la democracia cristiana en Alemania o Italia, y otros partidos más tradicionales como el conservador inglés o las derechas escandinavas, hasta la socialdemocracia, y los partidos socialistas, por la izquierda, con algunos complementos de tono liberal hacia el centro. Sin contar, claro es, los regímenes dictatoriales que tanto han durado en España, Portugal, Grecia y Turquía. En ese equilibrio en el que se han integrado los sindicatos y movimientos de masas con dirección socialdemócrata, ha descansado, sin grandes problemas, en un período de gran auge, el desarrollo capitalista; sin que la alternancia de unos u otros grupos en el poder haya afectado a la estabilidad del régimen social.

Este sistema político parece todavía fuerte en algunos países del centro de Europa y en los países escandinavos, no tan gravemente afectados por la crisis económica. Sin embargo, incluso allí comienza a erosionarse. La derrota de Palme en Suecia y el retroceso socialdemócrata, junto a la ruptura de la democracia cristiana en Alemania Federal, son significativos de esa erosión. De hecho, en esos países, aunque leve, se ha producido una cierta involución a la derecha. Está por ver, todavía, si no es más que una simple peripecia en el equilibrio interno de su sistema. Si va, o no, a tener repercusión en los procesos internos que tienen lugar en la socialdemocracia, en el reforzamiento de sus tendencias de izquierda o en las de derecha. También es muy posible que en Suecia tenga unas repercusiones y en Alemania otras.

En Gran Bretaña, donde la crisis es más profunda, también es mayor la inestabilidad del sistema. El Partido Laborista ve crecer en su seno — el reciente Congreso de Blackpool ha dado testimonio— las tendencias de izquierda que reclaman medidas radicales para nacionalizar el crédito. Impugnándolas, el primer ministro laborista, Callaghan, ha esgrimido lo que él llama el peligro de un régimen autoritario. El crecimiento de la izquierda laborista y la amenaza de Callaghan indican que la salud del sistema político, que tantos años ha garantizado la estabilidad capitalista en Gran Bretaña, no es muy buena. Por el momento

ello no significa que ese sistema político esté amenazado de ruptura, pero sí que está seriamente quebrantado.

La inestabilidad del sistema político europeo es más seria en el flanco sur del continente. Se ha producido la caída de las dictaduras de Portugal y Grecia y vivimos la dificultosa marcha desde la dictadura a la democracia en España.

En Italia el sistema político del *centro-sinistra*, posible en el período de las vacas gordas, se ha agotado. La izquierda y particularmente el Partido Comunista han logrado avances espectaculares. El movimiento sindical ha progresado seriamente hacia su unidad. Una nueva correlación de fuerzas sociales y políticas, capaces de acceder al poder del Estado desde la izquierda, va delimitándose.

En Francia, la unión política de la izquierda, paralela a la unidad de acción sindical, pone en grave crisis el sistema político dominante, caracterizado en tiempos de la IV República por la colaboración del centro y los socialistas, y en la V, por la de «gaullistas», «giscardianos» y otros grupos menores.

Todos los sondeos coinciden en que si hoy hubiese elecciones la unión de la izquierda recibiría la mayoría de los sufragios.

Parece evidente que el comienzo de la ruptura del equilibrio en el sistema de partidos y organizaciones que han garantizado el desenvolvimiento del capitalismo puede venir hoy de los países del sur europeo. Que una inflexión favorable al socialismo puede venir hoy de aquí.

El bloque de partidos y organizaciones que ha sostenido el capitalismo en Europa occidental ha recibido estímulo, apoyo y directivas del imperialismo norteamericano, que asume el liderazgo del mundo capitalista. La presión anticomunista de la diplomacia yanqui está siendo un factor de distorsión en la política interior de ciertos países europeos, y, en definitiva, una amenaza para la democracia. No hay que olvidar que esa presión sostuvo a Salazar y a Caetano, puso a los coroneles griegos en el poder,

mantuvo a Franco y ahora trata de deformar el proceso hacia la democracia en España.

Los Estados Unidos pueden realizar esa política porque los sistemas capitalistas de Europa se encuentran en una situación de dependencia, mayor o menor, según los casos, con respecto al capital americano, a través del peso de las multinacionales y, en general, de la exportación de capital y del sistema monetario mundial, del que el dólar es clave.

Los efectos de esa presión sostienen al gobierno italiano de base democristiana a pesar de la situación de crisis crónica, y tratan de fomentar una especie de política europea de *disuasión* contra el triunfo de la izquierda en Francia.

En la Europa occidental de hoy, el imperialismo americano y los grupos sociales dominantes se esfuerzan en acreditar la noción ideológica de que *democracia = capitalismo* y, a la inversa, de que *socialismo = dominación soviética*.

La tendencia que ha recibido muy generalmente el apelativo de «eurocomunismo» se enfrenta con la necesidad de superar ese dilema, de plantear los problemas de la democracia y del socialismo en el nivel histórico correspondiente hoy. Es decir, de demostrar, por un lado, que *la democracia no sólo no es substancial con el capitalismo, sino que su defensa y desarrollo exige superar ese sistema social; que en las condiciones históricas de hoy el capitalismo tiende a reducir y, en último extremo, a destruir la democracia, por lo que ésta necesita ir a una nueva dimensión con un régimen socialista*.

Y, por otro lado, el «eurocomunismo» debe demostrar que *la victoria de las fuerzas socialistas en países de Europa occidental no aumentará en un ápice la potencia estatal soviética, ni supondrá la extensión del modelo soviético del partido único; será una experiencia independiente, con un socialismo más evolucionado que tendrá una influencia positiva en la evolución democrática de los socialismos existentes hoy*.

Se trata de una gran batalla ideológica y política por la democracia y el socialismo que debería llevar a la desintegración del sistema de relaciones políticas del capitalismo, dominante hoy en Europa, y a una nueva correlación de fuerzas favorable al cambio social.

En esa línea, es esencial la independencia de los partidos comunistas con respecto al estado soviético y a los otros estados socialistas, y la definición teórica y práctica de una vía democrática inequívoca.

También es esencial ligar al destino de la clase obrera el de las más amplias clases sociales no monopolistas. *La revolución socialista ya no es exclusivamente necesaria al proletariado, sino a la inmensa mayoría de la población.* En estas condiciones, la idea de la alianza de las fuerzas del trabajo y de la cultura, del nuevo bloque histórico y, en general, la cuestión de las alianzas antimonopolistas cobra importancia decisiva.

El sistema de fuerzas políticas y sindicales que ha sostenido en estos decenios al régimen capitalista en Europa no puede ser transformado por la violencia; se trata también de un sistema ideológico que tuvo y tiene aún un gran apoyo de masas. Pero ese sistema está en crisis. En Francia el Partido Socialista ha cambiado profundamente su política y ha realizado la unidad de la izquierda con el Partido Comunista. El capital monopolista del vecino país se halla en una situación inestable no sólo como consecuencia de la crisis, sino a causa de ese cambio que le impide contar con una pieza que fue esencial para su equilibrio. En Italia, donde los socialistas no hicieron a tiempo ese cambio, han perdido posiciones y han quedado muy quebrantados, mientras que el PCI tuvo el éxito electoral más grande registrado por un partido comunista en la historia de los países occidentales.

La crisis afecta también a las fuerzas cristianas.

En las condiciones presentes, la única vía hacia el cambio del aparato ideológico-político que sostiene al régimen capitalista es

la creación de una nueva correlación de fuerzas por el camino de la lucha política, social y cultural. Esa nueva correlación exige estimular el fortalecimiento de las posiciones sinceramente socialistas en el seno de los partidos socialistas y socialdemócratas y de corrientes progresistas y socialistas en el movimiento cristiano. Conjuntamente con esos sectores es como los partidos comunistas pueden crear un nuevo sistema de fuerzas políticas que retire el apoyo de masas que hoy sostiene al capital monopolista y sea el asiento de una marcha democrática al socialismo.

Al hablar de una lucha política, social y cultural, tenemos en cuenta, en primer término, el valor de la experiencia directa de las masas más amplias en la lucha por sus intereses concretos y por una participación real en las decisiones sociales para garantizar la defensa de aquéllos. Por eso resulta esencial promover la acción de la clase obrera y de las capas lesionadas por el capital monopolista, lograr la conexión de esas acciones, elevar la capacidad popular para comprender el carácter global de la lucha de unos y otros superando la estrechez de miras, la sectorialización, el gremialismo. Y uniendo a las demandas económicas, culturales, sociales y de todo orden la exigencia de una democratización cada vez más profunda de la sociedad. Así, pues, la lucha por el socialismo está profundamente ligada a la lucha por más democracia.

En esta perspectiva, la clase obrera, las fuerzas avanzadas de la cultura y, concretamente, los comunistas tenemos que habituarnos a hablar en nombre de la mayoría de la sociedad no sólo por las palabras, sino por los conceptos que expresamos. Es decir, *a pensar, a asumir los problemas globales de la sociedad.* Esta es la condición para llegar a desempeñar un papel hegemónico.

Sobre este terreno los partidos de la burguesía suelen llevarnos ventaja. Desde el tiempo de las revoluciones o las transformaciones burguesas, la burguesía se acostumbró a hablar como representante de la sociedad. En una época, cuando era una clase

progresista, tenía razones para atribuirse ese papel. Hoy ya no las tiene. Hoy ha segregado una oligarquía que no representa, realmente, más que los intereses de una reducidísima minoría social, y que es la que domina el Estado. Sin embargo, los partidos que la oligarquía manipula siguen hablando en nombre de la sociedad y presentándose como los protagonistas de todo el progreso humano. Ellos se consideran los autores del desarrollo de las fuerzas productivas, que, en cambio, son resultado de tendencias y leyes sociales que a veces actúan a pesar de esos partidos; ellos se consideran autores de todos los progresos políticos y sociales que las masas han logrado, la mayor parte de las veces en lucha contra dichos partidos y en oposición a los poderes por ellos constituidos. Pero, hábilmente, por el hecho de haber estado en el poder, y aunque en general hayan actuado de freno, se apuntan los éxitos, y los sectores más atrasados de la población terminan creyéndoles.

En cambio, las fuerzas transformadoras y revolucionarias tienden a hablar siempre en nombre exclusivo de una clase, el proletariado, que ha sido ciertamente el motor de todos los progresos, junto con las fuerzas de la cultura, y que constituye el pivote esencial de toda acción transformadora. Y a veces hablan de un proletariado que no es el que realmente existe, con sus niveles de desarrollo diversos, unos avanzados, otros atrasados, sino de un proletariado mítico, libresco, como un bloque plenamente consciente de su misión histórica que se convierte, a fin de cuentas, en una especie de dedo de Dios metafísico e inoperante. Pero tienen —tenemos— que aprender a hablar en nombre de la inmensa mayoría de la sociedad, en nombre de la nación, lo que significa integrar a la acción de las fuerzas avanzadas del trabajo y de la cultura los intereses de las más amplias capas sociales, asumir conscientemente la defensa de éstas, tener vocación de representar a las fuerzas vitales de la nación. Y esto tanto en el terreno social y político como en el de la ideología y la cultura; desplazando a los partidos controlados por la oligarquía, a los «hombres providenciales» que ésta lanza en momentos de crisis para

manipular y desviar la voluntad de cambio de los pueblos.

LA CRISIS DE LOS APARATOS IDEOLÓGICOS.
LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN

Entre los aparatos ideológicos del Estado y de la sociedad capitalista moderna, están los medios de comunicación: la televisión, la radio y —en una medida menor— la prensa. Estas son hoy, seguramente, las armas ideológicas más temibles, porque penetran en todos los hogares, unas veces en forma agresiva, otras en forma insidiosa, sutil; a nivel abiertamente político en unos casos, en los demás a través de la presentación de la información de los hechos cotidianos y hasta de la misma publicidad, desempeñando un papel alienante, embrutecedor. En los países capitalistas, de manera general, esos medios de comunicación son hoy el más peligroso *opio del pueblo*. Sin embargo, en países donde el movimiento democrático es fuerte y donde está ampliamente implantado en el terreno cultural, es posible a veces utilizar esos medios aunque sea en mínima medida para una labor progresista. Desgraciadamente, éste no es todavía el caso de España.

Es evidente que un cambio radical en la utilización de estos poderosos instrumentos no es posible sin un cambio del poder político. Pero la lucha por el control democrático de medios de comunicación tales como televisión y radio, de manera que en ellos se expresen las diversas fuerzas de la sociedad y no sólo las gobernantes; la elaboración de leyes que garanticen una auténtica *libertad de prensa*, es decir, *la posibilidad material* para todas las grandes fuerzas político- sociales de poseer sus órganos de expresión propios, que va mucho más allá de la libertad de empresa, aunque no es incompatible con ésta, son pasos que pueden permitir a las fuerzas transformadoras librar una lucha desde el interior mismo de lo que hoy son aparatos ideológicos de la sociedad.

Desde este punto de vista, la acción de las fuerzas revoluciona-

rias y progresistas para llevar su hegemonía al terreno de la cultura, resulta esencial. Y la condición previa *es batirse por una auténtica libertad de la cultura*. Sólo en condiciones en que la cultura es libre pueden dichas fuerzas conquistar la hegemonía. Cuando los creadores, sean científicos, técnicos o humanistas, sean literarios o artísticos, no son libres, la cultura se achica, se encoge, se convierte en campo para el conservadurismo, y esto no importa bajo qué régimen político o social. Una cultura floreciente no tolera las prohibiciones. Y el florecimiento y la extensión de la cultura es el terreno en que las ideas revolucionarias y progresistas pueden afirmarse, devenir hegemónicas e influir cada vez más decisivamente en la marcha de la humanidad, penetrando y transformando los aparatos ideológicos.

LA LUCHA POR EL CONTROL DE LOS APARATOS IDEOLÓGICOS

La solución que tenemos que abordar es, en substancia, *la lucha por conquistar posiciones, en la medida de lo posible, dominantes para las ideas revolucionarias en lo que hoy son aparatos ideológicos de la sociedad*, sobre los que se asienta la autoridad y la fuerza moral y material del Estado capitalista. Y esto tanto en la Iglesia como en la educación, la cultura, el sistema de relaciones de las fuerzas políticas, los medios de información, etc.

No se trata de conquistar esas posiciones para un partido, sino para el conjunto de las fuerzas revolucionarias y progresistas que cada vez deben identificarse más con la democracia. Yendo más allá de la idea gramsciana del intelectual orgánico y valorando las posibilidades que ofrece a la clase obrera la estrategia de la alianza de las fuerzas del trabajo y de la cultura, la idea del nuevo bloque histórico. Es real pensar en desarrollar dentro de esos aparatos una lucha que *les vuelva*, por lo menos en parte, contra lo que fue su fin inicial.

En tiempos de Marx y de Engels, e incluso en los de Lenin, esa perspectiva hubiera podido tacharse de utópica. Por eso parecía más lógico destruir esos aparatos ideológicos, junto con todo el aparato del Estado burgués, por un golpe de fuerza, y reemplazarlos radicalmente por unos aparatos ideológicos creados a partir del nuevo poder del Estado. Aunque luego la práctica demostró que es más fácil crear nuevos aparatos de coerción que crear los aparatos ideológicos, y que en el seno de éstos ha continuado circulando, en muchos casos, la vieja ideología, impregnada, aunque en otro sentido, de esencias metafísicas destinadas a idealizar el nuevo orden de cosas más allá de lo real y a cegar las fuentes de la crítica.

Pero lo que en tiempos de Marx y Engels era utópico, hoy ya no lo es. Porque si el proletariado sigue siendo la principal clase revolucionaria, ya no es la única; otras capas, otras categorías sociales van situándose objetivamente en la perspectiva del socialismo y creando una nueva situación. Esto no es una consideración teórica abstracta, es una constatación que viene haciéndose en la práctica, en los últimos años.

La crisis del sistema capitalista que se está manifestando en todos los terrenos, y no sólo en el económico y político, sino en definitiva en el de la cultura y la moral, es decir, en el de la ideología, es, por un lado, resultado de esas transformaciones y, por otro, un factor que las favorece y acelera.

Althusser mismo, a quien a veces puede reprochársele ser el guardián rígido y celoso de los textos de doctrina consagrados, reconoce en su ensayo «Ideología y aparatos ideológicos de Estado» que:

La clase [o alianza de clases] en el poder no dicta tan fácilmente la ley en los AIE [aparatos ideológicos de Estado] como lo hace en el aparato [represivo] de Estado, no solamente porque las antiguas clases dominantes pueden conservar allí durante mucho tiempo fuertes posiciones,

sino también porque la existencia de las clases explotadas puede encontrar el medio y la ocasión para expresarse allí, sea utilizando las contradicciones que existen, sea conquistando allí, por medio de la lucha, posiciones de combate.

Y en una nota a pie de página Althusser añade:

La lucha de clases desborda ampliamente estas formas (las jurídicas, políticas, religiosas, artísticas o filosóficas) y es porque las desborda por lo que la lucha de clases explotadas puede ejercerse también en los AIE y *por lo tanto volver contra las clases que están en el poder el arma de la ideología.*

En definitiva una de las grandes tareas históricas actuales para la conquista del poder del Estado por las fuerzas socialistas es la lucha determinada, resuelta, inteligente para *volver contra las clases que están en el poder el arma de la ideología, los aparatos ideológicos.*

LA SOCIEDAD CAPITALISTA DESARROLLADA LLEVA EN SUS ENTRAÑAS EL SOCIALISMO

El plantearse esta vía se ha hecho posible porque se han producido «conmociones materiales» en las condiciones de la producción económica y cambios en las estructuras y las relaciones sociales verdaderamente extraordinarios en el curso de los últimos decenios, todo lo cual ha madurado las condiciones para el socialismo. Si Lenin podía decir en el año 1917 que el capitalismo, en su forma imperialista, era la antesala del socialismo, en la década del 70 eso es aún más evidente.

Dentro del actual capitalismo monopolista de Estado se agita ya algo más que el feto de la nueva sociedad socialista que pugna por romper, por salir al aire.

Los reformistas han llamado *socialismo* a todo un conjunto de cambios estructurales y de medidas de política social que se han llevado a cabo en los países capitalistas desarrollados. Es evidente que aquí había una falsificación del concepto *socialismo*, puesto que el sistema capitalista continúa en pie.

Pero a veces los comunistas, obsesionados por el cambio de calidad que representa la toma del poder, hemos subestimado las modificaciones graduales que el sistema ha ido experimentando, modificaciones que, objetivamente, comienzan a romper las hechuras de éste.

Si hubiera que resumir estas «conmociones materiales», podría hacerse así:

1°. "El desarrollo extraordinario de las fuerzas productivas: la aproximación de la educación a la producción, con la elevación de la calidad de la fuerza del trabajo; el desarrollo energético, con conquistas como la energía nuclear y el descubrimiento de nuevas fuentes de energía; el desarrollo tecnológico.

Este factor es básico en toda la transformación de este período, lo que confirma las tesis del materialismo histórico.

Es indudable que este desenvolvimiento está siendo frenado ya por el sistema capitalista. Con un sistema socialista *mundial* podrían aplicarse a pleno rendimiento, en el terreno pacífico, fuerzas productivas capaces de acabar con el hambre y la miseria en todo el mundo y de ayudar a los países subdesarrollados a superar rápidamente su atraso histórico.

En realidad, los gastos militares fabulosos, totalmente improductivos, son, de por sí, un obstáculo a todo este progreso y un derroche de riqueza que quizás haya contribuido, no poco, a alterar el ciclo de las crisis económicas —reemplazando los efectos destructores de éstas— y sobre todo a disminuir su intensidad, hasta que últimamente la crisis del sistema, adquiriendo características nuevas, ha roto todos los frenos.

2°. La incapacidad del sistema de la empresa privada para

administrar y canalizar ese torrente de las fuerzas productivas, ni siquiera con su nueva dimensión multinacional. Hoy la empresa multinacional se apoya sobre los créditos y las prestaciones diversas que le dan los estados de los países donde se instala, extrayéndolos de los caudales y del ahorro público. Por consiguiente, es más visible el papel esencial del Estado y de la sociedad en la creación y mantenimiento de las empresas, que siguen siendo, en contradicción con toda lógica, de propiedad privada. De ahí que las condiciones para una economía socialista hayan madurado.

La idea de una economía regida por un plan mundial es una idea intrínsecamente socialista. Con una visión verdaderamente profética Gramsci escribía que:

Antes de que se formen las condiciones de una economía regida según un plan mundial es necesario pasar por una serie de fases múltiples en las que las combinaciones regionales (de grupos de naciones) pueden ser diversas.

En este período, la internacionalización de las fuerzas productivas ha forzado a los regímenes capitalistas a llegar a formas de regionalización, es decir, a formas sociales de alcance extranacional, como el Mercado Común, que si están amenazadas permanentemente se debe en primer término a la contradicción entre la forma social y el carácter privado de la apropiación del beneficio. De ahí la justeza de la perspectiva de una Europa de los pueblos, de una Europa socialista, que es la forma social bajo la que Europa podría llegar a ser una realidad en todos los aspectos. En definitiva, el sistema capitalista le viene ya pequeño a las fuerzas productivas.

3°. La asunción por el Estado de funciones sociales que son un remedo de soluciones colectivistas: ciertos servicios públicos, ciertas empresas, los seguros sociales, la sanidad, educación; las medidas de sostén a capas sociales lesionadas —hemos citado antes el caso de los campesinos franceses y podría citarse el

sostén a los precios agrícolas dentro del Mercado Común—. Medidas todas que el Estado capitalista se ve obligado a tomar para evitar los desequilibrios y los conflictos sociales graves que su desatención podría engendrar y que le permiten mantener el predominio de la oligarquía monopolista bajo la apariencia del «*Estado-providencia*», pero que a la vez acentúan la contradicción entre Estado y sociedad.

Indudablemente la crisis, de agravarse, podría llevar a ese Estado a suprimir muchos de los aspectos «providenciales» para garantizar los beneficios oligárquicos. Pero esto no sería posible más que recurriendo a formas abiertas de dictadura, de liquidación de las libertades democráticas. Esa es una tendencia que puede desarrollarse, aunque hoy ya no sea fácil conseguir que los pueblos la toleren.

4°. La profundización de las diferencias entre la minoría oligopolista y el conjunto de la sociedad, y, para utilizar un término clásico aunque quizá confuso en la «sociedad de consumo», la *proletarización* de los profesionales en el sentido de su equiparación en condición social —aunque en muchos casos, no siempre, sus ingresos sean mayores— con los trabajadores asalariados; la introducción de formas de cooperación, aunque sean mínimas, en el campo para resistir a la concentración capitalista de la propiedad; la diferenciación cada vez mayor entre los intereses oligopolistas y los de la pequeña y mediana empresa.

Es decir, el desarrollo de las condiciones para una nueva correlación de fuerzas favorable al socialismo, creando la posibilidad de llegar a éste y de consolidarle, por una vía democrática, sin recurso a formas dictatoriales.

5°. La mayor independencia de la política de las antiguas colonias, que revalorizando el petróleo y otras materias primas están en condiciones de reducir e incluso anular las plusvalías sacadas por el colonialismo y el neocolonialismo, que servían —y en parte aún sirven— al capitalismo monopolista de los países desarrollados para mantener cohesionados en torno a sí, y

por consiguiente sosteniéndole, a amplios sectores sociales. Esa mayor independencia ha influido decisivamente en la crisis actual y opera de forma objetiva, aunque en medio de tensiones, en favor de una democratización mayor de las relaciones internacionales.

Lo mismo que la sociedad burguesa se gestó en la entraña del régimen feudal, la sociedad socialista ha madurado en la entraña de la sociedad capitalista desarrollada.

Eso es lo que nos proporciona hoy una base material para plantearnos la tarea de volver contra la actual sociedad de clases los aparatos ideológicos en que se aposenta su Estado.

LOS APARATOS COERCITIVOS DE ESTADO

NINGUNA CLASE PUEDE CONSERVAR DURADERAMENTE
EL PODER DEL ESTADO SI PIERDE LA HEGEMONÍA EN
LOS APARATOS IDEOLÓGICOS

Cierto que los aparatos ideológicos no lo son todo en la sociedad y el Estado capitalista. Quedan los aparatos coercitivos, los aparatos de fuerza. Pero Althusser, en el ensayo ya citado, dice, a mi juicio acertadamente, que:

Hasta donde sabemos, ninguna clase puede en forma duradera mantener el poder del Estado sin ejercer al mismo tiempo su hegemonía sobre y en los aparatos ideológicos de Estado.

Para dar una respuesta justa a la forma de resolver hoy y aquí el problema del poder del Estado, hay que preguntarse: en los países capitalistas desarrollados, ¿es real plantearse el primer paso de la revolución socialista como la destrucción por un acto de violencia de los aparatos coercitivos del Estado?

La cuestión ha podido plantearse en estos términos en la antigua Rusia, en las condiciones de una derrota militar terrible, cuando todo el aparato del Estado se hallaba en tierra, desfondado, y una gran parte del ejército, ansioso de paz, pan y tierra, humillado por la catástrofe, pasó del lado de las fuerzas revolucionarias. Sobre ese Estado pesaba ya el recuerdo de otra derrota ante la escuadra japonesa y el desgaste de una incapacidad y corrupción proverbiales.

Radek en su ensayo *La evolución del socialismo de la ciencia a*

la acción, escribe:

La propaganda teórica de los socialdemócratas revolucionarios [el Partido Comunista se denominaba entonces Partido Socialdemócrata], las experiencias, los golpes que el capital infirió al proletariado todos los días desde fines del siglo pasado, todo esto no bastó para elevar la agitación creciente del proletariado más allá de los ataques tímidos de las masas contra el capital... Así llegó, finalmente, la bestia feroz de la guerra mundial, esperada desde hacía mucho, y empezó a predicar al proletariado con sus cañones las doctrinas que éste no había comprendido, cuando le fueron predicadas por el socialismo revolucionario.

La revolución rusa es la primera respuesta del proletariado a la guerra mundial.

También el establecimiento de regímenes socialistas en la Europa del Este está ligado a la segunda guerra mundial, a la derrota del fascismo en ésta. Del mismo modo, la victoria de la revolución socialista en China es un acontecimiento estrechamente relacionado con la guerra contra la invasión japonesa y con la guerra antifascista mundial.

Después han triunfado otras revoluciones por las armas, es cierto; pero ha sido bajo la forma de guerras nacionales contra el invasor extranjero o contra las potencias coloniales provocadas por los resultados de la segunda guerra mundial. La única excepción, quizá, sea Cuba, una verdadera sorpresa de la historia, que hasta ahora no ha podido repetirse en ningún país del continente americano, y es probablemente la excepción que confirma la regla. Con todo, no hay que olvidar que la victoria del movimiento del 26 de julio, en las barbas del imperialismo yanqui, fue posible porque dicho movimiento no era un partido socialista, sino una especie de frente nacional que después, al avanzar la revolución, se dividió y en el que la poderosa personalidad de Fidel Castro y sus colaboradores más próximos de-

terminó una inflexión posterior hacia el socialismo, mientras el sector derechista pasaba abiertamente al campo americano.

¿Sería hoy revolucionario y real proyectar el paso al socialismo en los países capitalistas desarrollados como una *respuesta del proletariado a la tercera guerra mundial*? Si llevamos viviendo el más largo período sin guerra en la Europa de este siglo creo que se debe en gran parte a la *disuasión por el terror* y no a que el imperialismo haya perdido sus características rapaces; la prueba es que sigue habiendo guerras locales en territorios del Tercer Mundo donde el riesgo de utilización del arma nuclear está más alejado. Pero hoy, en Europa, una guerra sería nuclear y muy rápida, y, al final de ella, no quedarían en pie clases sociales en condiciones de disputarse la hegemonía. En los primeros párrafos del *Manifiesto Comunista*, Marx y Engels, refiriéndose a que la historia (escrita) de la humanidad hasta nuestros días es la historia de las luchas de clases, afirmaban que esta lucha «terminó siempre con la transformación revolucionaria de toda sociedad o el *hundimiento de las clases en pugna*».

Y una guerra en Europa, que sería a la vez una guerra mundial, resultaría uno de esos casos en que la lucha de clases termina con el hundimiento de las clases en pugna porque conlleva prácticamente la destrucción de la humanidad y del progreso material y social alcanzado por ésta.

Ya Engels señalaba que las formas de hacer la guerra influyen también en la conducta de la lucha de clases, y eso que en sus tiempos ni se soñaba en el arma nuclear.

No tener en cuenta este factor y seguir hablando de la revolución con las mismas ideas que en el pasado — aunque sea un pasado reciente— ha dejado de ser revolucionario.

Cierto que no puede excluirse, en un contexto internacional favorable, la posibilidad, en un país desarrollado, en el que no hubiera libertades y una clase dominante ejerciese una dictadura brutal contra su pueblo, de una revolución que triunfe por un acto

de fuerza, a condición de que para ello el pueblo conquiste el apoyo de una parte decisiva de las fuerzas armadas. Pero incluso en este caso, si la victoria no se produce muy rápidamente, si ese país se hunde en una guerra civil prolongada, en la que se encontrasen mezcladas las grandes potencias, las consecuencias podrían ser catastróficas.

Sin excluir enteramente dicha posibilidad, es claro que las vías al socialismo en el tipo de países de que venimos hablando tienen que ser otras, tomando en cuenta la realidad concreta. Tienen que ser vías en que se combine la acción democrática de las masas con la actuación de las instituciones representativas democráticas; es decir, con el uso de los instrumentos democráticos representativos que hoy sirven fundamentalmente al capitalismo, al servicio del socialismo.

¿CÓMO TRANSFORMAR POR VÍA DEMOCRÁTICA EL APARATO DEL ESTADO?

En esta perspectiva el problema no es sólo llegar al gobierno; es —sigue siendo— *cómo transformar el aparato del Estado*.

Ya nos hemos referido a los aparatos ideológicos de Estado, a la posibilidad, a la *necesidad*, de desarrollar una lucha en los diversos terrenos para volverlos del revés, para utilizarlos contra la sociedad capitalista.

Ahora se trata de ver cómo una inflexión de este tipo puede ayudar a transformar los aparatos coercitivos, *ultima ratio* del poder de Estado capitalista.

El camino dentro aún de esta sociedad, antes incluso de llegar al gobierno las fuerzas socialistas, es una acción enérgica e inteligente *por la democratización del aparato de Estado*. El punto de partida para ésta reside precisamente en lograr que la ideología

burguesa pierda la hegemonía sobre los aparatos ideológicos.

En cuanto este objetivo se logra, aunque sea parcialmente, los resultados se reflejan en el aparato coercitivo.

En este sentido, el mayo francés fue también una experiencia interesante. En los primeros momentos las fuerzas del orden público operaron brutalmente; pero, en el transcurso del movimiento, esas fuerzas se resistieron a ser utilizadas por el poder como instrumento represivo contra el pueblo. Hubo una serie de tomas de posición de los sindicatos profesionales de policía que protestaban de su utilización por el poder y que mostraban una voluntad de no enfrentarse al pueblo. Dentro del ejército se produjeron también momentos de fluctuación.

Quizá la causa por la que estos fenómenos no fueron más lejos sea que entonces no había una real alternativa de poder frente al instalado. La izquierda estaba desunida; creo que no es abusivo decir que las fuerzas políticas que la representaban fueron sorprendidas por la magnitud de la crisis y no estuvieron en condiciones de superar su desunión e impreparación en el corto lapso de tiempo que duró la desestabilización del poder establecido.

Al mismo tiempo, las características nuevas de aquella crisis, que no podía resolverse con la acción de la calle exclusivamente ni con un asalto frontal al poder como en otras crisis clásicas, que requería posiblemente culminar la lucha de masas con iniciativas democráticas de diverso tipo, entre ellas la de nuevas elecciones, con una alternativa seria y responsable —como la que ya ofrece hoy la unión de la izquierda—, facilitaron la acción y el peso excesivo de grupos inmaduros, anárquicos, que intimidaron a amplios sectores de las capas medias, del mismo aparato del Estado y redujeron la influencia de la izquierda, tan grande en un momento entre las masas.

Ello permitió al poder, tras semanas de impotencia, recuperar la iniciativa política perdida y ser él quien asumiese —y se beneficiase de ella— la operación electoral.

La izquierda había hecho una demostración demasiado resonante de su fuerza y a la vez de su impreparación e incoherencia, para no provocar un efecto de reacción hábilmente utilizado por el poder «gaullista». Y si éste no pudo ir más lejos se debe seguramente al ejemplo de responsabilidad dado por la clase obrera.

Sin embargo, mayo del 68 contribuyó a preparar las condiciones para el futuro triunfo de la izquierda en Francia. Y creó dentro de las fuerzas de orden público, y probablemente entre las fuerzas armadas, sacudidas también por la experiencia vietnamita y argelina, un estado de ánimo que representaba ya un comienzo de cambio en su actitud ante los problemas de la sociedad y su papel en ella.

Recientemente, con ocasión de las acciones de los trabajadores contra el plan de austeridad de Raymond Barre y del presidente Giscard, la policía de París participó en esas acciones con manifestaciones significativas y en su sindicato se desarrolló un debate en el que se cuestionaba de nuevo su papel en la sociedad.

También en el ejército francés se producen fenómenos que pueden ser interesantes y que tienen manifestaciones no sólo a nivel de los soldados, sino incluso de altos mandos. Entre estos últimos se expresan disensiones en el terreno profesional, sobre doctrina. Pero ello es natural. A esos niveles los conflictos se expresan lógicamente en ese terreno, que es en el que suelen manifestarse las contradicciones político-sociales.

Sin exagerar aún su importancia, son fenómenos que en los tiempos de Marx y Engels no se podían imaginar, y en los de Lenin sólo eran concebibles, bajo otras formas, en una crisis como la de 1917.

Parece que también en Italia comienzan a advertirse en el interior de los aparatos coercitivos del Estado los efectos de la crisis de los aparatos ideológicos y los del desarrollo de la lucha de clases en los terrenos más diversos. Parece comprobado que en las últimas elecciones, en Roma, por ejemplo, una parte importante

de las fuerzas de orden público votaron por el PCI. Son también significativos los fenómenos que se dan en el aparato de justicia, varios de cuyos componentes han sufrido atentados de los grupos terroristas fascistas.

En alguno de los ejércitos de la OTAN, por ejemplo el de Holanda, funcionan organizaciones sindicales que agrupan soldados y mandos. Los comentaristas militares afirman que en las maniobras conjuntas eso no ha impedido al ejército holandés cumplir de manera eficaz las misiones que le fueron encomendadas. Pero un ejército así, ¿podría ser utilizado para un golpe de estado?

Por otra parte, en los países capitalistas desarrollados, de manera general, la sindicación de los funcionarios es un hecho y los funcionarios, considerándose parte de un servicio público, tienden a un tipo de relaciones con el Estado que les paga que son cada vez más las relaciones entre empleado y patrono.

Es decir, los componentes del aparato del Estado —por ahora se trata sólo de una tendencia— empiezan a percibir que el poder les utiliza en muchos casos contra el interés de la sociedad; a reconocer las contradicciones entre la sociedad, que va por un camino y el poder del Estado, que va por otro; y a enfrentarse con ese poder del Estado, como con un *patrono* arbitrario. Ello no sólo a partir de intereses profesionales o gremialistas estrechos, sino de una concepción, que va cobrando contorno y consistencia, de su relación con la sociedad real, relación que el Estado del capital monopolista deforma y manipula a su servicio.

Es decir, se inicia una toma de conciencia en los componentes de esa enorme empresa que es el Estado actual, paralela a la que se va operando en el conjunto de la sociedad, cuyo sentido es el divorcio creciente entre ese poder de- Estado y la sociedad real, de la que los funcionarios son parte.

Ciertamente, no se trata más que de un proceso que se inicia, por tanto incipiente y susceptible de ser desviado y manipulado to-

davía por las clases dominantes. No es una cuestión resuelta, es una cuestión abierta. Una vía posible para ir a la democratización del aparato del Estado, como principio de su transformación y de su conversión en un aparato capaz de servir a una sociedad socialista democrática.

LUCHAR POR LA DEMOCRATIZACIÓN DEL APARATO DEL ESTADO

Mas para tomar esta vía hace falta que el Partido Comunista y todos los partidos que están por el socialismo, y, en general, el conjunto de las fuerzas transformadoras de la sociedad, asuman ante los aparatos, coercitivos o no, del Estado y sus componentes, una actitud distinta a la que han tenido históricamente.

La práctica de la lucha de clases ha llevado al enfrentamiento entre los trabajadores y los componentes de esos aparatos. Cuando hay una manifestación, una huelga, no son los dirigentes del Banesto o los de Altos Hornos, en España, o de la Banca de París y los dirigentes de las empresas Dassault, en Francia —y así sucesivamente, en otros países—, los que descienden a la calle a enfrentarse físicamente con los huelguistas y manifestantes; son las fuerzas del orden, la policía — y en casos extremos, el ejército— quienes lo hacen.

Es ese papel que el poder de Estado del capital monopolista hace jugar a las fuerzas armadas, el que hay que impugnar.

Las fuerzas de orden público, la policía, deberían existir para defender la sociedad de los elementos antisociales, para regular el tráfico, para proteger a la población. Las manifestaciones populares y las huelgas no son conflictos de orden público, salvo cuando los gobiernos lanzan contra ellas a la policía. Las huelgas deben negociarlas los representantes patronales y obreros. El orden de las manifestaciones debe ser asegurado por sus organizadores.

En la sociedad moderna habría mucha más seguridad si la policía se dedicase sólo a vigilar a los ladrones y asesinos y a perseguir el robo y el crimen; si se emplease en vigilar y capturar a los elementos antisociales que negocian con drogas; si se defendiese a la población contra las agresiones de bandas, que se hacen cada vez más frecuentes; si vigilasen carreteras para cortar infracciones al Código de la circulación, evitando más eficazmente los innumerables accidentes que cada fin de semana causan centenares de muertos y heridos; si las fuerzas de policía estuvieran en un contacto más próximo con la población y sus problemas.

Pero, ¿qué necesidad tiene la sociedad de vestir de marcianos a miles de policías para lanzarlos con modernos medios represivos contra huelguistas o manifestaciones populares? ¡Que los gobernantes se habitúen a ver manifestaciones reivindicativas y a recibir en sus despachos a las comisiones que éstas designen para discutir con ellos! ¡Que se habitúen a dialogar con el pueblo, a escucharle y a rectificar incluso sus decisiones! ¡Que el poder no se sienta por encima de la sociedad!

¡Que los patronos negocien con los obreros directamente; que dejen a un lado la arrogancia que les proporciona saber que pueden imponer sus *dictados* con el apoyo de la fuerza pública! Si en algún caso no pueden ceder a lo que se les pide, que lo demuestren a los trabajadores a través de un sistema de negociación que permita a éstos conocer en todo momento, claramente, el estado de las finanzas de cada empresa; esto, además, sería un medio decisivo para poner coto al fraude fiscal. Cuesta más, muchas veces, al conjunto de la sociedad mantener y movilizar al servicio de los patronos a las unidades especiales de intervención, que acceder a las demandas archi-justificadas de los trabajadores.

Es decir, se trata de luchar, por medios políticos e ideológicos, a fin de imponer un nuevo concepto del orden público, más civilizado, inspirado en la idea de la defensa del conjunto de la población y no de los intereses de una minoría privilegiada; un

nuevo concepto del orden público más democrático, y de llevar ese concepto a la mente de los componentes de las fuerzas del orden. También éstos, en gran parte, se sienten cada vez más incómodos con las tareas que les impone el sistema actual. Se quejan de que el público les juzgue por los aspectos negativos que comporta dicho concepto y no por los positivos que su servicio tiene; se sienten rodeados por la antipatía y la reserva de la población. Obligados a cumplir tareas que rebajan su moral. Y a cumplirlas frente a sectores sociales que actúan por intereses que son también los suyos. Porque si la vida encarece, si la sanidad y la educación no están al alcance de todos, si los servicios sociales son insuficientes, en definitiva también ellos y sus familias sufren las consecuencias igual que todos cuantos viven de un salario.

¿Por qué el orden público va a consistir en defender la • autoridad de un gobierno o un ministro que proceden caprichosamente? ¿Por qué va a consistir en defender a un gobierno y no a la sociedad?

El orden público no significa tampoco la defensa a ultranza de un determinado orden político social, de unas instituciones concretas. Si la mayoría de la población se muestra disconforme con ese orden político-social, con unas u otras instituciones y se pronuncia contra ellas, defender el orden público significa garantizar que la voluntad de la mayoría de la población se realice.

Hay que pensar, en dependencia de las condiciones concretas en cada caso, en una política de democratización de las fuerzas de orden público. Una de las primeras condiciones es que los componentes de ellas puedan sindicarse, defender sus derechos y su dignidad profesional y establecer una relación con las organizaciones de los trabajadores que no sea la del guardián y el presunto delincuente.

Las fuerzas que se proponen transformar la sociedad deben promover un debate público permanente sobre el papel de las fuerzas del orden en la sociedad democrática; deben interesarse

por los problemas materiales, sociales y profesionales de este sector. Es un cambio difícil. Pero hay que hacerlo partiendo del principio de que en una sociedad socialista y democrática los funcionarios especializados en perseguir el robo y el crimen, en garantizar la seguridad de la población frente a la delincuencia, en organizar el tráfico rodado, etc., van a ser necesarios.

Eso no es obstáculo para la denuncia de los grupos especializados en la represión antipopular y en luchar por su disolución o reconversión según los casos. Pero con una política justa se pueden hallar aliados en la misma fuerza pública contra esos grupos que muchas veces son los que desacreditan al conjunto de la profesión.

En esta situación de crisis de la sociedad, una política justa puede contribuir a ganar para la democracia a una parte importante de las fuerzas de orden público.

El ejército es, sin duda, el más importante de los instrumentos coercitivos del Estado. Diversas experiencias, entre ellas la de Chile en 1973 —junto a muchas otras— prueban que en determinadas condiciones el ejército puede convertirse en el *partido político* de la oligarquía. Un partido político en posesión de aviones, tanques, cañones, ametralladoras y fusiles, que la oligarquía ha puesto en la balanza cuando el sufragio universal amenaza sus privilegios.

El ejército se ha formado ideológicamente, en la mayor parte de los casos, en las guerras coloniales e imperialistas, en la acción represiva antipopular.

En un pasado no lejano, correspondiendo a esta función, una parte de los cuadros de las fuerzas armadas salían de la nobleza y de la alta burguesía. Transmitían el principio de identificación entre *patria y sistema político social*. El patriotismo que sinceramente nutría a los oficiales era el reflejo ideológico de una estructura clasista, antipopular. Ese tipo de patriotismo se identificaba al orden, no simplemente al orden público, sino a éste en

tanto que salvaguardia del orden social establecido. El concepto de la disciplina era el reflejo de la subordinación en la sociedad, de las clases dominadas a las dominantes. La idea de servicio a la patria encerraba en el fondo la del servicio a un poder determinado.

Automáticamente estos reflejos ideológicos llevaban a los núcleos esenciales del mando de las fuerzas armadas a enfrentarse con todo cambio político-social, ya que identificaban el existente con patria, orden, disciplina, servicio.

De ahí, en contraste, las tradiciones antimilitaristas de las fuerzas de izquierda, la desconfianza histórica de las masas populares hacia el ejército y el hecho de que las fuerzas revolucionarias hayan inscrito en sus programas la destrucción de ese ejército.

Pero la concepción tradicional del ejército ha entrado en crisis, en un proceso lento. Han contribuido a ello las dos guerras mundiales en que no sólo los ejércitos, sino los cuadros de mando, por el terrible desgaste del combate moderno, tuvieron que abrirse, momentáneamente al menos, a hombres de extracción popular. Los combates de masas hicieron penetrar una especie de sopro, no sé si democrático, pero en todo caso menos clasista, en las estructuras militares. Tras la primera guerra mundial, esto no cambió la ideología dominante en el ejército, salvo en Rusia, donde el hundimiento del zarismo y de todos los conceptos tradicionales ligados a ese régimen, determinó para una gran parte de las fuerzas armadas pasar al campo de la revolución. En el resto de los países, el mantenimiento de la política colonial e incluso el antisovietismo, mantuvo y enriqueció la panoplia de armas ideológicas que ligaban a las fuerzas armadas al orden social existente.

La segunda guerra mundial tuvo efectos más profundos. Los ejércitos tradicionales de la Europa del Este se hundieron bajo el peso de la derrota. Una parte de sus componentes aceptaron los nuevos valores ideológicos y se integraron en las nuevas estructuras militares; la otra fue dispersada. Pero incluso en los

ejércitos victoriosos se inició una crisis que no ha dejado de desarrollarse con unas u otras alternativas hasta el día de hoy.

Un caso característico es el de Francia. Ya antes de la segunda guerra mundial, había en las fuerzas armadas una crisis profunda. Una parte del mando nunca se preparó seriamente para la defensa contra Alemania. El hueco que la línea Maginot dejaba libre, para que los invasores la rodeasen y rindieran, correspondía a la posición extraprofesional de parte del mando que había llegado a la conclusión de que en esa guerra, la noción que ellos tenían de lo que debía ser el sistema político-social, ya no se identificaba tan fácilmente con la de patria, disciplina, servicio... Ante ellos se presentaba un dilema: ¿qué era preferible, la victoria de la democracia del Frente Popular o el triunfo del fascismo? ¿La defensa de la integridad de la patria junto a Rusia, contra la Alemania nazi, o la defensa del orden social tradicional rindiéndose a Alemania contra Rusia? Una parte del mando francés, ante este dilema renunciaba a la patria e incluso al mantenimiento y a la integridad del propio instrumento militar. Otra, evidentemente, escogió la patria. La trágica —e inexplicable de otra forma— derrota espectacular de Francia en el 40, se debió a la crisis político-moral de sus fuerzas armadas, reflejo de la que atravesaban las clases dominantes.

Fueron el pueblo francés y los oficiales patriotas quienes recuperaron la idea de la patria y de las fuerzas armadas nacionales frente a Vichy. Más tarde, el papel preponderante de las potencias imperialistas anti-eje en la liberación de Francia permitió reconstruir, con modificaciones, el viejo orden clasista y colonialista. Los elementos populares y los mandos más fieles a la Resistencia fueron prácticamente eliminados del servicio activo. Una parte de los oficiales que habían tenido un comportamiento patriótico rehicieron la antigua unidad de las fuerzas armadas y rehabilitaron a un sector de la oficialidad que había flaqueado en el 40, recomponiendo un ejército de tipo tradicional.

Sin embargo, eso no resolvió la crisis de fondo, que volvió a

plantearse en otro terreno. La victoria antifascista en la segunda guerra mundial había abierto la era de la descolonización irreversiblemente. No obstante, el ejército francés fue empleado durante largos años en la defensa militar de un imperio colonial condenado en guerras como la del Vietnam. Aquí los profesionales soportaron sobre sus espaldas todo el peso de la campaña; experimentaron en su propia carne el foso abierto entre la acción que se les mandaba llevar a cabo y la actitud general del pueblo francés. Quedaron por responsables de la pérdida de una guerra, cuando la real responsabilidad correspondía a la política colonialista de las clases dominantes, periclitada e inviable frente a la resuelta e indomable voluntad de ser libres, de los vietnamitas.

Tras el Vietnam vino la guerra de Argelia. Según Charles Hernu, parte de la oficialidad, aleccionada por la experiencia del Extremo Oriente, era consciente de la inanidad de este nuevo sacrificio. Pero esta vez se utilizó al contingente, lo que hizo que la contradicción entre esa política militar y el interés nacional se viera por muchos sólo cuando el mismo general De Gaulle renunció a proseguir la aventura colonial. En este caso, los militares franceses empleados en Argelia se encontraron con que la misma clase dirigente que les había metido en aquel abismo sin fondo, les condenaba. Eso creó un terreno favorable a la OAS, pero a la vez profundizó la crisis y originó una cierta revisión del papel de las fuerzas armadas. La crisis no tuvo mayores consecuencias aún, porque la «forcé de frappe» nuclear proporcionó un nuevo exutorio a las vocaciones militares; nuevas razones de identificar patria, servicio, etc., con el sistema existente.

La nueva concepción ha tenido su desarrollo en las estructuras militares de la OTAN. Pero en la ideología que se desprende de éstas ciertos conceptos-fuerza tradicionales se esfuman, y en primer término el de patria.

La OTAN justifica su existencia en la posibilidad de un ataque soviético. En un determinado momento esto permitía todavía ligar patria y OTAN. Pero en la medida en que, tras más de

veinte años, no se ha producido agresión soviética y se confirma la orientación fundamentalmente defensiva del Pacto de Varsovia, la OTAN se transforma en una superestructura burocrático-militar, a la búsqueda de un objetivo que la justifique; y en último término deviene, sobre todo, un instrumento de control político, económico y militar de los americanos sobre Europa. Aquí sí que la idea de patria se esfuma. Y al final nadie sabe a ciencia cierta, en los países afectados, en qué consiste *su* política militar, cuáles son los objetivos de los instrumentos armados.

La OTAN, como toda burocracia militar o civil, genera la tendencia a automantenerse, a engordar parasitariamente. Genera también la tendencia a convertirse en un poder de suyo, autónomo, sobre el que los estados pierden todo el control real, si se exceptúa el que ejerce el Pentágono y, tras él, todo el complejo militar-industrial yanqui con sus ramificaciones europeas.

Hasta ahora el arma nuclear ha jugado un papel de disuasión. Pero cada vez es más claro que si, como decía Clausewitz, la guerra es la continuación de la política por otros medios, el enfrentamiento nuclear no es *ninguna política*, porque conduciría a la exterminación mutua de los contendientes, excluye la victoria de uno sobre otro y la explotación posible de dicha victoria, que es lo que puede denominarse *política*.

Así, actualmente, dos bloques están frente a frente; consumen riquezas enormes para no poder utilizarlas si no es en un mutuo suicidio, y agravan cada día más la crisis de la sociedad. Esa crisis aunque es más característica para el Occidente capitalista, afecta también al sistema socialista, no sólo a través de las relaciones de mercado, sino debido a que los ingentes gastos militares frenan su desarrollo y absorben muchas de sus fuerzas productivas, que no pueden dedicarse al progreso y al bienestar social.

Es cierto que han surgido las armas nucleares *tácticas*, en un intento de limitar las destrucciones y de posibilitar que la guerra pueda parecer aún como una posibilidad al servicio de la política.

Pero cualquier militar con experiencia de la guerra sabe bien —y si no lo sabe habría que licenciarle— que no hay ejército que se despliegue en orden de combate y se mantenga en sus posiciones sin desintegrarse bajo la amenaza de proyectiles nucleares aunque sean *tácticos*. Los primeros en correr y en desentenderse de la batalla serían los generales.

Además, en un continente tan poblado como Europa las armas dichas *tácticas* aniquilarían indistintamente unidades militares, población civil y riquezas materiales. No hay retaguardia estable frente a una guerra nuclear, incluso con armas tácticas. Un ministro francés del Interior, el «gaullista» Frey, durante su mandato, refiriéndose a la defensa civil en una posible guerra nuclear, afirmaba, con toda seriedad, que estaba haciendo el inventario de las *cavernas* existentes en Francia, para utilizarlas con ese fin. Con eso está dicho todo, aunque Frey no fuese muy consciente de ello: los escasos supervivientes volverían a la época de las cavernas.

Es decir, esa realidad de dos bloques superarmados, englutinando buena parte de las riquezas mundiales, del petróleo y de las materias primas, cada vez más caros, del desarrollo tecnológico, del esfuerzo de los científicos y de los trabajadores no puede llevar a otra cosa que al retorno a las cavernas.

Charles Hernu cuenta su visita al cuartel del «Strategic Air Command» en Nebraska en términos terroríficos:

Las salas de ordenadores IBM, los burós unidos en directo por televisión al Pentágono, el «teléfono rojo» jamás descolgado y capaz de alertar las bases USA del mundo entero, los barcos en el mar, los aviones en el aire; el «péndulo rojo» para marcar los primeros minutos del comienzo de la guerra; los guardias, con el revólver montado en la pistolera desabrochada, a fin de abatir a todo oficial que se volviese loco...

El mantenimiento de tal política carece de toda racionalidad

incluso desde el punto de vista imperialista y de hegemonía. Por eso han surgido en muchos dirigentes políticos y militares dudas serias sobre el valor del «paraguas atómico» americano, sobre si se mantendría o no abierto en caso de conflicto. A esas dudas habría que añadir otra: ¿qué saldría ganando Europa, en tan desesperada situación, con que el «paraguas» se mantuviese abierto, sino una mayor ración de proyectiles nucleares?

La consecuencia de esa irracionalidad es que, según comentaristas autorizados italianos, por lo menos en cuanto concierne a su país y a los sectores en que éste se halla más interesado, no se conoce en absoluto cuál es la estrategia de la OTAN. Y parece claro que ni siquiera en el terreno de la homologación de armamentos, ese organismo ha logrado resultados notables, salvo la introducción generalizada de ciertos armamentos americanos. Pero según Fabrizio de Benedetti, los tanques de este origen que posee el ejército italiano son intransportables por los ferrocarriles de este país y tienen una autonomía limitada a breves recorridos.

Todo esto se traduce también en una crisis de las concepciones estratégicas en los países de la OTAN. El general Liuzzi escribe que «...en Italia el problema global de la defensa nacional jamás ha sido, no digo resuelto, sino ni siquiera valorado seriamente...».

Otro general, Pasti, afirma que «no existe una política militar italiana», «no se ha llevado a cabo ningún tipo de estudio serio, sobre bases nacionales, para examinar si nuestras fuerzas armadas han respondido a las exigencias reales de la defensa italiana...», «y ni siquiera sabemos cuáles son las hipótesis políticas que deberían formar el punto de partida para la constitución de las fuerzas armadas».

Por lo que concierne a Francia son conocidos los vaivenes de su política militar: de las guerras coloniales a la «forcé de frappe»; de la defensa «tous azimuts» a la polarización militar en sentido único; del alejamiento de la OTAN a un ambiguo retorno a ésta.

Son conocidos algunos de los conflictos que tal situación ha provocado en el alto mando; cabe imaginar que a nivel de mandos medios los problemas, menos visibles quizá, son aún más profundos.

El ejército español, como el conjunto de la sociedad, se encuentra también en situación de muda. Si es que puede hablarse de una política militar oficial, ésta se reduce hoy a un papel auxiliar de apoyo a las fuerzas norteamericanas y de lucha contra la «subversión interna». Todo hace pensar que jefes como el teniente general Díez Alegría y el teniente general Gutiérrez Mellado tienen puntos de vista más amplios y modernos sobre la defensa, aunque no bien conocidos.

Las fuerzas armadas de nuestro país fueron utilizadas en el pasado como instrumento de la política colonial y de defensa del orden burgués-terrateniente. Posteriormente recibieron una misión de política interna: sostener el régimen franquista. Poco a poco las colonias han ido desapareciendo, bajo el poder de un gobierno que se proclamaba imperial. La última —el Sahara—, lo fue en condiciones que han dejado amarga huella en los profesionales. Ahora a las fuerzas armadas se les propone desde el poder sostener la monarquía y el cambio de las instituciones que antes apoyaron.

Hay que reconocer que durante estos 36 años el ejército, desde el punto de vista profesional y técnico, fue gravemente descuidado. Se le consideraba más bien como un instrumento de política interior y se descuidó su preparación en todos los órdenes. Sin subestimar el valor del *material humano* que lo compone, ¿es que nuestras fuerzas armadas, si hubiera un ataque exterior, estarían hoy en condiciones de movilizarse con rapidez y responder eficazmente? Tendrían probablemente que limitarse a «salvar el honor de la bandera» en un sacrificio estéril, en definitiva. Muchos militares son ya conscientes de esto y su desasosiego sólo es mitigado por la idea de que España no está realmente amenazada, por lo menos de momento. Algunos guardan escasas

esperanzas en un posible enderezamiento de la situación y hasta quizá dejasen con pesar la carrera si tuvieran otras oportunidades.

Otros, guiados por una sólida vocación profesional, esperan todavía; los que han visto amortiguarse esa vocación, se resignan, resignación alejada del estado de ánimo que se conoce en términos castrenses por la «interior satisfacción».

En el ámbito internacional la crisis de la sociedad en que vivimos se manifiesta también en una crisis en la que los militares más cultos e interesados por su oficio están a la búsqueda de una nueva identidad. En ese sentido es muy interesante y significativo el libro recientemente publicado por el comandante Prudencio García, en el que se defiende la tesis de que los ejércitos deben prepararse para apoyar una política de paz y desarme, aunque esta perspectiva aparezca todavía lejana.

Las fuerzas de izquierda y particularmente los marxistas tenemos que abordar activamente la problemática militar como un componente muy decisivo de la transformación socialista de la sociedad. Pero tenemos que hacerlo analizando a fondo esta problemática tal como se presenta realmente hoy en nuestras sociedades, y no como se presentaba en los años de la primera guerra mundial o en los que la precedieron. De ahí que aunque el método de análisis marxista siga siendo el único capaz de llevarnos a conclusiones justas, resulte profundamente erróneo repetir hoy fórmulas utilizadas por los marxistas en el pasado, lo que redundaría en la conversión del marxismo en un puro cliché dogmático.

No se puede transformar la sociedad sin transformar el Estado y, por consiguiente, uno de sus instrumentos fundamentales, el ejército. Pero al optar por una vía democrática, como hemos hecho, no por comodidad, ni por una especie de estado de beatitud, sino por imperativos históricos inescusables, tenemos que plantearnos la cuestión de si es posible establecer una convergencia entre la orientación general de las fuerzas que aspiran al

socialismo y esa búsqueda de nuevas señas de identidad que comienza a darse entre los militares más al día.

No se trata aquí de instrumentalizar al ejército en otra dirección política de la que ha seguido, ni mucho menos de pensar en complots militares, en repetir hoy la historia del siglo xix y de parte del xx en nuestro país, con sus pronunciamientos, golpes de estado y guerras civiles, sino de lograr una identificación entre ejército y sociedad civil en esta época de transición, identificación que supere el binomio histórico: *oligarquía+fuerzas armadas=conservadurismo y reacción*, y que facilite la marcha democrática de las fuerzas progresistas hacia un tipo de sociedad igualitaria y justa.

Las revoluciones armadas destruyeron frontalmente el viejo tipo de ejército para crear uno nuevo. Eso sucedió en las revoluciones socialistas y también en la gran revolución francesa, de carácter burgués. En las condiciones concretas de los países desarrollados del Occidente capitalista, esa perspectiva, salvo catástrofes imprevisibles, no parece posible. Para un planteamiento actual de la transformación de la sociedad y el estado en estos países hay que abordar el problema de las fuerzas armadas diferentemente. Porque hay que abordarle, no se puede eludir.

Un análisis serio, no puede ignorar que incluso en los casos en que se destruyó por la fuerza el aparato de Estado opresor, tal resultado se consiguió cuando las fuerzas revolucionarias lograron ganar o neutralizar la parte decisiva del aparato militar, como consecuencia de una derrota de éste y de la crisis subsiguiente en la sociedad establecida y en sus estructuras militares.

La cuestión es *si una transformación democrática de la mentalidad militar puede obtenerse como consecuencia de una crisis social, debida a factores distintos a la guerra*. En caso de que la respuesta fuese negativa habría que renunciar al socialismo y resignarse eternamente al *statu quo* político-social, o bien ponerse a desear demencialmente el estallido de un conflicto bélico. Pero ya hemos visto que en el estado actual de los arma-

mentos, esto último sería el suicidio de todas las clases sociales en pugna.

En definitiva, a las fuerzas transformadoras de los países capitalistas desarrollados no les queda otro camino que tratar de lograr la conquista o la neutralización de la mayor parte, sino de todo el ejército, por otros caminos que los clásicos.

Esto entraña una revisión profunda de la posición de dichas fuerzas hacia el aparato militar, un abordaje nuevo de toda la cuestión capaz de incidir en ciertos rasgos característicos de la mentalidad militar y de extender y profundizar en su interior los efectos objetivos de la actual crisis de sociedad.

Es evidente que las viejas actitudes antimilitaristas, la agitación política pura, el dirigirse al ejército en forma negativa no facilitarían la tarea, sino que la tornarían irrealizable y ayudarían a la oligarquía dominante a formar bloque con el ejército.

Para la nueva estrategia hay que partir de un hecho objetivo: mientras exista el Estado, cualquiera que sea su contenido social, el ejército, con una u otra estructura, es un instrumento indispensable. Ningún Estado capitalista o socialista ha renunciado al ejército. De una manera general, los ejércitos desaparecerán cuando se extingan los Estados, cuando la sociedad haya logrado una estructura comunista a escala mundial. Ese es nuestro objetivo último; pero hay que reconocer, a fuer de realistas, todavía lejano.

Es decir, nosotros consideramos la existencia del ejército como una necesidad social. Pero el ejército, y éste es un principio fundamental, tiene que ser ante todo el instrumento que garantice la independencia y la soberanía nacional, y no el órgano que asegure la opresión de la oligarquía monopolista sobre las restantes clases y capas sociales, ni la intangibilidad del *statu quo* político-social capitalista. El ejército no debe ser, en ningún modo, una reserva de la policía. El ejército, sus cuadros de mando, deben estar abiertos al acceso de las capas populares. No

debe ser el instrumento de un partido ni de una facción de la sociedad. Dentro del cuadro de sus funciones específicas —la defensa de la integridad territorial— tiene que obedecer las órdenes de cualquier gobierno estatuido como resultado del sufragio universal. Si un gobierno cualquiera, y aún menos, una facción de la sociedad, trata de utilizarle en funciones ajenas a la que es la suya, debe negarse resueltamente a obedecer.

Es decir, de todas las nociones de que ha sido imbuido el ejército, hay una que importa desterrar: la de la disciplina *ciega* hacia todo poder emanado del orden social constituido, la disciplina *ciega* a las órdenes del mando superior. En un ejército la disciplina es indispensable, sin ella no hay ejército; pero la disciplina, incluso en el ejército, no puede ser *ciega e incondicional*. El militar es un hombre, no un robot. Nada disculpa a un soldado, cualquiera que sea su grado, si cumple una orden que va contra la voluntad soberana del pueblo o contra la dignidad humana.

En este sentido la guerra mundial antifascista ha venido a sentar lo que podríamos llamar una especie de jurisprudencia basada en principios éticos bien determinados. Los militares que participaron en crímenes de guerra no quedaron cubiertos por las órdenes de sus superiores; fueron juzgados y condenados por no haberlas desobedecido. Es decir, se castigó en ellos, precisamente, la obediencia *ciega e incondicional* al mando.

Durante la guerra del Vietnam, en las filas del ejército norteamericano crecieron elementos graves de descomposición, que fueron uno de los factores de la derrota y retirada: los crímenes de guerra y la repulsa de un sector de la oficialidad y soldados hacia ellos. A tal punto que los más notorios de esos crímenes fueron objeto de procesos en EE. UU., que si no condujeron a castigar severamente a los responsables —emplazados en posiciones demasiado elevadas— sí contribuyeron a desacreditar definitivamente la guerra injusta que las tropas yanquis llevaban a cabo en Indochina.

No tengo a mano, en el momento de escribir, el texto del re-

glamento militar francés, reformado después de la guerra de Argelia y debo fiarme de mi memoria. Pero recuerdo que leyéndolo me impresionaron favorablemente cláusulas, cuya forma no estoy en condiciones de precisar, que dejaban a los mandos inferiores un margen de reflexión y de libertad, para no aplicar determinado tipo de órdenes que resultasen atentatorias a la dignidad humana y al espíritu de la legalidad democrática.

Fuera de esa noción de la disciplina *ciega* a las órdenes superiores, otras que conforman la mentalidad militar: el patriotismo, el espíritu de servicio y de sacrificio son perfectamente válidas y nobles, absolutamente necesarias en cualquier tipo de ejército.

Es necesario acercar el ejército a la sociedad real. Esto, en primer término, plantea la cuestión de la situación social de la oficialidad y de los altos mandos militares. Es decir, en concreto, ¿en qué debe basarse el *prestigio social del* cuerpo de oficiales y mandos?

Hay un concepto del *prestigio social* que se origina, por ejemplo, en las guerras coloniales. Según ese concepto, el mando en general derivaba su *prestigio social* de lo que era su misión: intervenir en ese tipo de guerras, estar dispuesto a sacrificar su vida en ellas, por lo que le habían enseñado a considerar el «interés de la Patria», aunque éste fuera solamente el interés de una clase dominante interesada en explotar económicamente las colonias. Esa misión, que entrañaba para el mando el riesgo de la vida, le proporcionaba un *prestigio social*, le confería un título de superioridad sobre el resto de los ciudadanos. El mando militar era oficialmente el *salvador de la Patria* que fácilmente pasaba de *salvarla* contra un país colonizado a *salvarla* contra su propio país, cuando la clase dominante se consideraba amenazada por las clases oprimidas.

Para *interesar* directamente al ejército en sus propios fines, la clase dominante atraía a una parte de los altos mandos, cúspide de la pirámide de la disciplina militar, a los consejos de administración de las empresas, a la participación directa en los ne-

gocios; aunque en la generalidad de los mandos la inserción en esta concepción de clase se operaba a través de la disciplina ciegamente jerarquizada y de una formación ideológica *ad hoc*. De hecho la situación económica de la inmensa mayoría de ellos estaba al nivel de las capas medias bajas de la sociedad. En muchos casos, el *prestigio social* de la función disimulaba difícilmente lo raído del uniforme y las apreturas económicas de los fines de mes.

¿Puede prolongarse esa concepción del prestigio social del militar, cuando ya no hay colonias y cuando el ejército no tiene ninguna razón para atribuirse ningún papel de salvador, como no sea, en exclusiva, frente a su propio pueblo?

Hoy el cuadro militar debe ocupar en el país el papel de un técnico, de un científico, de un intelectual formador de hombres aptos para proteger el territorio contra un ataque exterior.

En un caso de guerra, el militar ya no es el único *salvador del país*, puesto que en tales circunstancias se transforman también en militares infinidad de profesionales civiles que defienden la integridad patria lo mismo que él, y que los suboficiales y soldados que encuadran.

Y esta categoría de técnico o científico, es decir de intelectual, viene determinada no sólo por su función formadora de hombres, sino por la complejidad, por la sofisticación creciente de la tecnología militar.

Hoy el mando de una unidad militar moderna no tiene nada en común con el mando de las tropas de la Legión o de la infantería colonial tradicional. No bastan el valor físico y la energía de carácter para formar un buen mando, aunque sean indispensables; hacen falta amplios conocimientos, es necesaria una verdadera preparación intelectual. El oficial que aspira a hacer una carrera militar completa, tiene que ser prácticamente un técnico, un ingeniero, un científico. Debe poseer en el sentido más amplio, una formación universitaria.

Y ello no sólo en el aspecto técnico, sino en el humanístico y sociológico. Porque cada vez más, en una sociedad que se desarrolla científica y técnicamente, en que los hombres son más cultos y tienen una noción más elevada de su valer y de su dignidad personal, las formas en que se ejerce el mando varían también. El oficial ya no recibe en el cuartel hombres en su mayor parte analfabetos, temerosos, sumisos, dispuestos a acatar cualquier orden, a condición de que les sea dada con severidad y hasta con brutalidad. Recibe hombres cultos —a veces tanto o más que él— que razonan, piensan, y le miran con un ojo crítico. Si no está preparado intelectualmente para mandar a este tipo de hombres, la obediencia que le presten será puramente formal; no tendrá ningún ascendiente real sobre ellos y no existirá una disciplina verdadera, lo que a la hora del combate —si ésta se presenta y para ella se prepara el ejército—, e incluso en cualquier ejercicio, puede ser sumamente negativo. Hoy, y en esta sociedad moderna, cada año más, el oficial antes de mandar eficazmente, tiene que convencer a sus hombres de que *sabe mandar*, e inspirarles confianza, repito, no por su brutalidad en el trato, sino por su preparación e inteligencia.

De ahí que una política militar democrática tenga que plantearse, para empezar, una reforma del sistema de preparación de la oficialidad. Y esa reforma tendría que pasar por un sistema mixto de formación en las Academias específicamente militares y en la Universidad.

Las Academias militares deberían consagrarse a la enseñanza de la doctrina, la estrategia, la táctica y las aplicaciones específicamente militares de la técnica; pero el cadete debería seguir en la Universidad los cursos científicos y técnicos y cursos de humanidades y sociología, junto a los demás estudiantes.

Y los oficiales y mandos ya hechos deberían poder seguir cursos universitarios para completar y desarrollar su formación.

Es decir, la oficialidad de un ejército moderno debe ser una oficialidad culta, cuyo *prestigio social* esté fundado en su forma-

ción intelectual, y no en que tiene armas y uniforme que lo distingue de los demás. De hecho, ya ahora en los ejércitos modernos un oficial culto puede ser en la vida civil un técnico, un ingeniero, un economista, un sociólogo, en condiciones semejantes a las de cualquier universitario. Y esta tendencia será cada vez más pronunciada.

La combinación de la formación en la Academia y en la Universidad permitirá al oficial no sólo una preparación más completa, sino el contacto y el conocimiento directo antes del cuartel con la juventud que va a integrar el ejército y que, si un día hay que defender el país, va a dar su sangre junto a él.

Esta formación debe proponerse también sentar las condiciones para que los militares tengan la posibilidad, si lo desean y si es necesario, de integrarse a una determinada altura de su existencia en la vida civil, sin que eso suponga descenso en su *status*. ¿Por qué esto? Porque no todos los que empiezan la profesión de oficial tienen la posibilidad de llegar a general.

Sin embargo, en una guerra moderna, incluso los generales cuando mandan unidades operativas tienen que ser jóvenes. Es decir, tienen que estar en condiciones físicas óptimas para asumir con plenas facultades el mando de tropas y el manejo de artefactos de guerra sumamente complicados, que precisan una agilidad intelectual y física muy despiertas. Si esto es verdad para los generales que mandan grandes unidades lo es más para los coroneles, los tenientes coroneles, comandantes, etc., que están al frente de unidades menores y que en una guerra, hoy, lo mismo pueden decidir favorablemente una batalla que desaparecer aniquiladas en cuestión de minutos.

Es decir, las unidades operativas de un ejército moderno tienen que estar mandadas por oficiales y jefes jóvenes. Eso significaría, lógicamente, anticipar la edad de retiro para unos y otros. Por tanto, el militar quedaría fuera del servicio activo —salvo quizá la excepción de los más dotados que podrían tener una función en los altos estados mayores y en las Academias— a una edad en

que el hombre está aún en posesión de todas sus facultades intelectuales y en que reducirse a la inactividad es una especie de muerte civil prematura. Justamente una formación más universal permitiría al militar integrarse en la vida civil a una determinada edad y seguir desempeñando una función acorde con sus aptitudes sin demérito para su *status*.

Esto estaría, además, en acuerdo con la concepción moderna de que la defensa de la patria no es función exclusiva del militar profesional; la defensa no es el privilegiado sacrificio de una minoría de salvadores, sino función de todos los ciudadanos, de todo el pueblo. La tarea del profesional es, efectivamente, combatir, si hay guerra; pero en este caso, como él, combaten también los oficiales de complemento —no profesionales—, las clases y los soldados. Lo que distingue de éstos al profesional, es que en tiempos de paz su función es formar militarmente a los no profesionales —mandos de complemento, clases y soldados—, algo que en cierta medida puede asimilarse a la labor docente de catedráticos, profesores y maestros, en las disciplinas civiles, sólo que el ámbito social de su labor es infinitamente más amplio.

Es decir, en esta concepción moderna, el militar no es el miembro de una especie de orden cerrada, aislada de la sociedad y por encima de ésta, sino el participante de un cuerpo docente, dedicado a impartir una determinada formación a los ciudadanos para que éstos puedan defender la integridad del territorio en caso de necesidad.

Cierto que esta concepción no es la del Estado capitalista actual. Pero incluso dentro de este Estado, sobre todo si conseguimos que los aparatos ideológicos vayan volviéndose contra él, esta concepción puede ganar progresivamente a sectores militares muy amplios, porque además se apoya en factores materiales objetivos, en una tendencia histórica que se acentúa cada día más.

Esos factores, esa tendencia, están ligados, por un lado, al desa-

rollo de las fuerzas productivas que generalmente van en cabeza precisamente en las aplicaciones a la técnica y al arte militar y que, por su creciente sofisticación, exigen del profesional una calificación cada vez mayor; por otro, el papel de los ejércitos que en esta época, a veces imperceptiblemente, va modificándose. Los ejércitos son un instrumento de la política de los estados y, en un mundo que ya no es homogéneo, en el que coexisten diversos regímenes sociales, en el que han desaparecido los imperios coloniales, en el que —aunque lento y penoso— se desarrolla un proceso de democratización de las relaciones internacionales y de internacionalización en todos los aspectos, esta política de los Estados va transformándose también profunda y a veces imperceptiblemente.

Por eso en los estados capitalistas desarrollados hay lo que podríamos llamar una crisis de la doctrina militar, entendida ésta en un sentido más amplio que los simples reglamentos. La definición de la misión del ejército está en constante revisión. De ahí la crisis profunda de la OTAN. La modificación del equilibrio mundial que antes se hacía casi periódicamente a través de la guerra entre unos y otros estados, ahora resulta prohibitiva por el precio que exigiría a los que la practicasen, consecuencia de la llamada *disuasión nuclear*.

Hoy existe un equilibrio surgido de la segunda guerra mundial y de las conmociones suscitadas por ésta. Es un equilibrio que se sostiene en la hegemonía militar de las dos grandes potencias. EE. UU. y la URSS. Salvo una ráfaga de locura que destruiría el planeta, ese equilibrio no puede modificarse en una confrontación directa. De ahí los innegables progresos de la coexistencia, por precarios que sean —y lo son por apoyarse en el arma nuclear—, y no en la conciencia generalizada de la necesidad de un nuevo orden internacional que, paulatinamente, va ganando terreno.

Aunque el equilibrio actual no es estático y va modificándose poco a poco, esa modificación no se atiene a los métodos clási-

cos. Por eso están en crisis las doctrinas militares, que se basan en la idea de la confrontación directa entre dos bloques, idea que aparece, cada día que pasa, como más nefasta e irracional para unos y otros. La posibilidad de ese enfrentamiento deja de ser una *política*, puesto que una *política* persigue siempre un objetivo con un mínimo de posibilidades de realización, con un mínimo de racionalidad.

La modificación del equilibrio actual apunta a la disminución de la bipolarización y a la creación de un nuevo equilibrio multipolar. En Asia y en Europa van despuntando nuevos polos de poder. El llamado Tercer Mundo, con sus desniveles y contradicciones, va siendo, hasta cierto punto, un nuevo polo, aunque su poder militar está muy por detrás de su influencia posible en el terreno económico y político.

Los problemas y las contradicciones mundiales se plantean hoy, sobre todo, en el terreno político y económico. Salvo en países atrasados, cuyos medios militares, aun con ayuda exterior, no van más allá de las armas clásicas, es muy difícil concebir una confrontación militar. Sin duda los estados mayores tienen planes para esos posibles enfrentamientos; pero del papel al terreno, hay un abismo. ¿Qué ejército resistiría hoy una batalla, aunque fuese con simples armas tácticas nucleares, sin esfumarse, sin disolverse en la naturaleza, por desintegración física o desintegración moral? ¿Qué unidad sería capaz de mantenerse en el terreno en formación de combate frente a ese tipo de armas? ¿Qué retaguardia las resistiría sin desmoronarse?

En una reunión reciente de dirigentes de la II Internacional se ha emitido ya la duda —que tenían desde antes políticos como De Gaulle y otros, aunque algunos no la confiesen— de que el pararrayos atómico norteamericano funcione en caso de un conflicto en Europa. De la misma forma que no hubo pararrayos atómico soviético ni en Vietnam ni en Cuba ni en Oriente Medio.

De esta duda, fundada, surge la noción de una defensa europea y pueden nacer nuevas concepciones de defensa regional, que

quizá sean etapas inevitables, en el camino hacia un nuevo orden mundial basado en el desarme general, si antes no se impone como una evidencia la necesidad y la urgencia de éste.

En todo caso la política —y con ella la consiguiente doctrina militar— de la bipolarización está en crisis. Lo está, además, porque toda política de bloque, independientemente de la ideología en que se apoye, presupone hegemonía; hegemonía de la potencia más poderosa en el terreno político, económico y militar. Éste es un hecho objetivo que no puede enmascarar ninguna ideología. Y esa hegemonía que empieza teniendo su sustento en el poder militar y adoptando un aspecto protector, termina extendiéndose a todos los ámbitos: la política, la economía, la moral, la cultura. De una manera u otra esa hegemonía termina tornándose insoportable para los estados que la sufren. Surgen contradicciones en cada bloque, que se agudizan precisamente cuando el objeto de esa política —la confrontación militar posible con el otro bloque— aparece como un contrasentido, como un suicidio, cada vez más evidente.

Limitándose a los problemas de doctrina militar en esta fase de transición que vive el mundo, en países como el nuestro, que no pueden aspirar a convertirse en potencias militares como los «grandes», un primer objetivo, partiendo estrictamente de la defensa del territorio nacional frente a un eventual agresor y renunciando a toda guerra agresiva, tiene que consistir en hacer saber a éste que el costo de una invasión y una ocupación será muy grande, desproporcionado al resultado que busca, porque cada ciudadano se transformará en un combatiente y cada palmo de terreno en un fortín, y porque incluso en caso de ocupación no capitularíamos y continuaríamos haciéndole la vida imposible.

En el caso de España eso arraiga además profundamente en todas las tradiciones nacionales.

Esa política entraña la posibilidad de una cooperación con los países vecinos que pudieran hallarse en las mismas circunstancias.

Pero una guerra por motivaciones nacionales defensivas, en esas condiciones, tendría que ser una *guerra de todo el pueblo*. No podría ser una guerra en interés de una clase oligárquica o por intereses extranjeros al país. Una cooperación militar con otros países tendría que fundarse en el hecho de que están amenazados o atacados por el mismo agresor.

En tal caso es indispensable un ejército que esté fundido con la nación, con el pueblo; que sea el mismo pueblo en armas. Ello significa que al lado del ejército permanente, fundado en el reclutamiento, debe haber un ejército de reserva, formado por los hombres válidos, sobre la base territorial; entrenado con cierta periodicidad y en condiciones de ponerse sobre las armas y de librar combates defensivos en su región, o de intervenir en otros sitios en el espacio de horas. Esta concepción de la guerra de defensa, nacional, popular, está íntimamente en oposición con la concepción imperialista, de conquista, y desde luego con la de la guerra antisubversiva concebida contra el propio pueblo. En el fondo la noción de guerra antisubversiva corresponde a un ejército contrarrevolucionario, preparado no para defender la nación, sino para el golpe de estado; no para preservar la integridad territorial, sino para proteger los privilegios de una (*)

Las fuerzas transformadoras de la sociedad tienen que llevar una lucha abierta por un tipo de ejército capaz de asumir la defensa nacional; oponer el interés de la nación al de las oligarquías dominantes. En ese terreno es posible ganar la comprensión y la simpatía de los profesionales que sienten vocación por su oficio.

Ese ejército tiene que empezar por tener sus fuentes de suministro principal en el país; que no dependa del extranjero, por lo menos en lo esencial, para su armamento y municionamiento. Lo que significa que una industria nacional de armamento adecuada

* El párrafo queda sin acabar en la edición original. (N.del maquetador).

a las posibilidades del país, es necesaria; y que también es necesario un desarrollo industrial nacional que, en caso de guerra, pueda asegurar los medios de defensa.

Es decir, *las fuerzas socialistas y, en primer término, el Partido Comunista, necesitan poseer una política militar. Sólo poseyendo una política militar más racional, más nacional, más atractiva que la del Estado de la oligarquía monopolista podrán, antes y después de llegar al gobierno, conquistar para ella a los militares profesionales y conseguir que la mayoría de éstos apoyen fielmente al nuevo poder de Estado.*

Se trata de ganar a un sector de la sociedad, deformado ideológicamente, que puede ser atraído por motivaciones profesionales y por otra ideología que no anule ciertos resortes psicológicos, sino que los adapte a las nuevas realidades de la sociedad española y del mundo.

La lucha por ganar dicho sector exige tratar y conocer sus problemas seriamente. Y esforzarse por darles una solución acorde con el interés nacional. Un programa político de las fuerzas socialistas tiene que integrar las soluciones a los problemas de la defensa nacional y de las fuerzas armadas.

Algunos «tradicionalistas» españoles dirían que esto es un plan de «subversión». ¿Por qué de subversión? Si acaso, puede haber aquí el inicio de un plan de democratización del ejército y del concepto de la defensa, que partiendo del interés nacional va a operar a favor del ejército mismo y de la situación del militar en la sociedad. De un plan a defender y a desarrollar públicamente, pues los problemas de la defensa y de las fuerzas armadas son de tal importancia que se justifica el más amplio y permanente debate de ideas sobre ellos en la sociedad. En este sentido no se trata de llevar la política al ejército, sino de traer el tema militar al terreno de la política de la izquierda, de forma que no sea solamente la derecha, que controla tradicionalmente el Estado, la que inspire políticamente al ejército, y que éste deje de ser identificado con la derecha para estarlo cada vez más profun-

damente con la nación, de la que se nutre y debe ser el brazo armado.

Junto a la elaboración de una política de orden público y una política militar democráticas que contribuyan ya, aun estando todavía en la oposición, a dar una cierta base de apoyo a las fuerzas transformadoras socialistas dentro de ambos aparatos coercitivos y a formular una serie de medidas para aplicarlas desde el gobierno, en el mismo sentido, cuestiones como la reforma democrática de la función pública, que yo no hago más que apuntar, y de la democratización del Estado, son de la mayor importancia.

En este último aspecto destaca el acercamiento del aparato del Estado al país, al pueblo; la descentralización de esa tremenda máquina; la creación de órganos de poder regionales. Y en España, donde conviven diversas nacionalidades, de órganos de poder nacionales. La tradición centralista napoleónica era propia de un Estado imperialista que, proyectado a empresas de conquista exterior, concentraba en un solo puño las energías del país. Un Estado democrático debe caracterizarse por la descentralización, de manera que la administración opere con más flexibilidad, más cerca y más de acuerdo con la voluntad de los gobernados. Un tipo de Estado de este carácter podrá ser transformado más fácilmente en un Estado apto para llegar al socialismo por una vía democrática; en un Estado más fácilmente controlado por los elegidos del pueblo; y por consiguiente, un Estado más protegido frente a las contingencias de un golpe de fuerza.

Esta descentralización es, además, una necesidad del desarrollo económico en las regiones y las nacionalidades; de la superación de los desequilibrios que convierten en verdaderos monstruos económicos y urbanísticos algunas zonas y mantienen en el atraso y el subdesarrollo a otras.

Se trata de hacer una democracia viva a todos los niveles en todo el país, en la que el poder efectivo resida en los órganos del poder popular, de manera que la vitalidad de éste sea tal que un grupo

instalado en zonas centrales de poder no pueda aniquilarla de golpe.

Esta concepción del Estado y de la lucha por democratizarle presupone la renuncia, en su forma clásica, a la idea de un *Estado obrero y campesino*; es decir, de un Estado montado de nueva planta trayendo a sus oficinas a los obreros que están en las fábricas y a los campesinos que trabajan la tierra y enviando a ocupar su plaza a los funcionarios que hasta el momento trabajaban en las oficinas. De otra parte, un Estado así no ha existido nunca más que idealmente. Incluso donde la revolución ha triunfado por un acto de fuerza, la burocracia, con alguna excepción, ha seguido siéndolo y los nuevos funcionarios han adquirido rápidamente muchas de las mañas de los antiguos.

Esta concepción del Estado entraña también la idea de *renunciar a un aparato del Estado que sea de Partido*, a un aparato de Estado controlado por un aparato de Partido; se trata de crear un aparato de Estado que obedezca en todo momento fielmente a los elegidos del pueblo, y que no pueda ser manipulado contra la voluntad del pueblo.

Puede ser que la transformación del Estado actual del capital monopolista en un Estado apto para el ejercicio de la hegemonía de las fuerzas socialistas antimonopolistas y, concretamente, del nuevo bloque histórico, la alianza de las fuerzas del trabajo y de la cultura, no pueda obtenerse solamente a través de una acción política y de medidas democráticas de gobierno; puede suceder que en un momento dado sea necesario reducir por la *fuerza* resistencias de *fuerza*-, es decir, que la transformación cualitativa de ese aparato no sea enteramente pacífica y que un gobierno democrático se vea enfrentado a una tentativa golpista. Pero si tiene el apoyo popular, conquistado en buena lid democrática y ha hecho una política inteligente de democratización del aparato del Estado, tanto desde la oposición como desde el gobierno, se encontrará en condiciones favorables para consumir su obra y barrer los residuos de la hegemonía oligárquica.

EL MODELO DE SOCIALISMO DEMOCRÁTICO

EL ENFOQUE DE LOS PROBLEMAS ECONÓMICOS

Ciertamente, la vía democrática al socialismo supone un proceso de transformaciones económicas distinto a lo que pudiéramos considerar el modelo *clásico*. Es decir, supone *la coexistencia de formas públicas y privadas de propiedad durante un largo período*. Así cobra toda su significación la etapa de democracia política y económica prevista en nuestro programa; en esta fase, que no es todavía el socialismo, pero que ya no es tampoco el dominio del Estado por el capital monopolista, se trata de preservar al máximo las fuerzas productivas y los servicios sociales ya creados, reconociendo el papel que representa en ella la iniciativa privada.

A la vez, el objetivo cardinal es poner en manos de la sociedad —y, en ciertos casos, no sólo del Estado, sino de los poderes nacionales, regionales y locales— las palancas decisivas de la economía, a fin de asegurar la hegemonía del bloque histórico compuesto por las fuerzas del trabajo y de la cultura en el período de transición.

Simultáneamente, la posesión social de dichas palancas sería la base para una planificación nacional y democrática de la economía, que integre al sector público y privado y permita elaborar un modelo económico adaptado a las necesidades reales de la población y al mejoramiento radical de la calidad de la vida.

Hablo de una planificación racional, partiendo de las necesidades ligadas a ese nuevo modelo económico y a la calidad de la

vida, y de una planificación democrática, en el sentido de que ésta debe comenzar a elaborarse desde abajo, teniendo en cuenta la iniciativa, las necesidades y las posibilidades de cada sector de la población y de cada empresa o servicio, y de que el plan general debe conformarse como la articulación, en un conjunto, de múltiples planes, a todos los niveles, y no como una imposición burocrática desde arriba.

En esa planificación, y en las condiciones de nuestro país, una atención primordial hay que prestar a la agricultura y la ganadería, para resolver de manera eficaz —dependiendo lo menos posible de la importación— el problema de la *alimentación* y, a la vez, las agudas injusticias socio-económicas sufridas por ese sector, tradicionalmente abandonado. España puede producir carne, cereales, legumbres, frutas, oleaginosos, azúcar y vino en cantidad suficiente para autoabastecerse y exportar. Este debe ser un objetivo económico de primer orden. Ligado estrechamente a él se plantea la necesidad de organizar la transformación industrial de una parte de la producción agropecuaria, en la que tienen que estar interesados de manera directa los productores agrícolas, lo mismo que la reorganización de las redes de distribución. Esto contribuirá también a poner coto a la descapitalización del campo.

En el sector agrario habrá que combinar el mantenimiento de la iniciativa privada con formas cooperativas de distinto grado, relacionadas con la producción, transformación y distribución, formas que conviene estimular tanto desde el punto de vista del rendimiento económico como del proceso de transformación social. A este respecto conviene aclarar que la consigna de «la tierra para quien la trabaja» no significa obligatoriamente el reparto individual de la tierra en parcelas; puede realizarse también con formas colectivas, o conformas mixtas, individuales y cooperativas, de manera que se acuerden la justicia social y el rendimiento económico.

Para la solución del problema de la alimentación hay que prestar,

igualmente, una seria ayuda y gran atención a la industria de la pesca. Los problemas que se derivan de la ampliación por el Mercado Común y otros países de los límites costeros hay que abordarlos no sólo con iniciativas de política internacional —aunque éstas sean necesarias— sino con la transformación y modernización de la flota pesquera, a fin de que estas faenas puedan ser practicadas con los medios técnicos que hoy poseen los países más avanzados en ese sector. El Estado debe contribuir decisivamente a este fin, así como los poderes nacionales, regionales e incluso locales, fomentando además las formas de propiedad cooperativas.

La planificación democrática debe centrarse, asimismo, en *el desarrollo de las fuentes energéticas*, con la orientación de hacer a nuestro país lo más independiente posible de los suministros extranjeros. El Estado tendría que dedicar una atención mucho mayor a la búsqueda de yacimientos petrolíferos; al desarrollo y modernización de la industria minera; a la investigación científica para el aprovechamiento de todas las fuentes naturales de energía.

Los problemas de la *alimentación* y la *energía* son hoy esenciales para cualquier Estado moderno y ambos sectores son básicos para asegurar un desarrollo equilibrado y un bienestar general.

Una planificación racional y democrática debe prestar dedicación al mejoramiento de la calidad de la vida en las grandes urbes, poniendo fin a la especulación del suelo, resolviendo satisfactoriamente el problema de la vivienda, desarrollando los servicios sociales colectivos de todo orden, atendiendo a una organización del transporte que cuide de evitar la fatiga, la pérdida de tiempo y de disminuir la contaminación. En correspondencia, es indispensable elevar las condiciones de existencia en las villas rurales, llevando a ellas las ventajas de la civilización y la cultura, con la tendencia a superar las diferencias entre la ciudad y el campo.

La educación tiene que ser otro de los aspectos esenciales de una planificación racional y democrática. Está sobradamente demostrado el papel de la educación en el desarrollo, en todos los órdenes, de cualquier país; la educación no sólo es indispensable para la formación del hombre nuevo, es también, de hecho, una fuerza productiva que interviene decisivamente en el desenvolvimiento económico. La gratuidad de la enseñanza para niños y jóvenes, y para los adultos que estudien, es indispensable para la promoción intelectual de los hijos de los trabajadores y de éstos mismos. Pero, contrariamente a un criterio aparentemente muy radical, debe ser disfrutada también por los hijos de las familias pudientes, pues ello ayudará a estimular su independencia material e ideológica del medio familiar, a subrayar el papel de la sociedad como colectivo, y, objetivamente, a superar la concepción de la educación y de la familia misma como un aparato ideológico destinado a «reproducir las relaciones de producción» capitalistas.

La sanidad y la medicina es otra de las grandes tareas sociales: ambulatorios, clínicas, hospitales, medicina preventiva; investigación; todo ello tiene que ser una preocupación esencial de la sociedad. La socialización de la medicina permanece como el gran objetivo a lograr, pero no puede ser conseguido satisfactoriamente con medidas administrativas y de coerción frente al libre ejercicio de la profesión, sino con la multiplicación de los medios adecuados al cuidado médico y sanitario, a la investigación, y con la formación de un personal abundante, bien calificado, remunerado decentemente y socialmente considerado.

Sin pretender entrar en una definición exhaustiva de los objetivos de la planificación —ni mucho menos—, ni trazar aquí ningún plan completo, es una necesidad evidente incluir la modernización tecnológica, el desarrollo de las industrias punteras para las que estamos en mejores condiciones, y la ayuda a industrias tradicionales, como pueden ser, por ejemplo, los textiles, el calzado, etc.

La coexistencia de formas de propiedad pública y privada significa aceptar la producción de plusvalía, y la apropiación privada de una parte de ésta, es decir, la existencia de un sistema mixto. La sociedad posee los medios para asegurar que esas plusvalías no sean exorbitantes, por medio del impuesto, y de que sin embargo sean suficientes para estimular la iniciativa privada. Además, controlando el crédito, tiene la posibilidad de encauzar el ahorro hacia los fines más convenientes al conjunto del país. Este sistema todavía mixto en lo económico va a traducirse en un régimen político en el que los propietarios podrán organizarse no sólo económicamente, sino en partido o partidos políticos representativos de sus intereses. Ese va a ser uno de los componentes del pluralismo político e ideológico. Todo ello significa también que la lucha de clases va a manifestarse abiertamente, aunque el consenso social sea lógicamente mayor que el que existe en la sociedad actual hegemonizada por el capital monopolista. La superación de las diferencias sociales seguirá un proceso natural, no será consecuencia de medidas coercitivas, sino del desarrollo de las fuerzas productivas y de los servicios sociales, de forma que a través de un proceso gradual, favorecido por la educación, todos los sectores de la población vayan integrándose en el colectivo social.

Es decir, en la democracia política social habrá todavía diferencias sociales no disimuladas, sino abiertas.

Pero la posición dominante del sector público en la economía y la hegemonía política de las fuerzas del trabajo y de la cultura asegurarán la marcha progresiva hacia la sociedad sin clases, igualitaria: hacia el socialismo.

Esta vía abre la posibilidad de la incorporación a la nueva sociedad no sólo de la masa de científicos y técnicos, sino de ese nuevo personaje de la empresa moderna, al que se da el nombre de *ejecutivo*, siempre que estime más su función como tal profesional que su participación en la propiedad de la empresa —cuando la tiene—. En la democracia político-social, e incluso

en una sociedad socialista, las funciones que hoy llena el *ejecutivo* — naturalmente, con ciertas diferencias— son también necesarias. Muchos países socialistas han tenido que improvisar sus *ejecutivos*, a veces con un coste económico y social demasiado grande. En la medida de lo posible ese es un escollo a evitar. Ciertamente que en las nuevas formas sociales el *ejecutivo* tendrá que contar con la democracia de base y actuará inserto en un plan de conjunto. Pero esas limitaciones en su función seguramente no serán mayores, y, desde luego, serán más justificadas socialmente que las que hoy le imponen la planificación de la empresa y las decisiones de los consejos de administración. Y tendrá la satisfacción interior de alguien a quien la utilidad social de su trabajo es reconocida no sólo por un grupo monopolista, sino por el conjunto de la colectividad.

EL PENSAMIENTO SOVIÉTICO Y LA VÍA DEMOCRÁTICA

Ya estoy viendo a los doctrinarios clamar que esto es «puro reformismo». No me asusta. Miremos la realidad de los países socialistas que han hecho su revolución por un camino clásico. La mayor parte llevan ya decenios con el nuevo régimen. Y si la toma del poder se realizó en un *tempo* histórico rapidísimo, la transformación económica y social sigue un ritmo mucho más lento. Persisten aún desigualdades, hay problemas vitales, como el del nivel de vida y el abastecimiento de la población, que no pueden considerarse resueltos; problemas de productividad, de participación, están en pie; subsiste la gran cuestión no resuelta: la de la democracia, y contradicciones y conflictos sociales que una propaganda unilateral disimula pero no resuelve. Todo esto no niega los grandes progresos realizados en dichos países en relación con el pasado.

Los camaradas chinos repiten, sin rodeos, que en su país la lucha de clases continúa y se refleja en la lucha interna en el mismo

partido dominante. Tesis de este género las llevó al paroxismo en la URSS Stalin para asentar su poder personal en el partido y el Estado. Hay en estas tesis una parte de instrumentalización a la conveniencia del poder instalado. Pero hay otra parte de realidad. Y es que incluso allí donde se tomó el poder de la noche a la mañana, el proceso de transformación social es obligatoriamente un proceso lento. Lenin decía que a los proletarios rusos les había sido más fácil tomar el poder que a los proletarios de los países occidentales; pero que les sería más difícil realizar la transformación social (no tengo a mano la cita textual, pero este es el sentido general). Es muy probable, dado el desarrollo económico y cultural de los países de Occidente, que aunque el proceso de cambio del poder de Estado sea más lento por esta vía que preconizamos, los resultados de los cambios sociales sean mucho más rápidos y tangibles para el pueblo trabajador.

Ante los revolucionarios marxistas de la década del 70, la cuestión que se plantea en términos muy sumarios es la siguiente: ¿abordamos con un criterio científico, partiendo del *análisis concreto de la realidad concreta*, nuestras tareas para desarrollar y transformar en *mundial* la revolución socialista, o los abordamos con el simplismo ideológico, con la pereza intelectual comparable a la de aquellos que repiten, en otro terreno, «Dios hizo el mundo en seis días y el séptimo descansó»?

Y ¿cuál es la realidad concreta de hoy? La realidad es que a pesar de la fuerza que aún le queda al imperialismo, éste, como sistema social, ha sido desestabilizado, primero por la gran revolución socialista de Octubre, luego por el avance del socialismo, con sus límites, sus carencias y sus imperfecciones —que ni ocultamos ni nos interesa ocultar— en Europa, Asia, África, América latina, y por el conjunto del proceso de descolonización. Esa desestabilización es cada día más profunda e impulsa las corrientes transformadoras en los países que hasta ahora habían dominado al mundo.

Nos hallamos en medio de un proceso revolucionario de carácter

mundial. Ese proceso se inició a partir de revoluciones violentas, y sobre todo a partir de la más clásica, la rusa, que históricamente ha tenido para el futuro sistema socialista mundial la equivalencia de lo que fue la gran revolución francesa para el sistema burgués.

Ese proceso repercute y alcanza a todos los rincones de la tierra, en unas u otras formas, aunque su epicentro haya sido el Octubre rojo. La revolución burguesa tuvo su epicentro en Francia; en ningún otro país se produjo un alzamiento revolucionario entonces que transformase tan radicalmente el orden social. Mas las ideas de la revolución francesa se extendieron por todo el Occidente europeo, y a través de movimientos revolucionarios fracasados, de guerras, y de reformas estructurales, determinadas en gran parte por el progreso de las fuerzas productivas, el sistema burgués se extendió por Europa, con procesos diferentes en cada país.

¿Por qué no concebir, pues, la extensión mundial del socialismo como un proceso diverso, que tiene su punto de partida en la revolución de Octubre, que continúa con la victoria antifascista, con los cambios sociales en los países del Este, con la revoluciones en China, Vietnam, Camboya, Laos, Cuba, en ciertos países árabes y africanos —con sus particularidades específicas— como consecuencia del cual los países imperialistas dominantes históricamente pierden su papel hegemónico, produciéndose en su interior nuevas correlaciones de fuerzas que les llevan a avanzar, sin repetir matemáticamente los modelos históricos, por medió de cambios estructurales en los ámbitos políticos, sociales y económicos, que al llegar a un grado determinado de acumulación determinen un salto de cualidad, del orden burgués al orden socialista, apoyándose en las tradiciones políticas en ellos existentes? Los movimientos revolucionarios que se han producido a lo largo de más de medio siglo en estos países, la resistencia antifascista armada, las poderosas luchas de clases de que son teatro, habrán sido los antecedentes nacionales de esos cambios estructurales, los habrán propulsado abriendo el

camino a procesos democráticos socialistas.

Como sucedió con la transformación burguesa, en muchos casos, esta vía significará que una parte de las clases dominantes en el tipo de sociedad que fenece, bajo la influencia del peso mundial del socialismo, de los nuevos problemas que crea la confrontación de países antiguamente colonizadores y colonizados y de los procesos económicos, tales como el desbordamiento de los moldes del capitalismo y del imperialismo, por el crecimiento de las fuerzas productivas y la lucha por relaciones democráticas de igualdad, a nivel internacional, entre los pueblos —sucederá, repito— que una parte de esas clases dominantes se tornará más permeable y podrá cooperar de una u otra forma con el nuevo sistema social, reduciéndose el ámbito y las posibilidades de resistencia violenta a núcleos minoritarios de aquéllas.

Repetimos con frecuencia que el mundo capitalista desarrollado está maduro para el socialismo; saquemos las conclusiones que se imponen de esta observación. A través de fenómenos, rodeados a veces todavía de tremenda confusión, se puede advertir que la toma de conciencia de esta realidad por los pueblos avanza quizá más deprisa de lo que pensamos, aunque a veces no tan visiblemente para nosotros, porque probablemente acontece de forma diferente, menos simplista a como nos habíamos imaginado toda la vida.

Es indudable que este proceso al que venimos aludiendo no va a producirse automáticamente sin una voluntad revolucionaria de las fuerzas de progreso y una acción consecuente, que a veces podría conocer fases de violencia impuestas por las clases dominantes; pero la voluntad revolucionaria debe poner a contribución de su estrategia el análisis de las posibilidades reales y contemplar con claridad lo que hay de nuevo para no esterilizarse en un mimetismo ciego.

Cuando Kruschév y la dirección soviética esbozaron en el XX Congreso del PCUS la política de «desestalinización», algunos de estos problemas comenzaron a plantearse ya, más o menos

confusamente, por los comunistas soviéticos.

En su informe a dicho Congreso Kruschev recordaba unas palabras de Lenin en vísperas de la revolución de Octubre:

Todas las naciones vendrán al socialismo, es algo inevitable; pero vendrán de una manera no absolutamente idéntica; cada una aportará su originalidad en tal o cual forma de *democracia*, en tal o cual variedad de la *dictadura* del proletariado, en tal o cual *ritmo* de transformación socialista de los diferentes aspectos de su vida social. No hay nada más pobre, desde el punto de vista teórico, ni más ridículo, desde el punto de vista práctico, que ver bajo ese aspecto *en nombre del materialismo histórico* el porvenir con un color uniformemente gris; eso no sería más que un pintarrajeo primitivo.

Y Kruschev añadía por su cuenta:

Es muy probable que las formas de paso al socialismo sean cada vez más variadas. Y no es en absoluto obligatorio que la realización de esas formas entrañe, en todas circunstancias, la guerra civil... Cuando se pretende que nosotros vemos en la violencia y la guerra civil el único medio de transformar la sociedad, eso no corresponde a la realidad.

En este orden de ideas —proseguía el informe de Kruschev— se plantea la cuestión de la posibilidad de utilizar también la vía parlamentaria para pasar al socialismo... Por otra parte, en las condiciones actuales, la clase obrera de diferentes países capitalistas tiene la posibilidad real de unir bajo su dirección a la inmensa mayoría del pueblo y de asegurar el paso de los principales medios de producción a manos del pueblo. Los partidos burgueses de derechas y los gobiernos por ellos formados dan, más a menudo, en quiebra. A partir de esto, la clase obrera uniendo alrededor suyo al campesino trabajador, a los intelectuales, a todas las fuerzas patrióticas, e infligiendo una respuesta decisiva a los elementos oportunistas incapaces de

renunciar a la política de entente con los capitalistas y los grandes propietarios agrarios, está en medida de asestar una derrota a las fuerzas revolucionarias y antipopulares, de conquistar una sólida mayoría en el Parlamento y de transformar este órgano de la democracia burguesa en instrumento de la verdadera voluntad popular.

La conquista de una sólida mayoría parlamentaria apoyándose sobre el movimiento de masa del proletariado y de los trabajadores crearía para la clase obrera de diferentes países capitalistas... las condiciones que aseguren transformaciones sociales radicales.

Si traigo a colación el planteamiento de Krushev en el XX Congreso no es por aportar *un argumento de autoridad*; no creo mucho en los argumentos de autoridad, y la de Krushev hace tiempo que fue desmentida por sus propios compañeros de partido, que cada vez se refieren menos al XX Congreso. Además aquel planteamiento, si se juzga por lo que después ha sucedido, aparecía como respondiendo más a una intuición, derivada quizá de la necesidad de hacer una apertura hacia Occidente y de superar la guerra fría, que como un análisis profundo de la realidad concreta y de la diversidad de problemas que ésta entrañaba. Era, por otra parte, un esbozo en el que se apuntaba una nueva realidad, acarreado todavía elementos ideológicos y fórmulas de la anterior.

Pero conociendo la técnica de la elaboración de este tipo de informes, en los que se acude al concurso de los teóricos acreditados, que trabajan en ellos durante meses, elaborando y rehaciendo fórmulas, es decir, que no son un simple producto de la improvisación personal, cabe concluir que en ese momento, dichos teóricos habían revisado y corregido ciertas tesis de Lenin sobre *los límites del sufragio universal* y de la democracia practicada en los regímenes burgueses, tesis clásicas a las que siguen aferrados los doctrinarios escolásticos. Y en el fondo, esa revisión tenía en cuenta aproximativamente, la realidad concreta de

ese período; estaba hecha, en consecuencia, con un espíritu marxista, aunque fuese aún incompleta y contradictoria, como fruto de una reflexión no finalizada y cogida todavía por el tirón del dogma.

UNA VALORACIÓN MÁS FUNDAMENTAL DE LA DEMOCRACIA

En la polémica política y teórica, en medio de la lucha de clases, y sobre todo cuando ésta se tensa y agudiza, todos los planteamientos, incluso aquellos que se hacen a partir de una base científica, de principios, tienen una dosis de subjetividad determinada no sólo por la pasión, sino por la necesidad estricta de definir tareas políticas inmediatas, sin dejar resquicio a la vacilación. Se pone el énfasis en cuanto está al orden del día de manera inmediata, incluso cayendo en la exageración propagandística porque la duda sobre la necesidad de tal o cual iniciativa táctica puede fortalecer al adversario y comprometer el éxito de toda la estrategia. Aunque a veces, más tarde, en el desarrollo de ésta haya que corregir prudentemente el exceso de aquélla. Me viene a la memoria — por ejemplo— la explicación dada por Lenin, posteriormente, en otra situación ya, sobre la forma exagerada en que en los momentos de la polémica con los mencheviques sobre la estructura del partido obrero en trabajos como el *¿Qué hacer?* se enfatiza la noción de un partido de «revolucionarios profesionales». O bien —otro ejemplo—, cuando Engels explica que si los discípulos del marxismo hacen a veces más hincapié del debido en el aspecto económico, al referirse al materialismo histórico, la culpa la tienen él mismo y Marx, porque frente a los adversarios que lo negaban, tenían que subrayar este principio cardinal, en detrimento de otros factores que también intervienen en el juego de las acciones y reacciones. Es el tributo a la diferencia entre la situación del investigador puro, no empeñado en la acción, actuando en laboratorio y la del

revolucionario marxista, que investiga también, pero en medio de una *práctica* en la que la voluntad tiene igualmente un papel importante y es el factor que da a la política el significado no sólo de una ciencia, sino también de un arte.

A este respecto no es posible olvidar la esclarecedora carta de Engels a Joseph Bloch:

...la historia se hace de tal modo que el resultado final siempre deriva de los conflictos entre muchas voluntades individuales, cada una de las cuales, a su vez, es lo que es por efecto de una multitud de condiciones especiales de vida; son, pues, innumerables fuerzas que se entrecruzan las unas con las otras, un grupo infinito de paralelógramos de fuerzas, de las que surge una resultante —el acontecimiento histórico—, que, a su vez, puede considerarse producto de una potencia única, que, como un todo, actúa sin conciencia y sin voluntad. Pues lo que uno quiere tropieza con la resistencia que le opone otro y lo que resulta de todo ello es algo que nadie ha querido... Pero del hecho de que las distintas voluntades individuales... no alcancen lo que desean, sino que se fundan todas en una media total, en una resultante común, no puede inferirse que estas voluntades sean igual a cero. Por el contrario, todas contribuyen a la resultante y se hallan, por tanto, incluidas en ella.

La tendencia a subrayar lo que en un momento dado es cardinal, aun con el peligro de exagerarlo y hasta de hacer generalizaciones unilaterales y excesivas, creo que es patente en ciertos escritos de Lenin, en vísperas o en plena revolución de Octubre, cuando la defensa del joven poder soviético era, literalmente, una cuestión de vida o muerte. Lejos de mi ánimo reprochar al gran líder revolucionario lo que es común, con genialidad en su caso, sin ella en otros, a todos los revolucionarios.

En su polémica con las tendencias reformistas que exaltaban el «democratismo» frente a la perspectiva o la realidad de la toma

revolucionaria del poder, Lenin identifica *democracia* y *Estado*. Refiriéndose a la concepción marxista de la extinción del Estado en la sociedad sin clases, Lenin escribe en *El Estado y la revolución*:

...a ninguno de los oportunistas que tergiversan desvergonzadamente el marxismo, se le viene a las mientes la idea de que, por consiguiente, habla aquí del «adormecimiento» y de la extinción de la «democracia». Esto parece a primera vista muy extraño. Pero sólo es «incomprensible» para quien no haya comprendido que la democracia es *también* un *Estado* y que, en consecuencia, la democracia también desaparecerá cuando desaparezca el Estado. El Estado burgués sólo puede ser «destruido» por la revolución. El Estado, en general, es decir, la más completa democracia, sólo puede «extinguirse».

En la misma obra, en otro párrafo en el que se observa cierta contradicción con el ya transcrito, se reincide en identificar democracia y Estado:

...se olvida constantemente que la destrucción del Estado es también la destrucción de la democracia, que la extinción del Estado implica la extinción de la democracia... Democracia es el Estado que reconoce la subordinación de la minoría a la mayoría, es decir, una organización llamada a ejercer la violencia sistemática de una clase contra otra, de una parte de la población contra otra.

Me permito estimar que el concepto de democracia que expresa aquí Lenin, la identificación democracia = Estado, e incluso la idea de que la subordinación de la minoría a la mayoría es el ejercicio de la violencia sistemática de una clase o de una parte de la población contra otra es una interpretación limitativa del concepto de democracia, surgido al calor de la polémica contra los defensores del «democratismo» del Estado burgués.

Engels, en *El origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado* se refiere inequívocamente a la democracia del período del comunismo primitivo, de la antigua «gens», es decir, a una democracia existente cuando aún no existía el Estado:

¡Admirable constitución esta de la gens, con toda su ingenua sencillez! Sin soldados, gendarmes ni policía, sin nobleza, sin reyes, virreyes, prefectos o jueces, sin cárceles ni procesos, todo marcha con regularidad. Todas las querellas y todos los conflictos los zanja la colectividad a quien conciernen, la gens o la tribu, o las diversas gens entre sí... Todos son iguales y libres, incluidas las mujeres...

Engels subraya el papel de la *asamblea* entre los iroqueses en donde éstos toman la palabra e influyen así en las decisiones. Entre los «griegos homéricos» y los germanos antiguos se refiere a la asamblea general del pueblo donde cada uno podía hacer uso de la palabra y el acuerdo se tomaba levantando las manos o por aclamación. En ese período —dice Engels— «la democracia espontánea se hallaba en pleno florecimiento». También se refiere al «espíritu de libertad» y al «instinto democrático» que proporcionó a los bárbaros superioridad sobre el imperio romano.

Es verdad que el contenido de la democracia ha cambiado a través de las diferentes formaciones históricas y que en algunas ha desaparecido o ha sido reservado a la clase dominante. Pero eso mismo confirma el error de vincular la democracia a la existencia del Estado.

En la argumentación proporcionada por Lenin sobre este tema en *La revolución proletaria y el renegado Kautsky*, hay aspectos que se prestan también a confusión, pues se afirma que «...en la sociedad comunista, la democracia, modificándose y convirtiéndose en costumbre, se extinguirá, pero nunca será democracia “pura”».

Quizá la democracia no llegue jamás a ser «pura» —habría que aquilatar en qué consiste la democracia «pura» — pero si se *modifica* y se convierte en *costumbre*, parece contradictorio deducir que por eso se *extinga*. Lo que se convierte en *costumbre*, permanece, se hace *habitual*. El Estado también se extingue, pero, contrariamente, está claro en las tesis marxistas y leninistas que no se convierte en costumbre, sino que desaparece realmente.

La confusión se repite en *El Estado y la revolución* cuando Lenin afirma que sólo en el comunismo será posible una *democracia completa*:

... una democracia que no implique, en efecto, ninguna restricción. Y sólo entonces comenzará a *extinguirse* la democracia, por la razón sencilla de que los hombres, liberados de la esclavitud capitalista, de los innumerables horrores, bestialidades, absurdos y vilezas de la explotación capitalista, *se habituarán poco a poco a observar las reglas elementales de convivencia...*; a observarlas sin violencia, sin coacción, sin subordinación, sin ese aparato especial *de* coacción que se llama Estado.

Es decir, la defensa de la realidad revolucionaria que está a punto de surgir, o que ha surgido ya después de Octubre frente al «democratismo» burgués, que constituye el *summum* de las aspiraciones socialdemócratas, lleva a Lenin a subestimar y a reducir el concepto genérico de democracia, a identificar éste no sólo con el Estado burgués, que hay que combatir, sino con el Estado —destinado a extinguirse— a sostener que la democracia completa se extingue al convertirse en costumbre, a identificar la democracia con las reglas elementales de convivencia.

Tratando de reducir al absurdo las opiniones del adversario del Octubre rojo ¿no se cae, de hecho, en otro absurdo? Pues parece indudable que incluso en la perspectiva maximalista de la

desaparición del Estado y su sustitución por lo que se denomina «administración de las cosas», esta *administración* la realizarán los hombres, no las cosas mismas y generará nuevas formas democráticas.

No considero aventurado pensar que algunas opiniones de éstas han conducido a los discípulos de Lenin —incluidos, durante un tiempo nosotros mismos— a subestimar el valor de la democracia y a pasar por alto ejemplos visibles de su vulneración, y esto sin referirme ya a las aberraciones monstruosas del stalinismo.

Las generaciones de marxistas que han vivido la dolorosa experiencia del fascismo y que, en otro orden de cosas, han conocido la degeneración staliniana, valoran el concepto de la democracia de manera distinta, y no en oposición al socialismo y al comunismo, sino como un camino hacia éstos y *como un componente capital de los mismos*.

Esta concepción aparece evidente en escritos de Palmiro Togliatti sobre la *vía italiana* al socialismo, por no citar planteamientos anteriores del PCE en el curso de la guerra en defensa de la República democrática:

Es preciso afirmar también —dice Togliatti— que nuestro impulso democrático ha sido eficaz, y sigue y seguirá siéndolo precisamente porque no nos sentimos satisfechos con los meros cambios de forma, sino que combatimos por acortar el camino hacia el socialismo. Esta lucha nuestra da un nuevo contenido a las mismas libertades democráticas, revaloriza los derechos de libertad porque éstos nos acercan a las reivindicaciones relativas al bienestar y al progreso económico; coloca el mismo parlamentarismo en un plano bastante elevado; solicita profundas transformaciones democráticas del orden político (el desarrollo de los poderes locales, del regionalismo, etc.); plantea el problema de la adopción y del desarrollo de nuevas formas de democracia, en las fábricas y en el campo, al objeto de conseguir que las transformaciones y los progresos

económicos sirvan para satisfacer las reivindicaciones vitales de las masas trabajadoras. Nuestras acciones encaminadas a hacer que la sociedad avance hacia el socialismo son las que dan contenido y eficacia a nuestra lucha por la democracia y a toda la vida democrática del país.

Togliatti liga la noción de democracia y socialismo y avanza en la exploración de las nuevas aportaciones al enriquecimiento de la democracia, de las que el socialismo debe ser portador.

MODIFICACIONES EN LA VALORACIÓN DEL SUFRAGIO UNIVERSAL

El debate sobre la democracia tiene también en la tradición y en la actualidad marxista un aspecto que concierne a la valoración concreta del sufragio universal. En su obra sobre el Estado, Lenin apoyándose en Engels afirma que el sufragio universal *indica*: «... el índice de la madurez política de la clase obrera. No puede llegar ni llegará nunca a más en el Estado actual».

Éste ha sido durante largo tiempo el punto de vista de los comunistas —y de otros marxistas— sobre el valor del sufragio, punto de vista que eliminaba toda posibilidad de que las fuerzas revolucionarias llegasen al gobierno por su intermedio. Ello se explica si se tiene en cuenta que los partidos comunistas nacían inspirados por el ejemplo de la gran revolución socialista de Octubre, en la que las masas armadas habían destruido un Estado descompuesto, sin utilizar el sufragio universal. Se explica también, si no se olvida que nuestros partidos se desgajaban de la socialdemocracia y se enfrentaban con ella, porque en países donde ésta había llegado a ser una potencia política, a través del sufragio precisamente, no sólo no se había enfrentado a la guerra imperialista, sino que en cada uno había sostenido a su propia burguesía, traicionando a la Internacional.

Esta concepción negativa frente al sufragio universal se consi-

deró confirmada por la experiencia fascista en países como Alemania e Italia donde Hitler y Mussolini habían llegado al poder parlamentariamente con la complicidad de otros partidos burgueses y del aparato del Estado, destruyendo a continuación las libertades democráticas. La experiencia fascista, al principio, condujo a las fuerzas revolucionarias a una profunda desconfianza hacia los métodos democráticos.

Pero en realidad lo que la experiencia fascista venía a probar —y el VI Congreso de la Internacional Comunista lo tuvo en cuenta— no era la utilidad o la inutilidad del sufragio y del camino democrático, sino la experiencia de una clase obrera a la que la división condenaba a la impotencia, incapaz entonces de unirse y agrupar en torno a sí a las capas trabajadoras y medias para hacer frente al peligro, utilizando los resortes democráticos y, apoyándose en éstos, incluso para emplear la fuerza.

Porque en definitiva —y esta fue la sustancia de la política de los frentes populares en aquella época— la clase obrera terminó aprendiendo la lección de su necesaria unidad, y de su alianza con otras capas laboriosas, así como del valor intrínseco de las libertades democráticas por las que, de nuevo, volvió a consentir los más dolorosos sacrificios.

Un trabajo de Engels, publicado en los años 1894-95 volvió a cobrar actualidad. Se trata de su introducción a la obra de Carlos Marx *Las luchas de clases en Francia, 1848-1850*. Engels explica que:

Cuando estalló la revolución de febrero (de 1848) todos nosotros nos hallábamos, *en* lo tocante a nuestra manera de representarnos las condiciones y el curso de los movimientos revolucionarios, bajo la fascinación de la experiencia histórica anterior, particularmente la de Francia.

Parecidamente, los comunistas —y no sólo nosotros— hemos obrado largo tiempo en los países de Europa occidental bajo la fascinación de la revolución rusa, sin tener en cuenta las condi-

ciones objetivas en que aquélla se produjo.

Pero la historia —prosigue Engels— nos dio también a nosotros un mentís y reveló como una ilusión nuestro punto de vista de entonces. Y fue todavía más allá: no sólo destruyó el error en que nos encontrábamos, sino que además transformó de arriba abajo las condiciones de lucha del proletariado. El método de lucha de 1848 está hoy anticuado en todos los aspectos, y ese es el punto que merece ser investigado ahora más detenidamente.

A continuación Engels detalla que hasta ese momento las ^evoluciones se habían reducido a la sustitución de una determinada dominación de clase por otra; eran la obra de unas minorías frente a otras minorías, en la que el pueblo intervenía en favor de una de ellas o bien aceptaba tranquilamente su dominación. Pero la gran masa del pueblo no era, salvo en casos extraordinarios como la revolución de 1789, sujeto activo.

A ese tipo de revoluciones correspondía la forma de la lucha de barricadas, que Engels trataba de «considerablemente anticuada-». «No hay que hacerse ilusiones —añadía—: una victoria efectiva de la insurrección sobre las tropas en la lucha de calles, una victoria como el combate entre dos ejércitos, es una de las mayores rarezas históricas.»

Engels explicita las razones de este aserto, que no voy a repetir y, desde luego, no descarta la posibilidad de enfrentamientos revolucionarios armados, como tampoco se pueden descartar enteramente hoy, aun pronunciándose por una vía democrática, si la violencia de las clases dominantes en una coyuntura histórica de crisis, la provoca. Por cierto que ya entonces Engels relaciona los cambios de las condiciones de la guerra entre naciones, con los cambios producidos en la lucha de clases.

Pero a renglón seguido Engels resalta el «gran servicio» prestado por los obreros alemanes «al suministrar a sus camaradas de todos los países un arma nueva, una de las más afiladas, al hacerles ver cómo se utiliza el sufragio universal».

Para decirlo con las palabras del programa marxista francés —afirma Engels— han transformado el sufragio universal, *de moyen de duperie qu'il a été jusqu'ict, en instrument d'émancipation*, «de medio de engaño que había sido hasta aquí, en instrumento de emancipación».

Y aunque el sufragio universal no hubiese aportado más ventaja que la de permitirnos hacer un recuento de nuestra fuerza cada tres años; la de acrecentar en igual medida, con el aumento periódico constatado e inesperadamente rápido del número de votos, la seguridad en el triunfo de los obreros y el terror de sus adversarios, convirtiéndose con ello en nuestro mejor medio de propaganda; la de informarnos con exactitud acerca de nuestra fuerza y la de todos los partidos adversarios, suministrándonos así el mejor instrumento posible para calcular las proporciones de nuestra acción y precaviéndonos por igual contra la timidez a destiempo y contra la extemporánea temeridad; aunque no obtuviéramos del sufragio universal más ventaja que ésta bastaría y sobraría. Pero nos ha dado mucho más. Con la agitación electoral, nos ha suministrado un medio único para entrar en contacto con las masas del pueblo, allí donde están todavía lejos de nosotros, para obligar a todos los partidos a defender ante el pueblo sus ideas y sus actos; y además abrió a nuestros representantes en el Parlamento una tribuna desde lo alto de la cual pueden hablar a sus adversarios en la Cámara y a las masas fuera de ella con una autoridad y una libertad muy distintas de las que se tienen en la prensa y en los mítines...

Pero con este eficaz empleo del sufragio universal entraba en acción un método de lucha del proletariado totalmente nuevo, método de lucha que se siguió desarrollando rápidamente. Se vio que las instituciones estatales en las que se organizaba la dominación de la burguesía ofrecen nuevas posibilidades a la clase obrera para luchar contra estas mismas instituciones. Y se tomó parte en las elecciones a las dietas provinciales, a los organismos municipales, a los tribunales de artesanos, se le disputó a la burguesía cada puesto, en cuya provisión mezclaba su voz una

parte suficiente del proletariado. Y así se dio el caso de que la burguesía y el gobierno llegasen a temer mucho más la actuación legal que la actuación ilegal del partido obrero, más los éxitos electorales que los éxitos insurreccionales.

Engels continuaba su razonamiento considerando este camino como necesario en un esfuerzo lento y perseverante para ganar a las ideas revolucionarias a la gran masa del pueblo, sin cuya intervención directa no era concebible la transformación completa de la organización social.

Hoy podemos contar ya —seguía Engels— con dos millones y cuarto de electores. Si este avance continúa, antes de terminar el siglo habremos conquistado la mayor parte de las capas intermedias de la sociedad, tanto los pequeños burgueses como los pequeños campesinos, y nos habremos convertido en la potencia decisiva del país, ante la que tendrán que inclinarse, quieran o no, todas las demás potencias. Mantener en marcha ininterrumpidamente este incremento, hasta que desborde por sí mismo el sistema de gobierno actual; no desgastar en operaciones de descubierta esta fuerza de choque que se fortalece diariamente, sino conservarla intacta hasta el día decisivo: tal es nuestra tarea principal.

Es decir, ya en el siglo pasado, y sobre el casi exclusivo y excepcional ejemplo de Alemania, en una Europa donde la clase obrera estaba muy lejos de representar la fuerza de hoy, donde las fuerzas de la cultura no contaban como factor revolucionario, en donde no existía la experiencia histórica actual, ni la victoria del socialismo y de la descolonización en numerosos países, Engels atribuye al sufragio universal virtudes que escandalizarían a los dogmáticos «gauchistes» de hoy. Y en esta línea, añade:

La ironía de la historia universal lo pone todo patas arriba. Nosotros los «revolucionarios», los «elementos subversivos», prosperamos mucho más con los medios legales que con los

medios ilegales y la subversión. Los partidos del orden, como ellos se llaman, se van a pique con la legalidad creada por ellos mismos. Exclaman desesperados con Odilon Barrot: «*La légalité nous tue*», la legalidad nos mata, mientras nosotros echamos con esta legalidad músculos vigorosos y carrillos colorados y parece que nos ha alcanzado el soplo de la eterna juventud. Y si nosotros no somos tan locos que nos dejemos arrastrar al combate callejero para darles gusto, a la postre no tendrán más camino que romper ellos mismos esta legalidad tan fatal para ellos.

Es también en este trabajo donde Engels traza un vivo paralelo entre los revolucionarios marxistas y los primitivos cristianos. Evidentemente, Europa y el mundo han cambiado tanto desde que Engels escribía así, desde que Lenin consideraba el sufragio exclusivamente como un *índice* de la madurez política de la clase obrera, que hoy no podemos quedarnos, cuando nos referimos a los países desarrollados de Europa, en los mismos límites. El sufragio universal no es la panacea que va a remediar todos los males; no es el *único* método de acción política para los trabajadores y las fuerzas de la cultura; pero por las razones que venimos explicando, en la Europa de hoy las fuerzas socialistas pueden acceder primero al gobierno y sucesivamente al poder a través del sufragio universal y se mantendrán en una posición hegemónica en la sociedad si son capaces de conservar la confianza popular a través de la consulta periódica al electorado.

CRÍTICA SOCIALISTA Y FORMAS DE LUCHA DEMOCRÁTICA

Lograr esto entraña desplegar una enérgica lucha política, social, cultural y teórica contra la ideología burguesa dominante; es decir, desarrollar toda esa acción de la que hemos venido hablando para *volver* los aparatos ideológicos de Estado contra las

clases dominantes y ganar progresivamente la comprensión y el apoyo, por lo menos en parte, de los aparatos de fuerza del Estado que permiten a aquéllas, hasta aquí, garantizar su dominación, lo que equivale a luchar por la democratización de la vida económica, social, política y cultural; por la democratización de la organización y del aparato del Estado.

En esta empresa tenemos que recuperar para las fuerzas que luchan por el socialismo valores intelectuales y morales que, hipócritamente, trata de identificar a sí mismo el sistema del capital monopolista de Estado, y que la burguesía podía personificar en otra época, cuando era una clase revolucionaria, pero que ya no personifica hoy.

Es una necesidad y una obligación *abrir brecha, lograr una diferenciación real*, entre aquellos que cultivan sinceramente los valores de la democracia y el liberalismo político y aquellos para quienes democracia y liberalismo significan exclusivamente, el mantenimiento de la propiedad del capital monopolista y de sus privilegios económicos. Estos últimos son *demócratas y liberales*, mientras la democracia y la libertad no pongan en cuestión el sistema económico vigente; en cuanto deja de ser así, se transforman en fascistas y pueden asesinar, torturar y perseguir fríamente a sus propios hijos.

A veces unos y otros se confunden, aparecen mezclados. La base de la política de centro o de centro izquierda que ha sustentado el sistema político europeo en este período se ha basado en esa confusión.

Lo que distingue hoy a un auténtico demócrata o liberal de un defensor *enragé* del sistema del capital monopolista es su aceptación o no del derecho de las fuerzas socialistas a gobernar y aplicar su programa si la mayoría de la población, a través del sufragio, las otorga ese mandato. Y también el reconocimiento del derecho de los comunistas a jugar sin restricciones en el terreno democrático.

Yo diría que, al mismo tiempo, lo que distingue a los partidos comunistas europeos que han asimilado la experiencia de este período, y que conceden a la democracia todo su valor, es su actitud hacia las críticas de buena fe que unos y otros les hagan, su estilo democrático en la polémica política y la lucha ideológica, y su propia actitud crítica hacia los defectos de los sistemas socialistas establecidos, particularmente hacia sus formas en cierto sentido totalitarias —sin confundirles nunca por ello con los regímenes fascistas—, a la subestimación de la democracia, de los derechos humanos individuales, el burocratismo, etc. Esta actitud crítica se diferencia radicalmente de la de quienes son enemigos de esos países, no ya por los defectos de su sistema político, sino porque en ellos se ha suprimido la propiedad privada capitalista y se han abierto nuevas posibilidades de promoción para las clases explotadas. Pero nuestra actitud crítica puede coincidir en muchos aspectos con la de los demócratas y liberales sinceros.

Esta actitud diferenciadora por nuestra parte, significa, evidentemente, que no consideramos que *todos* los hombres se definan política y socialmente por razones puramente *económicas*, lo que no está en contradicción con el materialismo histórico, ni con la verdad general de que las clases se definen por su emplazamiento social, por su relación con los medios de producción. En esta época de transición, de la misma forma que numerosos cristianos se incorporan al movimiento progresista tomando pie en los orígenes revolucionarios del cristianismo, toda una serie de personas, agnósticas o no, viven una evolución semejante, apoyándose en concepciones que tienen su origen en los tiempos en que la burguesía era una clase revolucionaria, que levantaba el lema «igualdad, libertad, fraternidad». Si no comprendemos este fenómeno, corremos el riesgo de colocar automáticamente en el campo de los adversarios del socialismo a gentes que objetivamente no lo son.

Criticar errores reales o supuestos de los comunistas, criticar los aspectos negativos de los regímenes socialistas establecidos, no

es, de por sí, ni contrarrevolucionario ni antisoviético. Estamos refiriéndonos a la crítica seria y no a la calumnia. Ciertamente, la crítica a los países socialistas, para ser objetiva, tiene que distinguir las circunstancias objetivas de unos y otros. En esa crítica hay que tener en cuenta la historia, las tradiciones, el desarrollo, la cultura de cada pueblo. No se puede aplicar el mismo rasero a Checoslovaquia o a la Unión Soviética de hoy, que a los pueblos de Indochina, de Corea o de Cuba. Pero la crítica seria sólo puede, en definitiva, fortalecer al socialismo y contribuir a su desarrollo.

Es una clara necesidad que en los mismos regímenes socialistas establecidos, sobre todo en aquellos que han logrado un cierto nivel de desarrollo económico, esa crítica tenga cauces internos de expresión y no sea reprimida con métodos que resultan intolerables.

El socialismo, para extenderse y transformarse en un sistema económico mundial —lo que no significa ni modelo único, ni subordinación a un Estado o conjunto de Estados, ni pérdida de la independencia y la originalidad de cada país, ni siquiera desaparición de las diferencias de intereses entre unos y otros Estados— tiene que recuperar para sí los valores democráticos y liberales, la defensa de los derechos humanos, incluido el respeto a las minorías discrepantes.

A la vez, y en el mismo orden de cosas, la estimación del sufragio universal como la regla, el criterio por el que debe regirse el gobierno de la sociedad, no significa reducir el papel de las masas populares a votar sus representantes cada x años. Las masas tienen que poseer el derecho a destituir a sus mandatarios cuando éstos no cumplen, y elegir otros nuevos. Tienen que poseer la posibilidad de intervenir constantemente a todos los niveles de poder, en lo político, económico, social y cultural. Esto subraya el valor de las formas de democracia autogestoria y de control popular.

Pero las masas populares y las fuerzas políticas deben guardar

plenamente otros derechos de intervención en la vida política, más allá de las libertades clásicas de prensa, reunión, asociación, etc. Por ejemplo, la manifestación y la huelga política son un derecho democrático al que no se puede renunciar en una sociedad verdaderamente democrática. Lo único que en un régimen profundamente democrático cabe desterrar radicalmente es el terrorismo y la violencia física como instrumento de acción política y el uso de la calumnia y la difamación contra personas o grupos.

En determinadas circunstancias, incluso existiendo instituciones democráticas, cuando un gobierno elegido en un momento concreto actúa lesionando los intereses de la mayoría del país y favoreciendo los privilegios de una minoría, la huelga política, como elemento de protesta y presión contra medidas injustas, es un derecho democrático.

La historia, los cambios de estructura, la amplitud de las capas sociales progresistas, hacen que en un determinado número de países de capitalismo desarrollado la fórmula de la huelga general política del proletariado ya no sea un adecuada como pudo serlo en el pasado. En caso de huelgas políticas, éstas deben afectar ya a capas sociales más amplias, lo que los comunistas españoles hemos calificado —no desde un punto de vista territorial, sino social—, de *huelgas nacionales*. Su planteamiento debe estar enfocado no a una confrontación física con el aparato de Estado, sino a una salida democrática, por medio de la anticipación del recurso al sufragio, que en ciertos momentos puede revelarse como una necesidad para solventar crisis políticas y sociales serias. Esto exige la capacidad de trasponer al terreno democrático los objetivos de una huelga de ese tipo, de lo que se desprende que éstos deben revestir un contenido social amplio, es decir, unificador de los intereses y de las ideas de los más amplios sectores del país.

Cierto que la huelga política es algo muy distinto a las huelgas reivindicativas, que son corrientes en las relaciones entre capital

y trabajo, y que tienen generalmente un carácter limitado, sectorial o de empresa. La huelga política es un recurso extremo al que el pueblo debe poder acudir cuando, en el curso de su mandato, un gobierno se aleja peligrosamente del sentir y del interés de la sociedad. Por eso es un recurso verdaderamente excepcional al que los partidos progresistas deben acudir siempre muy responsablemente.

EL PAPEL DEL PARTIDO Y EL DE LA NUEVA FORMACIÓN POLÍTICA

Las nuevas concepciones de la vía al socialismo en los países desarrollados comportan ciertas matizaciones sobre el papel y la función del Partido Comunista. Este sigue siendo el partido de vanguardia, en la medida en que encarna verdaderamente una actitud marxista creadora. Pero ya no se considera el representante *único* de la clase obrera, de los trabajadores y las fuerzas de la cultura. Reconoce, en la teoría y en la práctica, que otros partidos de orientación socialista pueden ser también representativos de unos u otros sectores de la población trabajadora, aunque sus planteamientos teóricos y filosóficos y sus estructuras internas no sean las nuestras.

Considera normal y estimulante la concurrencia de líneas y soluciones para los problemas concretos y no duda en aceptar, llegado el caso, que otros pueden haber acertado mejor que él en el análisis de una situación concreta. El método marxista no es nuestra propiedad exclusiva; dado que el marxismo forma parte del acervo de la cultura universal, hay partidos que ocasionalmente, y aun sin ser conscientes de ello, pueden aplicarlo. Mantener su papel de vanguardia exige de los partidos comunistas una aplicación rigurosa del *análisis concreto de la realidad concreta*, lo que a veces significa no sólo no seguir la corriente momentáneamente dominante, sino enfrentarse a ella. El papel de vanguardia ya no es un privilegio debido al nombre y al

programa; en realidad nunca lo ha sido. No es tampoco una especie de misión providencial de la que hemos sido investidos por la gracia de nuestros maestros o por una homologación de autoridad. Es una posición que hay que ganar cada día, cada hora, y a veces, repito, luchando contra la corriente. O convertimos de ese modo en una realidad nuestro papel de vanguardia, o éste queda reducido a una ficción ideológica que a veces puede servir para consolarnos de nuestra ineficacia.

Las nuevas concepciones significan también que el partido no es un ejército, aunque sea capaz de transformarse en uno si las condiciones históricas, la violencia de las clases dominantes, no deja otro recurso. El partido, en una democracia, es una fuerza política, compuesta por hombres cada día más conscientes y responsables, que se expresan, discuten y contrastan sus ideas con libertad, pero que coinciden en valorar el programa del partido como su objetivo común; el partido mismo como el instrumento más valioso de que el pueblo trabajador dispone para su liberación; la organización como un componente cardinal para la eficacia de la acción política; la unidad en la acción y la disciplina, una vez que la mayoría ha decidido en los congresos, o incluso en los órganos dirigentes entre congreso y congreso, como armas indispensables.

Los hombres o mujeres del partido razonan, crean, no son nunca elementos pasivos; pero saben que a la hora de la acción los criterios colectivos priman sobre los personales.

El partido reconoce que al margen de las tareas políticas colectivas, cada militante es dueño de su libre albedrío en todo cuanto afecta a sus preferencias, inclinaciones intelectuales o artísticas, vida y relaciones privadas. Reconoce también que en el terreno de la teoría, la cultura y el arte, en el campo de la investigación científica en todo género de ciencias, incluidas las humanísticas, pueden coexistir en su seno escuelas diferentes y que todas deben tener la posibilidad de una confrontación libre en sus organismos y publicaciones culturales. El partido, como tal, no zanja más

que en las cuestiones de estrategia revolucionaria y de táctica política.

El partido es a la vez un partido de masas y de cuadros, de afiliados y de militantes.

El partido no se propone convertirse en la fuerza dominante del Estado y la sociedad, ni imponer su ideología a éstos con carácter oficial. La misión del partido es contribuir a que las fuerzas del trabajo y de la cultura conquisten la hegemonía político-social. Por eso, el partido no aspira a conquistar el poder para él, monopolícamente, sino a un poder en el que participen y cooperen, según su peso real, los diferentes grupos políticos representativos de esas fuerzas, en una emulación por el progreso, el socialismo y la democracia.

Es evidente que esto implica la corrección de ciertas concepciones clásicas sobre el papel del partido, corrección relacionada con los cambios estructurales producidos en la sociedad, con el desarrollo de las fuerzas productivas, con las nuevas correlaciones potenciales de fuerza en favor del socialismo; en una palabra, con las nuevas realidades.

En este orden de cosas, el papel que los comunistas atribuíamos en otros períodos al partido, como instrumento de la hegemonía de los trabajadores en la sociedad, correspondería hoy, teóricamente, a lo que hemos llamado la *nueva, formación política*.

La concepción de la *nueva formación política* está ligada a la de la hegemonía del bloque de las fuerzas del trabajo y de la cultura en la sociedad. Es cierto que toda fuerza social necesita un instrumento político para cumplir su papel. Nosotros, aunque consideremos preferencialmente a nuestro partido, estimamos que no es el *único* instrumento político; tampoco lo son, aisladamente, otros partidos. La conjunción de todos ellos sí puede serlo.

Esa conjunción tendría características comunes y características disímiles.

Las comunes podrían ser: un programa mínimo, socialista y democrático; órganos comunes de elaboración y estudio de las soluciones de todo orden a los problemas de la sociedad de hoy; órganos comunes de coordinación política y de sanción de esas soluciones; una acción común a diversos niveles, incluido el del poder del Estado para la realización de los objetivos compartidos.

Las características disímiles podrían ser: una filosofía o una teoría propia de cada partido u organización social que integre la nueva formación; una independencia de organización, de vida política propia, de órganos dirigentes; completa libertad para elaborar posiciones propias y defenderlas dentro y fuera de la nueva formación; libertad para abandonar la nueva formación en caso de discrepancias insuperables.

Es decir, se trataría de algo así como una confederación de partidos políticos y organizaciones sociales diversas, que actuaría por consenso y respetando la personalidad y la independencia de cada partido y organización.

No sería ni un superpartido, puesto que cada cual preservaría, en definitiva, su libertad para autodeterminarse, ni tampoco una simple coalición electoral ni ocasional; estaría animada de una vocación de permanencia para la realización de ideales comunes.

Llegar a esa *nueva formación política*, no puede decidirse por un acto de voluntad nuestra, sino a través de todo un proceso de toma de conciencia de una vía democrática común al socialismo, de abandono de las posiciones de colaboración con el capitalismo monopolista, de acercamiento mutuo y de creación de clima de confianza en el que la emulación reemplace a la rivalidad, y a través de formas de cooperación y de lucha en común cada vez más elevadas. Es decir, no se trata de un objetivo a lograr de golpe e inmediatamente.

Creo que todo lo dicho servirá para confirmar algo importante a amigos y adversarios honestos: que el fenómeno «eurocomunista» no es una «maniobra táctica de Moscú», como dicen algunos reaccionarios españoles —y no españoles—; es una concepción estratégica autónoma, en trance de elaboración, nacida de una experiencia propia y de una realidad concreta. Cualquiera que nos juzgue imparcialmente tendrá que reconocer que esa estrategia no está elaborada en función de «extender la influencia» soviética, ni tampoco para desequilibrar la correlación de fuerzas militares en nuestro continente. En este terreno tiende a rebasar la política de bloques, a asegurar la independencia de cada uno de nuestros países y del conjunto europeo en una perspectiva socialista; a lograr que Europa como tal consiga un peso mayor en el mantenimiento de la paz, de la cooperación internacional y del establecimiento de relaciones internacionales igualitarias y democráticas, particularmente con el Tercer Mundo. Quizá por esa causa, lo que ya se conoce corrientemente como «eurocomunismo» sea objeto de excomunión por un lado, mientras que en el otro se le identifica tendenciosamente con el bloque opuesto; es decir, tanto de los que piensan que el comunismo tiene que ser un instrumento de la política soviética cuanto de quienes ven a Europa como una simple prolongación del imperio yanqui.

Aunque la tendencia comunista que tratamos de definir sea válida, en lo esencial, para cualquier país capitalista desarrollado —como lo prueba el ejemplo del Japón— si puede aceptarse el aditivo «euro», es porque, basándose en la realidad de cada uno de los países de nuestro continente, partiendo de ella, las fuerzas socialistas de cada Estado no pueden desvincularse de una cierta estrategia común a nivel europeo. Dicha tendencia, para sostenerse sólidamente y triunfar, requiere una acción coordinada a escala europea. Es precisamente ella la que puede contribuir decisivamente a la creación de una Europa unida, con peso pro-

pio, poniendo a contribución los recursos del continente y permitiendo jugar a éste un papel propio en el equilibrio mundial que está en una fase de agrupamientos regionales.

Por otro lado, no puede haber *ninguna confusión* entre *eurocomunismo* y socialdemocracia en el terreno ideológico, al menos con la socialdemocracia tal como se ha definido hasta aquí. Lo que se denomina vulgarmente «eurocomunismo» se propone *transformar* la sociedad capitalista, no *administrarla*; elaborar una alternativa socialista al sistema del capital monopolista de Estado, no integrarse en éste y ser una de sus variantes de gobierno. Es decir, se propone desarrollar el proceso revolucionario mundial, que hoy es una necesidad social objetiva para salir del *impasse* al que la humanidad es conducida por el modelo de desarrollo capitalista.

Al mismo tiempo, la estrategia «eurocomunista» se propone realizar una convergencia con los partidos socialistas y socialdemócratas, con las fuerzas cristianas progresistas, con todos los grupos democráticos no enfeudados a la propiedad de tipo monopolista. Esto no está en contradicción con aquello, si el desarrollo social se ve como un proceso fluido y cambiante y no como algo estático.

Las razones históricas de la división entre comunistas y socialistas están ahí. Analizarlas a fondo se sale de los objetivos que me propongo. Nosotros comunistas asumimos plenamente, en la parte que nos toca, nuestra historia, con sus aciertos, errores y faltas, sin abjurar de ella, ni convertirla en una leyenda triunfalista. Tratándola con espíritu crítico.

Si los partidos socialistas y socialdemócratas siguen por su parte un proceso análogo, más o menos abierto —pues a veces los partidos políticos, unos y otros, hacen su autocritica más bien a través de la corrección de su estrategia y táctica que del análisis histórico, por lo menos en un primer período— no hay ninguna razón para no superar la escisión del año 20 y llegar a una convergencia sobre la base del socialismo científico y de la demo-

cracia. Me parece que un proceso de ese tipo se halla en el fondo de la evolución que ha conducido a Francia a la unión de la izquierda.

Por lo que concierne al movimiento cristiano, es evidente, por lo menos en cuanto a España se refiere, el desarrollo de un proceso autocrítico o de un *aggiornamento* que puede ayudar a facilitar tal convergencia.

En conclusión, la necesidad de un diálogo entre los partidos comunistas y socialistas o socialdemócratas europeos, a escala de cada país y a escala europea, como el que ya existe en algunos, y semejante al diálogo entre marxistas y cristianos iniciado hace años, es cada vez más acuciante, aunque la culminación en resultados concretos sea difícil y larga en ciertos casos.

LA INFLUENCIA DEL ENTORNO SOBRE NUESTRO PROCESO

España, como el resto de Europa occidental, está situada en un área política, económica y militar bien determinada, en este mundo dividido en bloques. Nosotros no nos proponemos ignorar esta realidad. ¿Cuál es nuestra posición respecto a ella?

Nuestra posición no es la ruptura con esa realidad para trasladarnos a la otra área, a la que de un modo u otro se conforma en tomo a la URSS. Ya hemos indicado que nuestro objetivo es una Europa independiente de la URSS y de los EE. UU., una Europa de los pueblos, orientada al socialismo, en la que nuestro país conserve su personalidad propia.

Por lo que se refiere al sistema político instalado en Europa occidental, basado en las instituciones políticas representativas —el Parlamento, el pluralismo político y filosófico, la teoría de la separación de poderes, la descentralización, los derechos humanos, etc.— ese sistema es en lo esencial válido, y será aún

más efectivo con una base económica socialista y no capitalista. En todo caso se trata de democratizar todavía más ese sistema, de acercar aún más el poder al pueblo.

El entorno económico supone complicaciones mayores. Hay que contar con que el imperialismo trataría de desestabilizar un poder democrático en el que la hegemonía estuviese en manos de las fuerzas del trabajo y de la cultura.

Frente a esta presión habría que contar, en primer término, con la solidaridad de la izquierda europea, en el sentido más amplio y no sólo a través de acciones de la opinión pública, sino de la política de gobierno de esa izquierda en los países en que ocupe el poder; dicha solidaridad tendría que ser recíproca, integrada en un proceso diverso y multiforme, pero coincidente en cuanto a la transformación de las estructuras socioeconómicas. De ahí la necesidad de una estrategia común no sólo de los comunistas, sino de la izquierda europea.

En segundo término debería contarse con la cooperación de los países del Tercer Mundo, particularmente con aquellos que mantienen una política antiimperialista y nacionalista y que están interesados en una democratización de las relaciones internacionales que facilite su desarrollo.

En tercer término habría que ir al reforzamiento de las relaciones económicas con los países socialistas de Europa y Asia.

Todo esto no significa una transformación del sistema de relaciones económicas de nuestro país. Un sistema de relaciones económicas tradicional no se transforma, así como así, sin graves daños. España deberá esforzarse en conservar sus mercados históricos, tanto de venta como de compra, aunque trate de ampliarlos y diversificarlos en la medida de lo posible, con arreglo a su interés.

Cierto que habrá que marcar una tendencia a la independización de nuestra economía. Pero somos conscientes de que esa independencia será siempre relativa. No podemos encerrarnos en la

imposible autarquía que hizo sus pruebas y fracasó bajo el franquismo. Estamos en medio de un proceso de internacionalización de las fuerzas productivas y ante la realidad de las inversiones de capital extranjero y de las multinacionales. Una España democrática y socialista tendrá que contar con estas realidades y esforzarse en utilizarlas para facilitar su desarrollo en aquellos sectores que conviene al interés nacional.

Ello significa que la inversión de capitales extranjeros y el funcionamiento de las multinacionales en nuestro país no serán obstaculizados. Por consiguiente, que el capital extranjero aquí va a extraer una plusvalía, va a hacer beneficios. Desde el punto de vista de los principios y la experiencia histórica del socialismo esto no sería más que repetir lo que se ha hecho y hace en países donde el socialismo lleva establecido muchos años, y que incluso durante un tiempo tuvieron prácticamente cortadas sus relaciones económicas con los países capitalistas.

En la Unión Soviética, en un tiempo Lenin fue incluso partidario de otorgar concesiones territoriales temporales a empresas extranjeras a fin de estabilizar el poder soviético y de desarrollar zonas atrasadas. Ciertamente que ésta era una medida extrema de emergencia, que ni siquiera pudo llegar a realizarse. En China, el imperialismo inglés sigue ocupando Hong-Kong, no porque la República popular carezca de fuerza para expulsarle, sino porque Hong-Kong es de hecho una válvula de escape para la economía china.

Hoy mismo en la URSS se instalan muchos bancos de países capitalistas, se ofrecen contratos a empresas japonesas para organizar la explotación y utilización en común del gas siberiano, se instala una filial de FIAT y se hacen acuerdos semejantes con empresas francesas y de otros países. Cosas parecidas se realizan en otros países socialistas. Y si la crisis sigue acentuándose en el Occidente capitalista, sus empresas competirán cada vez más sañudamente por establecer acuerdos con los países socialistas. De esta forma los capitalistas obtienen ganancias; pero a la vez

ayudan al desarrollo económico del socialismo, del que aquéllas son el pago.

El Comecon trata de llegar a acuerdos mutuamente ventajosos con el Mercado Común. Por su lado, países socialistas como Rumania y Yugoslavia tratan de asociarse con este último, de unas u otras formas. Polonia, recibe, aunque reducida, una ayuda americana.

Si esto es así, es evidente que una democracia socialista en España tendría que mantener una política abierta a las inversiones extranjeras y a las multinacionales *que convengan a nuestro desarrollo económico*.

En este caso lo que habría que preservar es el interés nacional, la inserción de esas aportaciones en el plan, y la prohibición de cualquier interferencia, directa o indirecta, en la política interior, contra la que estarían justificadas las sanciones económicas más severas.

De todos modos hay que partir de una realidad objetiva: que pese a que el imperialismo ya no es el sistema único mundial, sigue existiendo un *mercado mundial*, que se rige por las *leyes objetivas del intercambio de mercancías*, leyes, en definitiva, *capitalistas*.

Hubo un tiempo en que dirigentes políticos y economistas de los países capitalistas hablaban de dos mercados mundiales: uno capitalista y otro socialista. Hoy ya se habla así muy poco, si es que aún se habla. Las leyes del mercado, salvo alguna excepción dictada por necesidades de solidaridad política, presiden también las relaciones comerciales entre países socialistas. Y en determinados y frecuentes casos, éstos dan preferencia a transacciones comerciales con países capitalistas a causa de ventajas tecnológicas y créditos favorables. Es decir, los países socialistas están estrechamente relacionados con el mercado capitalista —y lo estarán más en la medida que puedan—, al punto que aunque durante años se negó en ellos la vigencia de la ley del valor y se

teorizó sobre esta negación en la formación de los precios en los países socialistas, aunque no automáticamente, influyen muy directamente los precios del mercado mundial.

Tanto es así que la crisis del Occidente capitalista tiene un reflejo directo en los países socialistas. También en éstos —quizá con la excepción de China, Corea y algún otro, cuyas relaciones con el mercado mundial son, por el momento, reducidas— existe, aunque más mitigado que en Occidente, un proceso inflacionario no por inconfesado menos real. Y si en el Mercado Común existe la crisis que todo el mundo conoce, es la evidencia misma que el Comecon tampoco se libra de serias contradicciones.

La economía, con sus leyes implacables, subyace así en el fondo de toda decisión política.

Por tanto, una política económica realista no puede prescindir, por lo que concierne a España, de las características de su entorno económico. Tendremos que pagar un tributo en plusvalía al capital extranjero durante bastante tiempo; lo importante es hacerlo preservando nuestra independencia política y dando preferencia a quienes no traten de utilizar la implantación económica para ejercer presión contra la voluntad democrática del pueblo. Y aquí hay que comprender no sólo las presiones directas sobre un gobierno democrático, sino las que pueden hacerse indirectamente subvencionando a partidos políticos o a los medios de comunicación de masa, como es frecuente.

Por lo que concierne a los problemas derivados del emplazamiento de España en un área que tiene una significación militar evidente, la política en ese terreno tiene que ser dúctil y flexible. No se trata de desestabilizar el actual equilibrio mundial de fuerzas, ni de pasar de la influencia americana a la influencia soviética.

El equilibrio de fuerza militar puede ser, durante bastante tiempo, mientras la conciencia de la necesidad del desarme no se imponga, la única garantía de paz. Así son las cosas en la reali-

dad, incluso si eso torna la paz actual muy precaria. Partiendo de ello y teniendo como objetivo el no alineamiento y la superación de la política de bloques, una tarea que se puede ofrecer ante la España democrática es la contribución a rebasar, en un primer período, el carácter *bipolar* del actual equilibrio y a convertirlo en un equilibrio *multipolar*. Por eso nosotros no estamos en oposición a una fase en que la defensa se articule a nivel europeo, con independencia tanto de los EE.UU. como de la URSS, y a condición de que esa articulación no destruya el carácter nacional de las fuerzas armadas españolas. Es decir, que no se trata ni de imitar a las legiones romanas de César, en las que bajo el mando imperial se integraban fuerzas extranjeras, ni al ejército europeo de Hitler, en el que el estado mayor alemán mandaba las fuerzas de los países voluntaria o forzadamente asociados. Se trata de una articulación que preserve el carácter nacional de cada ejército, que tenga objetivos bien definidos, los primeros de los cuales deben ser el mantenimiento de la paz mundial, el no emprender ninguna acción agresiva contra otros países, el no injerir en los problemas interiores de ningún Estado —participante de la coalición o ajeno a ella— y el no penetrar en el territorio de ninguno de éstos bajo ningún pretexto.

En las condiciones actuales, una articulación defensiva europea de este tipo podría ser, a la vez, una garantía tanto para los EE.UU. como para la URSS, que, además, por su inmenso poderío nuclear, no necesitan bases ni ocupación de territorios extranjeros para garantizar su defensa.

LAS RAÍCES HISTÓRICAS DEL «EUROCOMUNISMO»

EL ANTECEDENTE DE LOS FRENTE POPULARES EN EUROPA

Los partidos incluidos en la corriente eurocomunista coinciden en la necesidad de ir al socialismo con democracia, pluripartidismo, parlamento e instituciones representativas, soberanía popular ejercida regularmente a través del sufragio universal, sindicatos independientes del Estado y los partidos, libertad para la oposición, derechos humanos, libertades religiosas, libertad de creación cultural, científica, artística y el desarrollo de las más amplias formas de participación popular en todos los niveles y ramas de la actividad social. Paralelamente, en unas u otras formas, esos partidos reivindican su total independencia en relación con todo eventual centro dirigente internacional y con los estados socialistas, sin por ello dejar de ser internacionalistas. Conceden una gran atención a la solidaridad con los países del Tercer Mundo que luchan contra el colonialismo y el neocolonialismo y por la democratización creciente de las relaciones internacionales.

Estos partidos luchan por la cooperación y la coexistencia pacíficas, por la superación de la política de bloques militares y la supresión de bases militares extranjeras de cualquier potencia que sean; por la prohibición de las armas atómicas y el desarme; la no injerencia de unos países en los asuntos de otros; el ejercicio del derecho de autodeterminación por cada pueblo.

Estos partidos comunistas han ido desarrollando, no siempre al mismo ritmo, un tejido ideológico y político propio que les diferencia de otros. Tal diferencia ¿es un fenómeno surgido de la

noche a la mañana o proviene de un proceso más largo y antiguo?

La respuesta a esta cuestión tiene cierto interés porque quita o da, según sea, cuerpo y fiabilidad a nuestras relaciones actuales. Y porque en realidad un cambio de este género tiene siempre una larga incubación.

Sí, sería absurdo pensar que esa diferencia ha surgido de la noche a la mañana, cualesquiera que sean las formas que ha tomado su aparición política, de manera ya inequívoca. Para unos, las diferencias comenzaron a hacerse visibles tras el XX Congreso del PCUS; se acentuaron bruscamente en el 68, con la invasión de Checoslovaquia. Para otros, los japoneses por ejemplo, el punto crítico se produjo quizá en el momento que empezaron a manifestarse las diferencias chino-soviéticas.

Los comunistas ingleses elaboraron ya en los años 50 un programa en el que se preveía el paso al socialismo en la democracia. Coincidió esta iniciativa con el período de apertura que rodeó al XX Congreso del PCUS, en el que se estableció la posibilidad del paso pacífico y parlamentario al socialismo; mas esta circunstancia favoreció la eclosión de ideas que estaban ya en la mente de hombres como Harry Pollit y John Gollan.

Por su parte, en el 56 fueron los italianos, y particularmente Palmiro Togliatti, quienes más hondo calaron en las causas de los fenómenos denunciados por Kruschev en el XX Congreso, y en acontecimientos como los de Hungría.

Togliatti supo tocar el punto crítico: *el problema estaba en el sistema político*. Aunque, por lo menos públicamente, no se desarrolló la crítica de este sistema, a partir de este momento comenzó a destacarse *la vía italiana* al socialismo con mayor fuerza.

Palmiro Togliatti era probablemente entre los dirigentes occidentales comunistas quien más tiempo había vivido en la Unión Soviética y por tanto quien mejor la conocía. Él había trabajado muchos años entre el pequeño grupo de personas que realmente

decidían en la Komintern; había conocido las luchas fraccionales diversas y visto cómo se resolvían; probablemente había tenido que utilizar más de una vez toda su habilidad para escapar a las trampas del sistema. La experiencia de los frentes populares y más precisamente del Frente Popular en España, el viraje de Salerno, la edificación de la nueva República italiana, el conflicto de Trieste —en el que tuvo una posición independiente y nacional muy resuelta— le habían proporcionado otro tipo de experiencias enriquecedoras que le armaban mejor que a muchos otros dirigentes, sobre todo si a ello se junta su vasta cultura y su fría y lúcida inteligencia. Desde el VIII Congreso del PCI se apunta ya una línea autónoma, que Togliatti explícita de un modo u otro en la Conferencia Mundial del 69 y que vuelve a hacerse visible en el famoso memorial de Yalta considerado como su testamento político, línea autónoma que ha ido afirmándose después bajo la dirección de Luigi Longo y ha culminado en la concepción del «compromiso histórico» con Berlinguer.

La experiencia yugoeslava contribuyó ya antes a impulsar las corrientes de autonomía y de creatividad ideológica. En 1948 muchos partidos comunistas, siguiendo la tradición de incondicionalidad hacia la URSS, refrendada en ese caso por el importante grupo de partidos que componían el Kominform, seguimos como un rebaño la condena del camarada Tito y los otros dirigentes yugoeslavos y fuimos tan lejos en la incondicionalidad que cuando Krushev tuvo el valor de desmontar públicamente la maniobra nos sentimos tan cruelmente engañados e indignamente manipulados, que ello acabó de destruir lo que quedaba de mítico y casi religioso en nuestra actitud hacia el PCUS.

La autogestión había sido probablemente al principio, un hallazgo ideológico más bien defensivo, para hacer participar a todo el pueblo en la responsabilidad de la edificación y en la defensa del socialismo yugoeslavo, frente a la guerra económica y política de los países socialistas del Kominform; pero al revelar sus posibilidades apareció como un componente muy importante

de la democracia económica y política del socialismo, que era necesario estudiar e incorporar en cuanto tuviera de eficaz, a la experiencia de cualquier revolución socialista y que aparecía como una autodefensa contra la centralización burocrática al uso.

Yendo más al fondo de las cuestiones, y probablemente habrá investigadores y sociólogos que lo hagan —si no lo han hecho ya algunos—, se observa una especie de dicotomía, que viene ya desde antes de la segunda guerra mundial, entre ciertos planteamientos generales de los partidos comunistas —incluso dentro de la línea de lo que podría calificarse de *staltnismo* que informaba muchos de nuestros conceptos y planteamientos— y una práctica que pugnaba por aferrarse a la realidad y entraba en conflicto, a veces no visible, con aquéllos.

Nuestros adversarios han subestimado a menudo las manifestaciones de esta dicotomía porque convenía a sus fines, atribuyéndola a tácticas coyunturales. Pero quien conozca de verdad lo que es un partido comunista sabe que ninguna táctica coyuntural puede llevarle a abandonar conceptos que atañen a su naturaleza.

Por ejemplo, sería interesante estudiar a fondo —y yo no dispongo ahora de tiempo y de los materiales necesarios— qué hay en la línea de los frentes populares consagrada en 1935, de creación autónoma de ciertos partidos —como el francés y el español— y de aportación soviética ligada a la necesidad de hacer frente a la agresión fascista contra la URSS. Los historiadores oficiales pueden reflejar una tendencia a embellecer las cosas y a dar una imagen idílica de aquella línea. Pero hoy se sabe ya, por ejemplo, que entre los comunistas franceses y la Komintern hubo entonces diferencias importantes sobre el Frente Popular. El enfrentamiento de Maurice Thorez, partidario de participar en el gobierno del Frente Popular, tras la victoria de éste en París, con la Komintern, opuesta a esta participación —aunque no conozcamos las discusiones a que dio objeto, de una manera pormenorizada y aunque se resolviera con la autoridad de la IC— no era, bien miradas las cosas, una diferencia

secundaria. No se trataba de un simple problema de tener, o no, carteras ministeriales. Era una cuestión de fondo; tocaba al contenido y. al alcance del Frente Popular. Un Frente Popular sin participación gubernamental comunista era una cosa; con ella era otra. En condiciones diferentes, en el marco de una guerra, esto se comprobó en España.

No es osado imaginar que un Frente Popular con comunistas en el gobierno hubiera radicalizado la lucha antifascista en Francia. Sin esa presencia gubernamental, los comunistas jugaban en él un papel menor; sus iniciativas pesaban seguramente menos que si hubieran tenido responsabilidad de gobierno. El juego pendular de Blum entre la derecha y la izquierda, sus inconsecuencias, cuando no más, frente a la República española, no hubieran sido las mismas. La presencia comunista que Thorez deseaba en el gobierno significaba la conducción de una línea antifascista más enérgica dentro de Francia; un compromiso más activo y eficaz con la República española; un enfrentamiento más resuelto de la política exterior francesa con el hitlerismo amenazante. Yo no sé si en el momento de la discusión sobre participar o no, las cosas se vieron y se apuntaron con esta proyección. Pero creo que eso hubiera sido la consecuencia natural del triunfo de Thorez. Mientras que la no participación representaba apoyar desde fuera, como en una simple coalición electoral, a un gobierno irresoluto, incapaz de llevar una política antifascista consecuente, con el que se podía jugar en el tablero internacional una partida de ajedrez, que permitiera todos los repliegues y enroques, según las coyunturas, avanzando y retrocediendo, evitando encerrarse en una vía de enfrentamiento radical con las fuerzas del Eje.

A posteriori no es posible especular ya con lo que hubiera podido suceder si la posición de Thorez triunfa; pero cabe suponer que en ese caso el Frente Popular francés hubiera sido algo distinto a lo que fue y su capacidad de hacer una política antifascista más comprometida habría influido en la situación europea y muy probablemente en la española.

Incluso si por el centralismo y la disciplina de la IC, estas diferencias se resolvieron en un debate interno, fácilmente, su existencia confirma que la política de frente popular no era simplemente una iniciativa soviética, ligada a su política exterior de defensa frente al peligro de agresión fascista, como han pretendido sus adversarios; que en esa política había un encuentro de dos creatividades, una de ellas venida de la periferia, dictada por unas realidades nacionales concretas, y diferenciada de la otra.

Hay un ejemplo más, demostrativo de esa dicotomía a que aludo. Se trata del caso de Harry Pollit. Éste, a la cabeza del Partido Comunista Británico, disintiendo del pacto germano-soviético, considera que desde el día mismo en que Alemania agrede a Polonia ha comenzado la guerra antifascista. No es ésa entonces la opinión dominante en el PCUS y en la Komintern. La posición oficial en estas esferas es que se trata de una guerra imperialista. Harry Pollit se ve en la obligación de abandonar su cargo de secretario general del Partido Británico, cargo del que por un tiempo permanece alejado.

Más tarde, al producirse la agresión de Hitler contra la Unión Soviética, Stalin proclama el carácter antifascista de la guerra y en un momento reconoce ya que ésta ha tenido tal carácter desde el principio. Harry Pollit es repuesto en sus funciones; implícitamente se reconoce que tenía razón. Pero traigo a colación su caso porque refleja la existencia de una contradicción, que aparece en unos u otros momentos, aunque entonces no tome proporciones cismáticas, entre la iniciativa de los partidos europeos más ligados a la realidad de sus países y a la problemática de esta región del mundo, y la concepción del centro en la que predomina tajantemente la posición del Estado soviético.

LA EXPERIENCIA ESPAÑOLA.
EL CASO DE TROTSKI

El caso de España es tal vez más sintomático porque el proceso revolucionario interno que vive nuestro país con la caída de la monarquía tiene imperativos propios más difícilmente reducibles a las decisiones exteriores.

Al proclamarse la República, el entonces pequeño Partido Comunista, tan estrecho y sectario como combativo, sale a la calle a proclamar la necesidad de los soviets y de la disolución del Estado burgués. Es el período de la táctica de *clase contra clase* que recuerda, por tantos aspectos, las posiciones de los izquierdistas de hoy, aunque en España, con excepción de pequeñísimos y dudosos grupos, ninguno de los izquierdistas actuales lo resulte tanto como lo era nuestro partido entonces.

En realidad esa orientación estrecha e izquierdista tenía su origen en las directivas y resoluciones de la IC que condenaban cualquier acuerdo con las fuerzas pequeño-burguesas que conspiraban contra la monarquía.

La vida demostró lo erróneas de aquellas concepciones. Y un grupo de dirigentes del partido, situados allí donde el partido había sabido guardar un mayor contacto con las masas, como José Díaz, Mije, Delicado y Barneto en Sevilla y Dolores Ibárruri en el País Vasco comenzaron a plantearse problemas y fueron la base del nuevo equipo que inició la reorientación del partido hacia las masas. Estas personalidades que tan gran papel desempeñaron en la transformación del partido, tuvieron la suerte de que su posición coincidiese con cambios en la orientación de la IC y consiguieron el apoyo de ésta. Pero en las elecciones de 1933 dieron ya un paso que se distanciaba en la dirección del Frente Popular: fue el acuerdo con las fuerzas de izquierda en Málaga, que permitió la elección del doctor Bolívar, primer diputado comunista de la República, en una candidatura de unidad popular.

Posteriormente, al formarse el Frente Popular, cuando en el tablero soviético y en el seno de la IC la lucha contra el trotskismo estaba en su apogeo el Partido Comunista acepta la inclusión de los trotskistas españoles en el Frente Popular e incluso colabora con ellos durante un período en el gobierno de la Generalitat en Cataluña.

Las necesidades del proceso político español se impusieron entonces por encima de las incompatibilidades abiertas por la lucha de fracciones en el seno del partido soviético y de la IC. Yo ignoro qué negociaciones pudo haber al respecto, porque aún no era miembro del partido y mucho menos de su dirección. Pero en el intento de trazar los antecedentes de una ejecutoria que ha llevado a los partidos de masa de los países capitalistas de Europa occidental a una concepción específica del socialismo y de la independencia me parecen antecedentes que tienen una cierta significación en tanto en cuanto marcan el peso de los problemas específicos nacionales, propios de estos países, incluso cuando la IC era aún un partido internacional.

Cierto que en relación con el trotskismo y la guerra española se ha hablado mucho y se vuelve a hablar. Está fuera de duda que en ello hay una parte de propaganda interesadamente anticomunista. Pero eso no debe obcecarnos ni llevarnos a negar el derecho que tienen hombres o grupos acusados injustamente de ser «agentes del fascismo» a obtener una rehabilitación, aunque sea tardía.

Hubo un tiempo en que los comunistas estábamos profundamente convencidos de que Trotski y el trotskismo se habían transformado en agentes del nazismo. No puede negarse el impacto de los procesos de Moscú y de las sorprendentes confesiones hechas en ellos, no sólo entre los comunistas, sino también entre observadores imparciales que, como nosotros, no podían imaginar el mecanismo infernal con que eran obtenidas. Es cierto que la historia y el XX Congreso del PCUS han confirmado muchas de las atrocidades denunciadas por los trots-

kistas en un tiempo. Pero entre las palabras de éstos y las de Stalin y sus acompañantes, optar por dónde se hallaba la verdad era una especie de artículo de fe, y nosotros optamos por creer a los dirigentes soviéticos. La Unión Soviética era el primer Estado proletario, y su pervivencia era para nosotros, comunistas, primordial. En aquella etapa todo lo que tuviese el aspecto de un ataque a la Unión Soviética, objetivamente nos aparecía como un servicio a sus adversarios.

Sobre esta base pudo surgir y afirmarse el mito de un Trotski ligado a los nazis, protegido por el imperialismo americano, y los jóvenes de aquella época asimilamos las versiones oficiales de la Revolución de Octubre y la guerra civil subsiguiente en las que se pasaba en silencio su papel.

La publicación en la URSS, tras el XX Congreso, de algunos textos de Lenin, en los que éste trataba objetivamente las posiciones de Trotski, apoyándolas en una serie de casos, y enjuiciaba la personalidad de éste sin velar sus rasgos positivos, parecía anunciar un tratamiento más objetivo del papel de Trotski en los textos de historia. Pero este tratamiento no ha venido. Los textos oficiales de historia se han sucedido unos a otros, sin dar una noción de la verdad y continúan siendo una instrumentalización, parcial, no coincidente con la realidad, de la historia. Eso ha contribuido a seguir presentando el Octubre rojo y los problemas de la revolución como una dulzarrona «imagen de Épinal», dificultando a los estudiosos del movimiento obrero y revolucionario el conocimiento de la rica y contradictoria historia, desarmándoles en vez de armarles política e ideológicamente.

Es más que tiempo de que se haga esta presentación objetiva del papel de Trotski durante la revolución, lo que sería perfectamente congruente con una crítica del trotskismo, en tanto que tal corriente; Lenin la hizo ya antes de la revolución, en la época del Trotski centrista, y durante la revolución enjuiciando ciertas posiciones del antiguo comisario del pueblo.

Esa presentación de Trotski hubiera tenido que partir del hecho

real de que Trotski representaba una tendencia política dentro del movimiento revolucionario y del partido ruso, y que no podía tratársele como a un vulgar agente hitleriano. ¿Qué razones pueden retardar hoy este reconocimiento? Por el contrario, la verdad ayudaría a comprender las complejidades de la lucha de clases y a dar una visión más clara de ellas a las nuevas generaciones.

Reconocido esto hay que decir, por ejemplo, que los puntos de vista de Trotski sobre la revolución española de 1936-1939 no podían ser más equivocados. Trotski asimilaba cuanto estaba sucediendo en España al modelo ruso y criticaba a sus propios partidarios por no seguir éste con bastante fidelidad. Mientras tanto la revolución española presentaba características infinitamente alejadas del Octubre de 1917, características a las que me referiré más adelante.

Pero siguiendo el paréntesis sobre el tema trotskista quiero referirme a otro problema que ahora surge en algunos medios con insistencia: el tema de Andreu Nin. Andreu Nin desapareció tras el putsch de mayo de 1937 en Barcelona. Una versión le dio como asesinado por alguna policía paralela; otra como huido al campo fascista. Todo lo que se ha sabido tras la guerra o más bien cuanto se pueda deducir de lo sabido, confirma sin duda que Andreu Nin fue asesinado y no intentó huir al campo enemigo.

Yo puedo decir que el Partido Comunista, sus órganos dirigentes, no tuvo ninguna responsabilidad material en ese hecho y que si algún comunista participó individualmente en él —lo que ignoro— lo hizo por su cuenta y no por decisión del partido. Entonces yo había comenzado a participar ya en el Buró Político, y cuantas veces se habló del asunto la versión dada y aceptada por todos era la de la fuga al campo enemigo. Más tarde, en la intimidad, he preguntado a camaradas más veteranos que yo y que entonces desempeñaban un papel mucho más importante que el mío que podrían estar en conocimiento de cosas ignoradas por mí y todos me han respondido que la única versión conocida por

ellos era la de la «fuga». Y estoy convencido de que me decían la verdad.

¿Cómo pudo extenderse y parecer fiable esta versión en 1937? Hoy esto extraña a todos los que no vivieron activamente aquel período. Pueden relacionarlo exclusivamente con la persecución de los trotskistas, con la aceptación de la política de Stalin. Pero aunque ésta fuera una de las razones, no encierra toda la explicación de la fiabilidad que encontró aquella versión. Hubo algo más y muy importante en torno a aquel caso. En mayo de 1937 se produjo un putsch armado, con la participación del POUM y de algunos sectores anarquistas, contra el gobierno de la República, presidido por un socialista, Largo Caballero; y compuesto por 5 ministros socialistas, 4 anarquistas, 4 republicanos, 1 catalán, 1 vasco y 2 comunistas. Estábamos en plena guerra contra el fascismo.

El putsch significaba abrir el frente a las fuerzas franquistas, puesto que de él fueron retiradas algunas de las fuerzas que lo guarnecían para dar el golpe y hubo que alistar otras para dominarle.

En plena guerra, con dificultades inmensas, cualesquiera que fueran sus móviles subjetivos —y en el mejor de los casos eran puramente demenciales— el putsch era un grave acto de traición contra la República, y legal y moralmente estaban justificadas sanciones ejemplares por los tribunales. En ese contexto fue fiable la versión de la fuga de Nin, no tanto por la pasión anti-trotskista como por el hecho mismo de lo que en plena guerra resultaba un delito de alta traición que venía a dar pábulo a la imagen de un POUM manipulado por el franquismo. La verdad, sin embargo, es que luego los tribunales republicanos sólo dictaron condenas de prisión, tanto contra los jefes políticos como contra los militares que abandonaron el frente y volvieron sus armas contra el poder popular.

Es decir, que la muerte de Nin fue un acto abominable e injustificable; pero en el cuadro de un putsch, de un delito de alta trai-

ción injustificable en plena guerra revolucionaria antifascista.

LA EXPERIENCIA ESPAÑOLA.
EL FRENTE POPULAR

Mas lo que me importa, a los fines de este trabajo, al hablar de la guerra de España y de la experiencia del Frente Popular, es mostrar que éste fue esencialmente un producto de la realidad española, un caso preciso de la aplicación del método de análisis marxista a una situación concreta, aunque coincidiera con las líneas generales de una orientación internacional. Hubiese sido otra ésta y la situación concreta nos hubiera llevado por la propia dialéctica de los acontecimientos españoles a un Frente Popular.

Para ello había motivaciones muy concretas: la necesidad de poner fin a la represión del movimiento de octubre del 34, de lograr la amnistía y la liberación de los presos políticos, de abolir las leyes de excepción y restaurar la legalidad republicana, de presentar batalla al fascismo.

Ese era el objetivo inmediato esencial de la coalición electoral formada con el nombre de Frente Popular para derrotar electoralmente a las fuerzas de derecha que negaban la amnistía y seguían la represión. Las reivindicaciones sociales estampadas en el programa de aquél eran muy pobres y limitadas y hoy podrían parecerle modestas incluso a los partidos de derecha democrática.

Fue esa causa —la amnistía, el fin de la represión, la amenaza fascista— lo que indujo en último extremo, y no sin vacilaciones, a Largo Caballero y a la izquierda socialista, que tras la experiencia de la colaboración en el gobierno republicano-socialista del 31 al 33, eran renuentes a todo pacto con los republicanos burgueses —a aceptar el Frente Popular— en el que participaban naturalmente éstos.

Y fue ese repudio de Largo Caballero y de la izquierda socialista a la colaboración con los republicanos, lo que sin duda influyó determinadamente para que en el gobierno de Frente Popular no participaran los partidos obreros, hasta que la situación, una vez comenzada la guerra y Madrid en inminente peligro, impuso ineludiblemente esa necesidad.

Hoy cabe preguntarse si no fue un error la no participación de los partidos obreros; si la presencia de éstos desde un principio en el gobierno de Frente Popular no hubiera determinado que éste obrase más enérgicamente evitando la sublevación militar, o bien producida ésta, armando sin vacilaciones al pueblo, se hubiese conseguido en toda España lo que se logró en Madrid, Valencia, Barcelona, el País Vasco y otros puntos: matar en el huevo la sublevación. Cabe preguntarse si así no se hubieran evitado los tres años de guerra civil y cerca de cuarenta de dictadura.

Quizás hubiera variado la suerte de España y de Europa si en el gobierno de Frente Popular, tanto en Francia como en España, hubiese participado directamente la clase obrera. Claro que esta consideración ya no puede cambiar las cosas y si acaso sólo vale la pena aludirla como experiencia histórica.

Para no perderme en digresiones y volver al tema, frente a una serie de escritores e historiadores que ven hoy la guerra de España y sus incidencias casi como una simple expresión de la política exterior soviética, minusvalorando todo lo específico nacional, todo lo que hubo de original en aquella experiencia, y, por el contrario, tratando de hallar originalidad revolucionaria en algunos experimentos anarquizantes que no sólo no aportaron frescura alguna, sino que de hecho introdujeron algunos de los rasgos más burocráticos y dictatoriales de aquel período, quiero subrayar lo que a mi juicio fue lo más característico de entonces.

Más allá de los mitos creados por la propaganda franquista sobre *rojos y nacionales*, sobre *cruzada y comunismo*, mitos que todavía son corrientes en ciertos sectores sociales de nuestro país,

la verdad es que en la zona republicana, pese a todos los conflictos internos, a las divisiones y hasta los choques que hubo —que no pueden extrañar en un período de guerra en el que se entrecruzaban tantos intereses y se ejercían tantas presiones exteriores— lo que se vivió, con más o menos defectos, fue una experiencia de pluralismo y de democracia que no tenía nada que ver con los clichés tradicionales ni con las formas que otras revoluciones tomaron más tarde.

Había un gobierno legal, un parlamento, instituciones autónomas nacionales en Cataluña y Euskadi —Galicia quedó ocupada desde el primer día—, partidos, sindicatos, organizaciones juveniles de diverso tipo, prensa libre —enormemente libre para la situación de guerra—, libertad de Expresión, reunión y manifestación. Había, dentro de un compromiso unitario de guerra, confrontaciones y contrastes sumamente vivos. Formas de democracia directa, más o menos vitales, a todos los niveles.

Y por encima de ciertas vacuas polémicas sobre la preeminencia de la guerra o de la revolución en las tareas del momento -y yo sigo pensando que lo preeminente, lo indispensable incluso para hacer una verdadera revolución era ganar la guerra, cosa que desgraciadamente la derrota vino a confirmar sin paliativos, porque la derrota fue el triunfo de la contrarrevolución— lo cierto es que ese sistema de pluralismo y de democracia se mantuvo en las condiciones que suelen ser más adversas a este tipo de sistema: las de una guerra civil y una revolución.

Quien repase la prensa de la época, sin anteojeras y lea las polémicas entre unos y otros grupos políticos o sindicales podrá dar sus preferencias a las posiciones de unos u otros e incluso condenarlas todas; pero en definitiva tendrá que reconocer la enorme libertad y el pluralismo efectivo que se dio entonces. Se podía criticar, y en efecto se hacía, al gobierno, a los partidos, a los sindicatos. Se enfrentaban abiertamente distintas concepciones sobre la conducción de la guerra.

Si algo es susceptible de producir asombro no es otra cosa que

esa amplitud de libertad en una situación tan crítica. Ciertamente que esa libertad no existía para los partidarios de quienes se hallaban enfrente en armas; pero no creo que nadie pueda criticar eso, cuando nos hallábamos en plena guerra civil.

Es verdad que hombres que desempeñaban puestos oficiales muy altos tuvieron poco que ver con la labor de dirigir la guerra. Pero si Azaña era más un pensador, un literato, que un hombre de acción, que un Clemenceau, ¿a quién culpar? Sin embargo personalidades como el general Rojo, con antecedentes más bien de derechas; socialistas como Negrín, hombre moderado pese a cuanto de él se haya escrito, cumplieron un papel destacadísimo y podrían citarse muchos casos como los suyos.

Hay quien ha intentado explicar el mantenimiento de las formas democráticas como una *exigencia* de la Unión Soviética, a cuya política exterior podía convenir que la situación de España no se radicalizase demasiado. Sin embargo, se trata de una visión parcial. Económica y socialmente la radicalización podía difícilmente llegar más lejos. En ciertos aspectos llegó a extremos pueriles: me refiero a la socialización de pequeños establecimientos y de propiedades agrícolas muy reducidas que practicaron por su cuenta y a veces con métodos coercitivos algunas organizaciones. Los comunistas nos opusimos a estos excesos por antisociales y antieconómicos, por opuestos a la amplia movilización popular para ganar la guerra, pues lo esencial, manteniendo las palancas económicas decisivas en manos del poder, a fin de utilizarlas para llevar la guerra más eficazmente, era no desorganizar la economía y mantener unidos y compenetrados con la causa de la República a amplios sectores de propietarios modestos de la ciudad y el campo, cuyos intereses esenciales coincidían con los de todo el pueblo.

Yo no trato aquí de hacer crítica histórica, de combatir unas u otras organizaciones, no es esa mi intención en este trabajo.

Entonces ya los comunistas defendíamos la República democrática parlamentaria, los organismos representativo^ de las

nacionalidades, lo que nos atrajo muchas críticas izquierdistas. Pensábamos ya entonces que manteniendo estas formas de la democracia representativa, haciendo lo mismo con los organismos de las nacionalidades, con los municipios, y desarrollando formas de democracia directa en las empresas, dando participación directa a los trabajadores en la dirección de los asuntos a todos los niveles, podían echarse los jalones de una democracia de nuevo tipo que fuese al socialismo.

Hay una carta firmada por Stalin, Molotov y Vorochilov y dirigida a Largo Caballero en 1937, que dice lo siguiente:

Al camarada Caballero:

Nuestro representante plenipotenciario, camarada Rosenberg, nos ha transmitido la expresión de sus fraternos sentimientos. También nos ha comunicado que usted se siente inalterablemente alentado por la seguridad en la victoria. Permítanos darle nuestras gracias fraternales por los sentimientos manifestados y significarle que somos partícipes de su confianza en la victoria del pueblo español.

Hemos juzgado y seguimos juzgando que es nuestro deber, en los límites de nuestras posibilidades, el acudir en ayuda del gobierno español, que encabeza la lucha de todos los trabajadores, de toda la democracia española, contra la camarilla militar-fascista, subsidiaria de las fuerzas fascistas internacionales.

La revolución española se abre caminos que, en muchos aspectos, difieren del camino recorrido por Rusia. Lo determina así la diferencia de premisas de orden social, histórico y geográfico, las exigencias de la situación internacional, distintas de las que tuvo ante sí la revolución rusa. Es muy posible que la vía parlamentaria resulte un procedimiento de desarrollo revolucionario más eficaz en España de lo que fue en Rusia.

Con todo, creemos que nuestra experiencia, sobre todo la ex-

perencia de nuestra guerra civil, debidamente aplicada a las condiciones particulares de la lucha revolucionaria española, puede tener determinado valor para España. Partiendo de ello y en vista de sus insistentes ruegos, que a su debido tiempo nos ha transmitido el camarada Rosenberg, accedimos a poner a su disposición una serie de especialistas militares, a quienes dimos instrucciones de aconsejar en el terreno militar a aquellos oficiales españoles en ayuda de los cuales debían ser destinados por usted.

Se les advirtió de modo terminante que no perdieran de vista que, con toda la conciencia de solidaridad de que hoy están penetrados el pueblo español y los pueblos de la URSS, el especialista soviético, por ser extranjero en España, no puede ser realmente útil sino a condición de atenerse rigurosamente a la función de consejero y sólo de consejero.

Creemos que precisamente así utiliza usted a nuestros camaradas militares.

Le rogamos que nos comunique en pie de amistad en qué medida nuestros camaradas militares saben cumplir la misión que usted les confía, ya que, naturalmente, sólo si usted juzga positivo su trabajo puede ser oportuno que sigan en España.

También le rogamos que nos comunique directamente y sin ambages su opinión acerca del camarada Rosenberg: si satisface al gobierno español o conviene sustituirle por otro representante.

Cuatro consejos amistosos que sometemos a su discreción:

- 1) Convendría dedicar atención a los campesinos, que tienen gran peso en un país agrario como es España. Sería de desear la promulgación de decretos de carácter agrario y fiscal que satisficieran los intereses de los campesinos. También convendría atraer a éstos al ejército y formar en la retaguardia de los ejércitos fascistas grupos de guerrilleros integrados por campesinos. Los decretos en favor de éstos podrían facilitar

esta cuestión.

2) Convendría atraer al lado del gobierno a la burguesía urbana pequeña y media o, en todo caso, darle la posibilidad de que adopte una actitud de neutralidad favorable al gobierno, protegiéndola de los intentos de confiscaciones y asegurando en lo posible la libertad de comercio. En caso contrario, estos actores seguirán a los fascistas.

3) No hay que rechazar a los dirigentes de los partidos republicanos, sino, contrariamente, hay que atraerlos, aproximarlos y asociarlos al esfuerzo común del gobierno. Es en particular necesario asegurar el apoyo al gobierno por parte de Azaña y su grupo, haciendo todo lo posible para ayudarles a cancelar sus vacilaciones. Esto es también necesario para impedir que los enemigos de España vean en ella una república comunista y prevenir así su intervención declarada, que constituye el peligro más grave para la España republicana.

4) Se podría encontrar la ocasión para declarar en la prensa que el gobierno de España no tolerará que nadie atente contra la propiedad y los legítimos intereses de los extranjeros en España, de los ciudadanos de los países que no apoyan a los facciosos.

Un saludo fraternal,

STALIN, MOLOTOV Y VOROCHILOV

21 de diciembre de 1936. N. 7. 812

Aunque algunos han visto esta concepción como una táctica coyuntural del Partido Soviético —y juzgando cosas que han sucedido o que hemos conocido más tarde puede no faltarles razón— lo cierto es que muchos de nosotros tomamos plenamente en serio la posibilidad de esta vía que luego vino a corroborar más o menos acabadamente el XX Congreso del PCUS, y que corresponde a nuestra concepción de marcha al socialismo

con democracia.

Pocas gentes recuerdan que en plena guerra el Partido Comunista propuso celebrar elecciones generales para que los ciudadanos eligieran sus representantes al parlamento; y que esta propuesta fue rechazada por los demás partidos con el argumento principal de que la elección de un nuevo parlamento destruía el principio de la *legitimidad* encarnado, según ellos, por el que había sido elegido antes de la guerra. Es decir, en oposición a la imagen que se ha querido dar, los comunistas nos preocupábamos menos de la legalidad *formal*, que de la existencia real de un parlamento democrático. Lo mismo sucedía a otros niveles de democracia directa. Los comunistas hemos luchado siempre por la elección democrática de los comités de empresa, enfrentándonos con posiciones que desgraciadamente predominaron y que dejaban la composición de estos comités a la designación desde arriba por las burocracias sindicales.

Ya en la guerra y después se nos ha criticado a los comunistas por nuestra *moderación*; porque defendíamos el derecho de los partidos pequeño-burgueses y burgueses a participar en el gobierno y cuando menos en la vida política con pleno derecho; porque insistíamos en la defensa de los propietarios pequeños y medios; porque allí donde pudimos restablecimos las actividades religiosas; porque nos enfrentamos con las policías múltiples, de partido u organización, paralelas a la oficial; porque sostuvimos la necesidad de que la justicia fuese hecha por los jueces y en formas legales. Si en algún momento hubo en nuestras filas desviaciones en relación con este criterio, las combatimos y superamos sin dudar. Del mismo modo, desde el primer día defendimos la existencia de un solo ejército nacional, con mando único y obediencia al gobierno, en vez de las milicias de grupo; sostuvimos el criterio de utilizar ampliamente las capacidades de los militares profesionales y si tantos de éstos, sin tener ninguna formación marxista, ingresaron en nuestras filas es porque en el partido veían un respeto, un espíritu de organización, una concepción del Estado democrático no tan perceptible en los otros.

La fuerza que alcanzamos entre el pueblo nos vino no ya de que las armas con que se defendía la República fuesen casi exclusivamente soviéticas —posteriormente otros países se han defendido con armas soviéticas mejores y más eficaces que las nuestras sin que los comunistas se reforzasen por ello—, sino de esa política coherente —*moderada* para algunos— que interpretaba mejor que las otras el sentimiento más generalizado en nuestra zona. Y porque la *moderación* en las orientaciones políticas iba acompañada de una voluntad de sacrificio, de una combatividad y una disciplina en los frentes que llevó al alto mando —no comunista, por cierto— a utilizar en los intentos ofensivos más audaces y en las defensivas más costosas y decisivas, preferentemente, a las unidades encuadradas por comunistas, a las que se sabía dispuestas siempre al combate en cualquier condición.

Los miembros del Partido Comunista en la guerra ocuparon muchos puestos; es una de las críticas que a veces se nos hace. Lo que se olvida es decir que esos puestos fueron ocupados en el ejército y por ascensos en combate. En el gobierno, cuando más, hubo dos ministros comunistas —socialistas, anarquistas y republicanos ocuparon carteras más numerosas—. En un momento sólo hubo un ministro comunista, Vicente Uribe en Agricultura. Del mismo modo, en los altos cargos administrativos los comunistas poseíamos muchos menos puestos que los otros partidos; y si no me equivoco, en la diplomacia, en las comisiones de compras en el extranjero, no teníamos a nadie.

Lo que se ignora también es que el Partido Comunista estuvo dispuesto, en un momento, incluso a abandonar las contadas carteras ministeriales que ocupaba y a apoyar al gobierno desde fuera, para facilitar las relaciones de éste con las potencias occidentales, con el propósito de poner fin a su dependencia casi exclusiva de los suministros soviéticos y que si esta decisión, tomada ya, no se llevó a efecto fue porque algunos de estos aliados consideraron que podía tener efectos desastrosos en la moral de los combatientes de la República.

Es decir, el Partido Comunista puso por encima de otras consideraciones la causa del pueblo, de la República. Pudo haber, en uno u otro caso, vulneraciones locales, individuales a esta regla de conducta. En cuanto fueron conocidas se les aplicó remedio.

Incluso al producirse el golpe de Casado, tras la primera resistencia a un intento de capitulación que pretendía cubrirse con el manto de una «paz honrosa» —que luego la vida, o mejor dicho, la muerte de tantos, mostró imposible— el partido se esforzó por llegar a un acuerdo con la junta, a fin de hacer por lo menos una retirada organizada, a fin de salvar al ejército y a decenas de miles de cuadros que perecieron en condiciones trágicas y pertenecían a las más diversas organizaciones.

Traigo todo esto a cuento para mostrar que aunque a veces haya existido un desfase entre ciertos planteamientos teóricos generales y la práctica concreta; aunque muchos elementos de nuestra primera formación ideológica pudieran parecer en contradicción con lo que decimos hoy, un análisis serio de nuestra práctica política concreta, una elaboración teórica de esa práctica —todavía casi no esbozada— demostraría ampliamente que las raíces de nuestras posiciones actuales están ya en aquélla.

Por desgracia, tradicionalmente, el lado fuerte del movimiento obrero español no ha sido la teoría. Lo prueba el que hombres como Besteiro y Araquistain hayan podido pasaren algunos momentos, injustificadamente, como «teóricos» marxistas, quizá por aquello de que «en la tierra de los ciegos el tuerto es rey». Y hoy, cuando en nuestras filas hay ya fuerzas teóricas que podrían esclarecer la historia, la dispersión de la clandestinidad, las agobiantes tareas inmediatas, o incluso la dificultad para abrirse paso en la maraña de las informaciones falsificadas, deformadas, subjetivizadas, hace que todavía resulte difícil una labor de generalización teórica seria de toda esa práctica.

En conclusión, ya fuese más por intuición revolucionaria que por una elaboración y análisis teórico profundo, nuestra política en el período de Frente Popular encerraba ya en embrión la concep-

ción de una marcha hacia el socialismo con democracia, con pluripartidismo, parlamento, libertad para la oposición. De los excesos que hubo en un sentido u otro —y los hubo— excesos que serían impensables en una situación democrática normal, la razón hay que buscarla en las pasiones de una guerra civil desatada por la derecha, que puso al rojo vivo las heridas profundas producidas por una opresión y una explotación ancestrales. Por consiguiente, no sólo en un análisis marxista de la realidad concreta de hoy, sino en los rasgos de lo que fue una experiencia propia, vivida no sin contradicciones, extraemos nosotros actualmente las razones del socialismo democrático que propugnamos para nuestro país.

LA EXPERIENCIA DE LOS PARTIDOS COMUNISTAS EUROPEOS TRAS LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

Pero si en la postura política pasada están ya muchos de los elementos en que se apoya la orientación actual —me refiero al caso de España— cualquiera que examine la experiencia de los partidos comunistas del Occidente europeo tras la segunda guerra mundial verá que han ajustado su actividad a las prácticas democráticas, sin transgredirlas en ningún momento. En el año 1945 los comunistas están participando con ministros en todos los gobiernos de Europa occidental, salvo los de Gran Bretaña y la RFA. Y no ya porque exista la coalición antihitleriana entre la URSS y las potencias occidentales, aunque ésta lo facilitase, sino porque durante la resistencia armada al hitlerismo en Europa, los comunistas se han batido en vanguardia —como cada vez que ha habido que luchar por la libertad— y han conquistado una posición preeminente entre las fuerzas que encabezan en cada país la victoria. Del 45 al 47 son los años de mayor expansión democrática en nuestro continente. En el 47, el comienzo de la guerra fría crea una nueva correlación de fuerzas; es la unión de las fuerzas socialdemócratas y la burguesía, bajo la égida de los EE.UU., contra los comunistas. Y éstos salen de los gobiernos y

pasan a la oposición sin que en ningún país occidental intenten mantener por la fuerza las posiciones que pierden en el gobierno. Se dirá que esa actitud corresponde a la división de zonas de influencia establecida en Yalta por las grandes potencias. Mas lo cierto es que, en ese momento, en Grecia, arde la guerra civil y los comunistas están batiéndose con las armas contra el poder existente sostenido por los norteamericanos. Y parece claro que en Yalta, Grecia quedaba del lado occidental. En países como Italia y Francia los comunistas eran muy fuertes y si el partido les hubiera llamado a recuperar las armas enterradas en la resistencia lo hubieran hecho y se hubiesen batido. Quizás habrían sido derrotados pero hubieran dado no poca guerra. Sin embargo prefirieron hacer el juego democrático. Continuaron desarrollando una estrategia unitaria y democrática que entonces podía parecer utópica. Y a través de una larga experiencia elaboraron su propia vía al socialismo basada en la democracia. A muchos les resulta más cómodo juzgar a los comunistas occidentales por tal o cual frase, o por los actos de otros partidos hermanos, que por toda una trayectoria suficientemente amplia y reiterada para constituir el mejor banco de pruebas.

En el curso de la elaboración de nuevas vías lo más penoso fue la conquista de la autonomía con respecto a la Unión Soviética. Los lazos tradicionales que unían a los comunistas con ésta se habían mantenido tras la guerra, pese a la disolución de la IC, entre otras razones por el acrecentamiento enorme del prestigio soviético en todo el mundo, a partir de la extraordinaria y decisiva participación de la URSS en la derrota del hitlerismo.

En el período de la guerra fría ésta aparecía no sólo a los comunistas, sino a muchos elementos simplemente progresistas, como una repetición más de los intentos imperialistas de aplastar las conquistas socialistas por el fuego y la sangre. Las teorías de los Foster Dulles venían a acreditarlo. En ese momento, cuando además la superioridad nuclear de EE.UU. era aplastante, a ningún comunista se le ocurría fácilmente quebrar los lazos afectivos con el país de la primera revolución socialista.

Sin embargo, por lo menos para algunos partidos —desde luego para el PCE— la disolución de la IC había alterado el tipo de relaciones con el PCUS sensiblemente. Yo no recuerdo de ningún viraje, de ninguna decisión política importante, que tras esa disolución nuestro partido haya consultado previamente con el PCUS; si acaso en algunas ocasiones, más bien fortuitamente, porque coincidía con viajes por otras razones —teníamos allí una emigración— les hemos informado *a posteriori*.

La misma creación del Kominform nos sorprendió y aunque no, lo hiciéramos público no nos produjo ningún placer. ; Qué significaba aquel paso? ¿Qué papel iba a arrogarse aquel areópago sobre el que ni siquiera habíamos sido consultados?

Un dato revelador del cambio habido en la práctica en las relaciones con el PCUS es que un mes antes de la condena de Yugoslavia por el Kominform, una delegación nuestra se encontraba en Belgrado discutiendo con el camarada Tito sin que por un momento se nos hubiera ocurrido asesorarnos previamente en Moscú, y sin que tuviéramos ni idea del conflicto que estaba a punto de estallar.

Sin embargo los cambios aún no eran tan grandes que nos impidieran caer en la imperdonable falta de secundar la condena de Yugoslavia por el Kominform, hecha además sin informar ni consultar a los otros partidos, poniéndonos ante un trágala que había que rechazar o aceptar. Si lo rechazabas quedabas también excomulgado. En esa época las excomuniones eran todavía de rigor y creo que ningún partido estaba preparado para arriesgarse a ellas. En todo caso los que tomaron la iniciativa de formarle habían puesto en pie, con el Kominform, un tipo de internacionalismo *sui generis* en el que la inmensa mayoría de los partidos comunistas quedábamos reducidos al mero papel de comparsas, «internacionalismo» que recuerda no poco al ahora llamado «internacionalismo socialista» que privilegia las relaciones entre un grupo de países socialistas —no todos— y que en el fondo —cualesquiera sean las denegaciones de forma— pretende

mantener a toda costa la existencia de un centro mundial.

Simplificando las cosas, en el primer período para nosotros la disolución de la IC se traducía en una especie de división del trabajo: *«de las cosas de España nos ocupamos nosotros, ahí juega nuestra soberanía. De las cosas del mundo se ocupan los camaradas soviéticos, que son los que tienen experiencia, información y una responsabilidad mundial mayor»*. Sólo más tarde nos dimos cuenta que para abordar y resolver las cuestiones de España de una manera favorable también teníamos que ocuparnos de las cosas del mundo, incluidas las del mundo socialista.

Para nosotros, para el Partido Comunista de España, el punto culminante de la conquista de nuestra independencia fue la ocupación de Checoslovaquia en 1968. Los preparativos de la operación estaban hechos con métodos semejantes a los de los procesos históricos del 36, desvelados en el XX Congreso, o a los de la condena de Yugoslavia. Es decir, se sentaba una afirmación absoluta —en este caso que Checoslovaquia estaba a punto de caer en las manos del capitalismo— y a partir de esa afirmación se montaban versiones de los hechos que estaban a años luz de la realidad. Y se trataba de hacernos comulgar con ruedas de molino. Checoslovaquia fue la gota que desbordó el vaso y que llevó a nuestros partidos a decir ¡no! Ese «internacionalismo» se acabó para nosotros. Precisamente a eso es a lo que hemos llamado el «viejo internacionalismo» que, estamos convencidos, hay que terminar. El internacionalismo verdadero es otra cosa, tiene que ser otra cosa.

Yo sé que escribir así —porque hablar de esta forma, entre cuatro paredes, lo hace ya todo el mundo— puede atraer incomprendiciones y condenas, pero hay que hacerlo. ¿Por qué no acostumbrarnos a la verdad? Todos ganaríamos con ello y sentaríamos las bases de un auténtico y sano internacionalismo.

Si escribo así, además, es para dejar constancia de que nuestro partido —y como él otros— ha llegado a las concepciones que

defiende y desarrolla hoy a través de un proceso histórico largo y complejo, de la aplicación del marxismo a las condiciones cambiantes, y para concluir que los que ponen en duda la fiabilidad de nuestras posiciones democráticas no se han tomado el trabajo de estudiar nuestra trayectoria, o están interesados, por estrechas razones partidistas, en no estudiarla.

EL PAPEL DE LA VIOLENCIA EN LA HISTORIA

Pues bien, es verdad que los comunistas hemos revisado tesis y fórmulas que en otros tiempos teníamos por artículos de fe.

Que largos años de lucha contra el fascismo nos han ayudado a ver mejor los valores verdaderos de la democracia; verdaderos y, yo añadiría, permanentes. Que hemos superado una cierta subestimación, ya lejana, de las llamadas *libertades formales*. Las monstruosidades del imperialismo, su degeneración visible en todos los terrenos, nos han rendido más preciosas las libertades y la democracia. Al mismo tiempo, hemos visto sin anteojeras las debilidades de la democracia en las nacientes sociedades socialistas y nos hemos hecho más severamente críticos para deformaciones y violaciones de aquélla, que antes atribuíamos a razones que nos las hacían menos insoportables y nos llevaban hasta a justificarlas con arrogancia frente al adversario de clase.

Mas no abandonaremos las ideas revolucionarias del marxismo; las nociones de lucha de clases; el materialismo histórico y el materialismo dialéctico; la concepción de un proceso revolucionario de alcance mundial que acabe con el imperialismo, proceso comprendido no como la derrota de tal o cual país, sino la de un sistema social que cada vez es más nocivo para todos los países, incluso para aquellos a los que la historia permitió utilizar ese instrumento para darse un nivel de vida superior y un papel hegemónico sobre los demás. Y esa victoria sobre un sistema injusto tiene que detenerla cada pueblo, con su lucha propia.

Insisto en esto porque algunos de los que observan cambios en nuestras posiciones nos preguntan si no estamos retornando a las posiciones tradicionales de la socialdemocracia. E, incluso, dentro de nuestro movimiento no faltan acusaciones más o menos veladas en ese sentido.

¡No estamos volviendo a la socialdemocracia! En primer lugar porque no descartamos de ninguna manera la posibilidad de llegar al poder revolucionariamente, si las clases dominantes cierran los caminos democráticos y se produce una coyuntura en que esa vía sea posible. Cuando contemplamos concretamente la actual situación española los comunistas, conscientes de su complejidad, afirmamos con toda responsabilidad que es posible hoy pasar de la dictadura a la democracia sin un movimiento de fuerza. Es una ocasión histórica de las que no se repiten fácilmente. Y estamos convencidos, por las razones expuestas, que en la democracia puede abrirse la vía a un nuevo modelo de socialismo que mantenga y acrezca las libertades, sin negárselas a una oposición dispuesta a batirse en el terreno de juego del sufragio y de las instituciones representativas.

Pero la cuestión del papel de la violencia como partera de la historia, en tanto que cuestión teórica, no inventada por el marxismo pero recogida por él de la propia experiencia de las guerras y las revoluciones burguesas, de todo el proceso de la lucha de clases, conviene tratarla más ampliamente.

¿Es que cuando los partidos comunistas de los países capitalistas de Occidente nos pronunciamos por el socialismo en la democracia, estamos negando acaso esa experiencia, las afirmaciones teóricas de nuestros maestros e identificándonos a la socialdemocracia clásica?

Cierto que no. La violencia parió el orden burgués. Sin la gran revolución francesa de 1789, sin la «revolución gloriosa» de 1688 en Inglaterra, sin la revolución americana, y los cambios que las guerras napoleónicas introdujeron en las relaciones sociales extendiendo por todas partes el derecho burgués, no puede

concebirse el salto de la sociedad feudal a la sociedad burguesa', que representa un gran avance histórico. Pero el paradigma de la revolución burguesa es sin duda la gran revolución francesa, que destruye totalmente el viejo orden social e impregna de sus ideas, de un modo u otro, a otros países en un largo período histórico. Como escribe el historiador George Rudé, aludiendo a los efectos de 1789:

El resultado de todo ello fue una transformación tal de la Europa del antiguo régimen que raro fue el país al oeste de Rusia y Turquía y al norte de los Pirineos que al final de la era napoleónica y revolucionaria, en 1815, no hubiera sufrido profundas transformaciones en su sociedad y sus instituciones políticas. Algunos historiadores han llegado a la conclusión, a la vista de estos resultados y de los acontecimientos que le precedieron, de que la revolución francesa no fue un fenómeno único y particular, sino una mera fase de una convulsión mucho más amplia que se ha llamado la «Revolución occidental», «atlántica» o «mundial».

El mismo Rudé no comparte esos apelativos dados a la revolución francesa. Pero ésta alumbró indudablemente un período de revoluciones burguesas en los países para ellas más maduros, y fue la que alcanzó más indudable influencia y resonancia. Hasta los años 48 del siglo pasado la gran revolución francesa sigue nutriendo de sus ideas y objetivos las diversas revoluciones hechas por la burguesía. Pero en los años 48, una nueva clase, el proletariado, aparece en la palestra con sus propias pretensiones revolucionarias, y a partir de entonces para la burguesía la violencia revolucionaria se convierte universalmente en el más nefando de los crímenes. Así, Tocqueville que encontraba lógica la gran revolución burguesa de Francia y que formuló juicios que podrían dar que pensar a algunos de nuestros reformadores de hoy (como por ejemplo: «Sucede muy a menudo que un pueblo que ha soportado sin queja, como si no las sintiera, las leyes más

opresivas, las destroza violentamente tan pronto como se alivia su peso. En la cumbre de su poder el feudalismo no inspiró tanto odio a los franceses como lo hizo en la víspera de su desaparición. Las más ligeras arbitrariedades de Luis XVI parecían menos fáciles de soportar que todo el despotismo de Luis XIV») dijo después en un discurso del 27 de enero de 1848:

Observad lo que ocurre en el seno de esas clases obreras que actualmente, lo reconozco, se muestran tranquilas. Sin duda es cierto que no se agitan por pasiones políticas propiamente dichas, en la misma medida en que se agitaban antes. ¿Pero no habéis observado que sus pasiones, de políticas se han convertido en sociales? ¿No os dais cuenta de que, poco a poco, se propagan en su seno opiniones, ideas, que no tienden a derrocar tales leyes, tal ministro, tal gobierno, sino la misma sociedad, a resquebrajar las bases sobre las que se asienta hoy día? ¿Es que no os dais cuenta de que paulatinamente se afirma en su seno que la división de los bienes que hasta ahora ha reinado en el mundo es injusta, que la propiedad se basa en premisas que no son justas? ¿Y no creéis que cuando tales ideas penetran profundamente en las masas conducen tarde o temprano a la más temible de las revoluciones?

La «más temible de las revoluciones» asomó su rostro tras las ruinas del París sitiado por los prusianos, en 1870: era la Comuna, el primer poder de los trabajadores. Pero contra ella se unieron los adversarios irreconciliables hasta la víspera, los señores prusianos y la burguesía francesa, para aplastarla bajo la metralla y el fuego.

Sin embargo la Comuna había echado raíces profundas. La revolución proletaria había conseguido aparecer en la historia, aunque efímeramente y en precario. Las clases explotadas habían recibido una lección: que la violencia revolucionaria de las clases explotadas es un derecho sagrado, en determinadas condiciones, para manumitirse y poner fin a la violencia del poder

opresor; que lo mismo que la burguesía cuando era una clase revolucionaria la había utilizado para arrumbar la sociedad feudal, el proletariado tenía que apelar a ella para terminar con el sistema social capitalista y pasar al socialismo.

Marx y Engels, fundadores del socialismo científico, ligaron la idea de revolución a la de violencia revolucionaria. Y en aquellas condiciones históricas tenían razón. Sin la utilización de la violencia revolucionaria no se hubiera producido la gran revolución socialista de Octubre, que, cualesquiera hayan sido sus vicisitudes, ha representado para la victoria del socialismo mundial tanto o más que la gran revolución francesa para la victoria de la burguesía en su tiempo. Fue el sacrificio de los trabajadores rusos, la insurrección de Octubre, la guerra civil, el papel de los pueblos soviéticos en la] guerra antihitleriana, lo que abrió el camino a las revoluciones j posteriores, a la descolonización y a la liberación política 1 y económica de numerosos pueblos; a la derrota del fascismo, j y la preservación de la democracia. Claro que otros pueblos j han luchado y merecido su victoria; pero ésta ¿hubiera sido posible sin el antecedente de la gran revolución socialista de Octubre? ¿Hubiérase alcanzado jamás sin la violencia revolucionaria?

Y sin este antecedente, entre otros factores, *¿acaso sería posible a nosotros mismos proponemos hoy la marcha hacia un nuevo modelo de socialismo, por una vía democrática, ensanchando y acreciendo las libertades democráticas?*

Emilio Vandervelde, que fue presidente de la II Internacional y criticó, como tal, la revolución rusa ha escrito —no tengo a mano desgraciadamente el texto, pero recuerdo muy bien su sentido— que muchas de las conquistas sociales y políticas de la clase obrera en Occidente se debían al impacto producido en la burguesía de estos países por la victoria de la revolución rusa.

Por eso nosotros, que no podemos admitir en las condiciones presentes el lema de que «la piedra de toque del internacionalismo proletario es la actitud hacia la URSS» —con todo lo que

este principio en desuso significa— tampoco podemos dejar de ligar a la victoria de la gran revolución socialista de Octubre todos los cambios progresistas que se han desarrollado en el mundo y de considerarla como el punto de partida de las transformaciones revolucionarias que conducirán la humanidad al socialismo.

Una fase de violencia revolucionaria para romper la resistencia del sistema capitalista era indispensable, como lo fue a la burguesía para destruir el sistema feudal. Cuando Kautsky era aún marxista y sus opiniones tenían autoridad en el movimiento obrero revolucionario, se burlaba de los

socialdemócratas «para los cuales la revolución social hacia la cual marchamos no parece ser más que una transformación lenta, apenas sensible, aunque profunda, de las condiciones sociales, una transformación parecida a la que la máquina de vapor ha producido». (*El camino del poder.*)

LOS COMUNISTAS RUSOS NO TENÍAN OTRA OPCIÓN EN 1917 QUE TOMAR EL PODER

Es cierto que entonces la opinión existente en el campo marxista, siguiendo los análisis de Marx y Engels, es que la revolución se haría primero en los países capitalistas desarrollados.

Marx y Engels vivían y trabajaban en una época en que el proletariado moderno existía, como tal clase, principalmente en los países europeos occidentales y en América. El imperialismo, como sistema moderno, no se había formado aún aunque hubiese desde hacía mucho tiempo colonias y explotación colonial. Era muy difícil que concibieran el triunfo de la revolución socialista primeramente, en otros países que no fueran los citados. A partir de esta premisa hubo un tiempo en que era generalmente aceptado que «solo allí donde el sistema de producción capitalista ha alcanzado un alto grado de desenvolvimiento, las condiciones

económicas permiten la transformación por el poder público de la propiedad capitalista de los medios de producción en propiedad social». (*El camino del poder.*)

¿Pero cuál es el grado de desarrollo concreto que tiene que alcanzar el desenvolvimiento capitalista, para considerarlo suficientemente alto?, y por otra parte ¿la toma del poder por el proletariado tiene que coincidir matemáticamente con el momento en que esa base material está en su punto óptimo?

Las cosas en la historia ¿pasan de manera tan ideal? ¿O por el contrario lo que algunos marxistas librescos han considerado como *una anomalía de la historia*, la toma del poder en **1** octubre de 1917, ¿no corresponde más al elemento de azar, de coyuntura, al imponderable que en ocasiones interviene preponderantemente en la historia?

En algunos de sus escritos Marx y Engels demostraron **j** que veían de una forma mucho menos mecánica que algunos de sus seguidores esta cuestión. En el *Manifiesto Comunista* escribían lo siguiente:

Las miradas de los comunistas convergen con especial interés hacia Alemania, pues no desconocen que este país está en vísperas de una revolución burguesa y que esa sacudida revolucionaria se va a desarrollar bajo las propicias condiciones de la civilización europea y con un proletariado mucho más potente que el de Inglaterra en el siglo XVII y el de Francia en el XVIII, razones todas para que la revolución alemana burguesa que se avecina no sea más que el prelude inmediato de una revolución proletaria.

No tengo al alcance de la mano datos precisos sobre el desarrollo del capitalismo en la Alemania de 1848, pero resulta evidente que éste no era aún demasiado alto como para contar con una revolución proletaria, que no estuviera sostenida por los campesinos y las capas pequeño-burguesas y en efecto Marx y Engels

contaban con éstas.

Cierto que Marx y Engels se equivocaron en cuanto a la posibilidad de una transformación rápida de las revoluciones burguesas en proletarias, en los años 48. El compromiso entre las capas altas de la burguesía y los restos del antiguo régimen condujo a la derrota de los obreros que, en el curso de ellas, sobre todo en Francia, levantaron sobre las barricadas su propia bandera socialista.

Pero incluso en esos países, entonces —dejando aparte Gran Bretaña donde no se produjo revolución— los más adelantados industrialmente, dado el desarrollo real de los medios de producción, una revolución socialista, ¿no hubiese resultado también una aparente *anomalía histórica*? En aquella época el proletariado no formaba la mayoría de la población en ninguno de los estados del continente.

Marx y Engels, que no habían podido estudiar —por razones obvias— el sistema del imperialismo —como lo estudió más tarde Lenin— no veían sin embargo la revolución socialista como el cumplimiento inexorable de una serie de reglas predefinidas obligatoriamente por un nivel preciso del desarrollo capitalista.

Kautsky escribe en *El camino del poder* que Engels y Bebel:

...fundándose en la experiencia de casi todo un siglo, desde 1789 a 1871, continuaban alimentando la esperanza de una próxima revolución que no sería, naturalmente, aún su obra exclusiva [la del proletariado], sino la de la pequeña burguesía y del proletariado, revolución que éste dirigiría dada su acrecentada importancia.

Años más tarde, después de haber sometido a cierta crítica planteamientos anteriores que consideraban la revolución más inminente de lo que en realidad estaba, Engels seguía pensando

que la revolución podía sobrevivir sin ajustarse al «horario histórico». En relación con esto el mismo Kautsky cuenta que:

En 1891, Engels pensaba todavía que una guerra sería para nosotros una desgracia, pues *entrañaría una revolución* y nos llevaría prematuramente al poder. Creía que el proletariado podía aún durante algún tiempo, sirviéndose de las instituciones políticas existentes, hacer progresos más positivos que corriendo los riesgos de una revolución provocada por la guerra.

Kautsky no cita las fuentes concretas en las que fundamenta la opinión atribuida a Engels —y yo no tengo ahora a mano la posibilidad de buscarlas—. Pero aunque en 1891 Engels pensara realmente que era mejor esperar un momento en que la revolución hubiese madurado materialmente más, consideraba, según se deduce de lo dicho por Kautsky, que la guerra *entrañaría una revolución* y que el proletariado tendría que ocupar el poder *aunque fuese prematuramente*.

Es curioso que Kautsky —probablemente de los teóricos conocidos el más apegado a la idea de la imprescindibilidad de un *alto grado de desarrollo* del sistema de producción capitalista para pasar al socialismo— cuando escribe sobre esta opinión de Engels, lo hace en un momento (1909) en que, según él, «la situación ha cambiado»:

El proletariado ha hecho suficientes progresos como para poder encarar una guerra con más calma. Y no sería ya el caso de una revolución prematura, pues el proletariado ha sacado de las instituciones políticas actuales toda la fuerza que le podían dar...

Para más tarde, en 1918, en el momento en que el proletariado ruso, en las condiciones de la guerra imperialista y del hundi-

miento del régimen zarista, ha tomado el poder, contradecirse a sí mismo y contradecir a Engels, criticando a los bolcheviques por haberlo hecho.

Es decir, cuando Lenin en 1917 lleva a la clase obrera a la revolución y a la toma del poder, aunque las condiciones del desarrollo capitalista en Rusia y la ruina provocada por la guerra sean un terrible handicap para realizar el socialismo —handicap que Lenin y los bolcheviques reconocen— está haciendo algo cuyas circunstancias y peligros había visto ya Engels, sin por ello desecharlo.

Se puede discutir sobre los problemas del socialismo venido en esas condiciones, sobre los peligros que objetivamente conlleva; de lo que no hay duda es de que los comunistas rusos y la clase obrera no tenían otra opción que tomar el poder,- e intentar, con ayuda de la revolución europea o sin ella, sentar los fundamentos de una nueva sociedad.

Los socialdemócratas, que se apoyaron un tiempo teóricamente en Kautsky, no tuvieron razón contra los bolcheviques. Se habían colocado al lado de sus propias burguesías durante la guerra imperialista, habían traicionado los ideales del socialismo y de la Internacional y continuaron la misma trayectoria poniéndose al lado de la burguesía contra la revolución de Octubre. Así como los comunistas reivindicamos la gran revolución socialista de Octubre en tanto que punto de partida hacia una nueva sociedad mundial, sin explotados ni explotadores, igualitaria y fraternal, los socialistas de hoy difícilmente pueden reivindicar y hacer suyo el pasado de la socialdemocracia si quieren ser efectivamente *socialistas*.

SOBRE LA DICTADURA DEL PROLETARIADO

Cabe terminar tratando el tema *de la dictadura del proletariado*, concepto del que, en unas u otras formas, buen número de partidos comunistas de Occidente se han desvinculado.

La razón de que el término *dictadura*, en sí mismo, se haya hecho odioso a lo largo de este siglo, que ha conocido las dictaduras fascistas y reaccionarias más abominables, entre ellas la de Franco, los crímenes del stalinismo —es decir, los fenómenos de corrupción de la dictadura del proletariado—, los vicios del totalitarismo de uno u otro signo, es suficiente para justificar la renuncia a la utilización política de ese término.

Pero si nos limitásemos a eso nuestros adversarios tendrían razón al acusarnos de tacticismo interesado y superficial, o en otro caso de volver simplemente a posiciones socialdemócratas.

Es claro que las razones son de un tipo mucho más serio y profundo y hay que reconocer que, en general, han sido enunciadas pero nunca suficientemente explicitadas —a mi conocimiento— desde un punto de vista marxista serio. Debo reconocer que al intentar abordar el tema me siento demasiado pequeño ante su magnitud. Yo no me tengo, ni mucho menos, por un teórico, sino por un modesto político marxista. Precisamente en tanto que *político marxista* no puedo sentirme tranquilo y satisfecho desarrollando una posición política, que considero *no ya más rentable, sino más justa*, sin intentar darla una fundamentación de principios, marxista. Soy consciente de que en un terreno bastante inexplorado, como es éste, me expongo a errores, sin hablar ya de los intentos de mixtificar y falsificar mis razonamientos para desacreditar no tanto a mí, como a toda actitud *no*

conservadora de dogmas que algunos dan por consagrados para justificar su inmovilismo, que también en nuestro campo hay inmovilistas.

Por lo que hace a los errores que puedan encontrar quienes trabajen seriamente y con más conocimiento que yo por el desarrollo del marxismo y la puesta al día de la lucha por el socialismo, estoy abierto a todas las críticas que se me hagan en esa dirección y desde ahora reconozco con humildad que probablemente habrá razones para muchas. Con este trabajo yo no comprometo más que mi opinión y mi responsabilidad personal, aunque esté hecho con la voluntad de fundamentar la estrategia del Partido Comunista español.

Palmiro Togliatti, que entre los dirigentes comunistas fue sin duda el que comenzó a abordar más profundamente estos problemas, subrayaba ya que la elaboración de la vía democrática al socialismo, con su propia originalidad histórica, exigía, junto a una acción política práctica, una seria labor de investigación teórica.

Quiero empezar sentando la afirmación de que aunque Marx y Engels hayan utilizado públicamente sólo en ocasiones contadas la expresión *dictadura del proletariado*, no puede compartirse la opinión reformista de quienes atribuyen esto casi a un azar redaccional, a una fórmula fortuita sin gran trascendencia, como podría deducirse del folleto de Kautsky *La dictadura del proletariado*, en el que se habla irónicamente de «*las palabritas "dictadura del proletariado" que Marx había utilizado una vez en 1875 en una carta*».

El mismo Kautsky, en su libro *Camino del poder*, unos años antes, escribía precisamente lo contrario y refiriéndose a Marx y a Engels:

...No es menos cierto que han creado la expresión *dictadura del proletariado*, por la cual Engels luchaba todavía en 1891,

poco tiempo antes de su muerte, expresión de la hegemonía política exclusiva del proletariado como la única forma bajo la cual éste ejerce el poder.

Pretender, como algunos han hecho —al final el mismo Kautsky entre ellos—, que Lenin aprovechó una «palabrita» para montar toda una concepción es negar el pensamiento de Marx y Engels.

MARX Y ENGELS SOBRE EL ESTADO

Louis Althusser refiriéndose a la teoría marxista del Estado la califica de «descriptiva», dando a entender por este término que se trata del *comienzo de la teoría*, un comienzo «que nos da lo esencial» de ella pero que requiere un *desarrollo ulterior*. A mi juicio esto es real ya incluso en el mismo proceso de pensamiento de Marx y Engels, que van avanzando en la definición de su teoría, en una serie de pasos sucesivos, aunque ya en los primeros esté mucho de lo esencial. Pero es real también por el hecho mismo de las modificaciones que va introduciendo en las estructuras del Estado capitalista de hoy, la dimensión y la complejidad creciente de las funciones por él asumidas.

Sin pretender entrar en un examen exhaustivo y profesoral de la obra de Marx, desde sus primeros trabajos de crítica a Hegel, que presenta el Estado como «la realidad de la idea moral», como «la imagen de la realidad y la razón», idealizando a la monarquía prusiana, Marx defiende por un lado la democracia política, pero aborda ya rasgos esenciales de la relación entre el Estado y la sociedad civil, del papel del Estado en general.

En la Crítica de la filosofía del Estado de Hegel (1843), Marx escribe:

En la monarquía, la totalidad, el pueblo, es clasificado en uno de sus modos de existir: la contribución política; en la demo-

cracia, es la *contribución misma* la que aparece simplemente como *una* determinación única, es decir, como la autodeterminación del pueblo. La democracia es el *enigma* descifrado de todas las constituciones. Por tanto, monarquía y democracia se caracterizan ambas por la *constitución*, pero mientras que en la monarquía (de antiguo régimen), la constitución es *algo no formado* (piénsese, por ejemplo, en las cartas otorgadas), y que, por tanto, subordina al pueblo —*el todo real*— a sí mismo como una determinación *suya* (de ahí, por ejemplo, la inessentialidad del sufragio popular), en la democracia (en cuanto Estado totalmente *laico y terrestre*) la constitución se subordina al pueblo como una de sus determinaciones, como *una* de las esferas de la vida y de la actividad del pueblo. Este aparece, por ello, como el soberano *real*, y como la totalidad real.

En un momento en que en España ciertos políticos, procediendo como en una monarquía del «antiguo régimen», es decir, del régimen preburgués, parecen pensar en que una constitución *otorgada* va a satisfacer los anhelos de democracia del pueblo, tiene interés esta diferenciación que ya en 1843 —casi hace siglo y medio— establece Marx entre esa forma y la de la democracia.

Es interesante también, a efectos de razonamientos que vendrán posteriormente, tener en cuenta que en el mismo trabajo Marx apunta la idea de que en una *democracia auténtica*, la constitución deja de ser *puramente política*, idea que hay que interpretar, a mi juicio, a la luz de sus opiniones posteriores sobre la extinción del Estado en la sociedad sin clases, y a la asimilación que se hace en el *Manifiesto Comunista* entre «elevación del proletariado a clase dominante» y «conquista de la democracia». Se puede relacionar también con esto la idea expuesta por Engels según el cual la revolución proletaria «*implantaría ante todo un Estado democrático y dentro de él, directa o indirectamente, el régimen político del proletariado*».

Que Marx y Engels, en otros momentos, critiquen severamente la «democracia burguesa» y que incluso al referirse a la demo-

cracia pongan el acento en esa crítica y eviten la identificación que por lo menos hasta el *Manifiesto* —aún sin profundizar en una explicación— hacen entre poder de los trabajadores y democracia, viene entre otras cosas —en mi opinión— de que a partir de las revoluciones de 1848, la burguesía se esfuerza por vaciar el concepto *democracia* de cuanto tiene de creación de las masas populares revolucionarias y empieza a utilizarla contra las aspiraciones del proletariado y hasta como cobertura de sus compromisos con los residuos del antiguo régimen. Es decir, en un momento histórico en que el proletariado empieza a afirmarse como clase independiente, a romper la tutela que sobre él ha ejercido la burguesía y en el que la formación del partido proletario exige poner el acento en lo que diferencia a una clase de otra, y particularmente en el problema de la propiedad y del contenido del poder de Estado y en la lucha intransigente, radical, contra la ideología burguesa, y contra la especulación «*democrática*» que la burguesía hace para defender y justificar la explotación. De todas formas en la *Crítica de la filosofía del Estado de Hegel*, Marx descubre ya con gran claridad el contenido real ; del Estado:

La propiedad, etc., en pocas palabras todo el contenido del derecho y del Estado, con pequeñas diferencias, es casi el mismo en América del Norte que en Prusia. Allá la República es una simple forma del Estado, como entre nosotros lo es la monarquía.

En La cuestión judía insistiendo sobre la esencia del Estado, escribe:

El límite de la emancipación política se manifiesta inmediatamente en el hecho de que el *Estado* puede liberarse de un límite sin que el hombre se libere realmente de él y que el Estado puede ser un *Estado libre* sin que el hombre sea un

hombre libre.

Y en 1844, Marx y Engels en *La sagrada familia* afirman que el Estado democrático moderno:

...Se basa en la esclavitud emancipada, en la sociedad burguesa, la sociedad de la industria, de la competencia general, de los intereses privados que persiguen libremente sus fines, de la anarquía, de la individualidad natural y espiritual enajenada de sí misma.

Pero es seguramente en el *Manifiesto Comunista* (1848) donde por primera vez se expresa de manera más terminante la idea básica del marxismo de que el Estado —todo Estado— es el instrumento de la dominación de una clase sobre otra; de que para transformar la sociedad el proletariado tiene que conquistar el poder del Estado, y de que éste desaparece, se extingue como consecuencia de la emancipación de los trabajadores y, con ella, de la desaparición de las clases.

El primer paso de la revolución obrera es la *elevación del proletariado a clase dominante, la conquista de la democracia* —dice el *Manifiesto*—, Esto naturalmente no podía cumplirse al principio más que por una *violación...* del derecho de propiedad y de las relaciones burguesas de producción.

Una vez que en el curso del desarrollo hayan desaparecido las diferencias de clase y se haya concentrado toda la producción en manos de los individuos asociados, el poder público perderá su carácter político. El poder político, hablando propiamente, es la violencia organizada de una clase para la opresión de otra.

El *Manifiesto Comunista* resume ya la esencia de la teoría marxista sobre el Estado, la que, en grandes rasgos, sigue siendo válida hoy para los comunistas y para todos los socialistas que

quieran transformar realmente la actual sociedad capitalista, por medios democráticos.

El Estado, incluso en los países democráticos, es en última esencia un instrumento de la hegemonía de una clase, del papel dominante de una clase, en la sociedad. Hasta en los países donde hay más libertades, el Estado es la violencia organizada de una clase para la opresión de otra.

La experiencia del fascismo —y nosotros los españoles lo hemos sufrido largo tiempo en nuestra propia carne— muestra el aspecto más extremo, más intolerable, más repulsivo de un Estado. En el fascismo la arbitrariedad no tiene límites; el crimen, la tortura, la destrucción física del oponente, la anulación de todo papel activo de las clases y grupos sociales que no son estrictamente los dominantes, la corrupción y el latrocinio, el desprecio a la cultura y su envilecimiento, la ausencia de toda regla ética y moral, son las leyes imperantes en la vida corriente. El fascismo es la forma más odiosa de la dominación de clase del capital monopolista en alianza a veces

con los residuos semif feudales que subsisten en la sociedad.

En la lucha contra el fascismo los comunistas y otras gentes hemos confirmado que las libertades democráticas, incluso con todas las limitaciones y restricciones aplicadas en la sociedad burguesa, tienen un valor real que no puede subvalorarse.

Quizás habiendo vivido esa siniestra experiencia hemos comprendido mejor que *la democracia no es una creación histórica de la burguesía*, como hemos llegado a pensar en los momentos en que nuestra obsesión era ante todo desmarcarnos del «democratismo burgués» y afirmar la posición y la ideología de clase de los trabajadores frente a él.

Hay que decir que la experiencia de la lucha contra el fascismo nos ha llevado también a reaccionar cada vez más críticamente frente a la degeneración del sistema soviético conocida por el «stalinismo», y sus consecuencias de todo orden. Y a mirar con

grandes reservas lo que podríamos calificar de «totalitarismo socialista».

En realidad, la democracia con unas u otras formas es anterior a la existencia de la burguesía como tal y sobrevivirá a la sociedad de clases, al Estado, al socialismo... Incluso en el comunismo, la democracia, entendida en el sentido de la participación activa de *todos* en la administración de la sociedad, seguirá siendo un valor irrenunciable, o por mejor decir, adquirirá su más plena y completa realización.

Las revoluciones burguesas —y su ejemplo más clásico, la francesa— tenían que incorporar las reivindicaciones democráticas a su programa, porque sin el apoyo del pueblo, de las clases trabajadoras, de los sectores más humildes de la sociedad, carecían de fuerza suficiente para destruir la dominación feudal. Y el pueblo no se hubiera batido para llevar al poder a la burguesía, sin el aliciente de las libertades. Lo que no está en contradicción con el hecho de que la burguesía necesitaba, ella misma, algunas de esas libertades para su desarrollo social y para conservar en una cierta época su poder.

Pero no podemos ignorar que las libertades democráticas son la gran aportación de las fuerzas populares más progresistas a dichas revoluciones. Y no es casual que a lo largo de la historia contemporánea sea siempre el pueblo, y a su cabeza los trabajadores, quienes más se batían por las libertades, quienes con más frecuencia dan su vida por ellas.

Tampoco es un azar, un descuido de Marx y Engels si en el *Manifiesto* —y en otros trabajos— llegan a identificar «*elevación del proletariado a clase dominante* » con «*conquista de la democracia*».

Con la intención de volver más adelante sobre esta cuestión, lo que me interesa subrayar aquí es que, en efecto, incluso en las sociedades burguesas más democráticas el Estado «es la violencia organizada de una clase». Tomemos cualquiera de los Esta-

dos de Europa occidental —¿y no hablemos de los EE.UU.!—, ¿qué vemos en ellos? Cuando la clase obrera y los sectores progresistas defienden sus derechos, reclaman nuevas conquistas sociales, económicas o políticas, ¿con qué chocan? Con todo un entramado de códigos y leyes concebidas para conservar a toda costa los privilegios de la clase dominante, el sistema de propiedad capitalista, que permiten encarcelar y condenar a los que tratan de lograr cambios. Con toda una organización burocrática estatal establecida para defender aquellos privilegios. Y en último término con la fuerza pública, dotada cada vez de medios más sofisticados y superentrenados para aplastar cualquier conato de protesta.

El poder del Estado posee además medios poderosos, directos o indirectos, para condicionar y reducir las libertades esenciales. Cuando un gobierno recorta caprichosamente, por ejemplo, los distritos electorales, para alterar el resultado real del sufragio universal, puede parecer que no hace violencia más que al papel en que se recoge el mapa administrativo del país, pero en realidad está cercenando brutalmente el derecho de amplios sectores de ciudadanos a hacerse representar democráticamente en los organismos representativos. Cuando radio y televisión penetran hasta en el último hogar, con una información y una propaganda orientadas desde el poder, aparentemente no realizan ningún acto de violencia; en realidad están practicando una especie de lobotomía en el cerebro de millones de personas, amputando sus posibilidades de reflexionar y de autodeterminarse libremente.

La misma repartición de los créditos de Estado —¿quién pensaría en la violencia en este caso?— es una forma de desposeer a unos en favor de otros; a veces de sembrar la ruina y la desolación en unos sectores para privilegiar a reducidos grupos del capital monopolista. En la práctica, la lucha contra estas decisiones —como estamos viendo no ya sólo en una serie de conflictos obreros, sino también en otros que afectan a los campesinos y a los pequeños productores— no está exenta a veces incluso de violencias sangrientas.

En el Estado capitalista más democrático todo está ordenado para defender los intereses de la clase dominante. Para colmo, en la época presente, las multinacionales y las potencias imperialistas, subrepticia y secretamente intervienen en países ajenos contra los movimientos democráticos y de liberación y contra los gobiernos que tratan simplemente de defender la soberanía nacional, entreteniéndose en enormes servicios secretos, en cuya panoplia figuran las más diversas armas del crimen y de la corrupción. Aunque sea dudoso que lo que se está revelando sobre la CIA refleje la actividad real de ésta, sino en una mínima parte, tal parte ya es sin embargo suficiente para apreciar a qué grado de violencia son capaces de llegar *los modernos aparatos de Estado*.

No hablemos ya de las guerras de agresión mantenidas por el imperialismo norteamericano en el Vietnam y contra los demás pueblos de Indochina. En ese caso nos hallamos ante el ejemplo de un Estado capitalista que se atribuye el derecho a utilizar la violencia no sólo contra las clases oprimidas de su país, sino para avasallar y explotar pueblos enteros, igual que lo han hecho hasta muy recientemente todos los imperios coloniales.

Evidentemente la concepción de Marx y Engels sobre el Estado en general sigue siendo totalmente justa.

Y no se puede pensar en transformar la sociedad sin alcanzar el poder del Estado, sin que los trabajadores se eleven a la condición de fuerza hegemónica en la sociedad, en detrimento del capital monopolista, y al servicio de *todos* los que viven de su trabajo.

La cuestión es determinar si esto es posible, sin alterar las reglas de la democracia, cambiando el contenido de instituciones democráticas tradicionales, completando éstas con nuevas formas que expandan y afirmen todavía más la democracia política. Los comunistas españoles y otros partidos de los países capitalistas desarrollados afirmamos que *esto es posible*. El alegato de que *no hay todavía ni un solo ejemplo* de hegemonía de los trabaja-

dores bajo estas formas carece de todo valor científico. Corresponde a la concepción dogmática, conservadora, de que *las cosas siempre serán igual*, tantas veces desmentida por la historia. Las cosas no tienen por qué ser siempre iguales y en definitiva no son siempre iguales, aunque en determinadas condiciones históricas lo hayan sido.

¿POR QUÉ EL CONCEPTO DICTADURA DEL PROLETARIADO?

Entonces, ¿qué hacemos con el concepto *dictadura del proletariado*? y ¿por qué surge ese concepto que Marx en la carta a Weydemeyer subraya como uno de sus *descubrimientos* esenciales?

La cuestión que se plantea, en esencia, es si los trabajadores de los países capitalistas desarrollados pueden imponer su hegemonía sin apelar a la dictadura del proletariado, es decir, a un período más o menos largo de transición durante el cual son suprimidos los derechos políticos de las clases derrotadas y de sus sostenedores.

Me parece evidente que en los tiempos de Marx y Engels, incluso en los países más desarrollados, el sector del proletariado consciente que en una crisis revolucionaria podía hacerse cargo del poder (y en la mayor parte de los países, el I proletariado como tal) era una minoría de la población que sólo podía tomar aquél por la fuerza de las armas y conservarlo y comenzar la transformación de la sociedad, *por la fuerza*, es decir, por la *dictadura*.

En la misma situación se encontraron los comunistas rusos en 1917, cuando su proletariado, muy concentrado y el más consciente y revolucionario del mundo, constituía una ínfima minoría de la población, «una gota en un océano de pequeña burguesía» predominantemente campesina.

En tales condiciones la noción de *dictadura del proletariado* no era un simple sinónimo de *hegemonía del proletariado*, de *dominación social* del proletariado; la noción de *dictadura* era el medio inevitable para llegar a consolidar *la hegemonía*, *¡ la dominación social* del proletariado. Marx, Engels y Lenin fueron conscientes de esta realidad.

Pero en los países desarrollados de Europa y el mundo *¡* capitalista los trabajadores constituyen hoy la gran mayoría *¡* de la sociedad; y las fuerzas de la cultura, con su gran *¡* significación ideológica y su elevado peso numérico, van acercándose a las posiciones de la clase obrera. Es evidente que tal situación es muy diferente de aquellas en las que Marx, Engels y Lenin consideraban necesaria la *dictadura del proletariado*. *¡*

Es después de la Comuna de París cuando Marx y Engels hablan de *dictadura del proletariado*, sobre la base de una experiencia concreta y seguramente teniendo también en cuenta la lección de las revoluciones burguesas en las que esta clase implantó su dictadura y no vaciló en utilizar el terror.

Aludiendo a la Comuna escribe Engels algo que en sí constituye una definición de la dictadura del proletariado:

Una revolución es, indudablemente, la cosa más autoritaria que existe; es el acto por medio del cual una parte de la población impone su voluntad a la otra parte por medio de fusiles, bayonetas y cañones, medios autoritarios si los hay; y el partido victorioso, si no quiere haber luchado en vano, tiene que mantener este dominio por el terror que sus armas inspiran a los reaccionarios. ¿La Comuna de París habría durado acaso un solo día, de no haber empleado esta autoridad del pueblo armado frente a los burgueses? ¿No podemos, por el contrario, reprocharle el no haberse servido lo bastante de ella? (Del artículo de Engels, «De la autoridad».)

Y Marx, en su artículo «El indiferentismo político», refiriéndose

también a la Comuna dice:

...Si los obreros sustituyen la dictadura de la clase burguesa con una dictadura revolucionaria... para vencer la resistencia 'de la burguesía... dan al Estado una forma revolucionaria y transitoria.

Los comunistas no renegamos de ese legado teórico cuando pensamos que hoy existen otras vías y otras formas para establecer la hegemonía de los trabajadores en la sociedad y para llegar al poder político.

Leyendo hoy la polémica entre Lenin y Kautsky —*Dictadura del proletariado* y *La revolución proletaria y el renegado Kautsky*—, nuestra aprobación va sin vacilar a las posiciones de Lenin.

No se puede negar que en el trabajo de Kautsky hay ciertos razonamientos abstractos, generales que, considerados intemporalmente, pueden parecer razonables, relacionados con el valor de la democracia para el proletariado y con la importancia del desarrollo capitalista para la creación de una economía socialista.

Pero teniendo en cuenta las circunstancias concretas de la época —el trabajo se publica en Viena *en 1918*, en plena intervención de las potencias de la Entente y en plena guerra civil en Rusia, en medio de la crisis producida en toda Europa por la primera guerra mundial, del hundimiento de varias monarquías, de sublevaciones y revueltas que conmueven al continente— la *Dictadura del proletariado* de Kautsky resulta, ante todo, una justificación hábil de la traición de la socialdemocracia pasando al campo de sus respectivas burguesías durante la guerra y manteniéndose al lado de ellas frente a la marea revolucionaria. Y esto lo hace el hombre que en 1909 afirmaba que *en un Estado tan industrial como Alemania o Inglaterra, el proletariado tendría desde hoy la fuerza para conquistar el poder y las condiciones económicas*

le permitirían, desde luego, servirse de él para sustituir la producción capitalista por la producción social». (El camino del poder.) El mismo Kautsky que a esto añade: «se aproxima de un modo amenazante la guerra universal; y la guerra es la revolución... Y no sería ya el caso de una revolución prematura...». ¡Con harta razón Lenin le considera un renegado! Si hubiera sido consecuente con sus ideas ¿no hubiera debido encararse con la socialdemocracia europea y pedirla cuentas, en vez de hacerlo con los comunistas rusos, que, ellos sí, están haciendo la revolución y esperan el apoyo de la clase obrera de la Europa desarrollada?

En la Rusia de 1917 la opción no se plantea entre dictadura proletaria o democracia; la opción está planteada entre el retorno a una dictadura militar, autocrática, con un baño de sangre bestial que hubiera dejado en mantillas a la represión de la Comuna por los versalleses o la dictadura del proletariado. Quien tiene la fuerza no es la Asamblea Constituyente, que los militares contrarrevolucionarios hubieran disuelto con tanta o más facilidad que los bolcheviques; la fuerza la tienen por un lado los soviets, por otro los generales zaristas. Ahí está la opción y entre uno u otro hay que escoger.

Sin embargo, Kautsky se abstrae de esa realidad y plantea la contradicción democracia-dictadura, como si estuviese en otro planeta.

Para él, los enfrentamientos entre los bolcheviques y otros grupos parece como si fuesen simples justas parlamentarias; como si en Rusia no hubiese una guerra sin cuartel, a vida o muerte y esos grupos no estuvieran relacionados con los contrarrevolucionarios y con la Entente, participando en los gobiernos locales creados por éstos, en la represión que contra los comunistas se lleva a cabo en esas zonas. Todo ello en medio del hambre y dé la ruina en que ha quedado el país.

«¿Por qué ha de ser la democracia un medio ineficaz para alcanzar el socialismo?», se pregunta Kautsky como si en Rusia

hubiera democracia, como si ya en julio de 1917 el gobierno «democrático» de Kerenski no hubiera sido salvado a última hora por los comunistas, que salen de la cárcel —en la que los había encerrado Kerenski mismo— para empuñar las armas y derrotar, a la cabeza de los obreros de Petrogrado, al general Kornilov.

Kautsky se contradice diversas veces a sí mismo. Afirma que «la voluntad de lograr el socialismo es la primera premisa para su implantación». Pero añade que esa «voluntad es creada por la gran empresa». E insiste: «Esta voluntad surge por primera vez en las masas allí donde la gran empresa está ya muy desarrollada». «El socialismo partirá de las ciudades, de la industria, pero no de la agricultura.» Del partido obrero, capaz de crear en las masas la voluntad de lograr el socialismo, ni palabra. Todas esas frases eran muy bonitas, muy científicas en apariencia.

Pero Kautsky olvidaba que la historia pone con frecuencia el carro delante de los bueyes. Que el imperialismo, siendo un sistema único, encerraba tal cantidad de contradicciones que la revolución podía romper por sus eslabones más débiles.

Y en Rusia las cosas pasaron un poco al revés de lo previsto en] los libros: el proletariado tomó primero el poder y después | construyó las grandes empresas. En China el campo —dirigí- i do, es cierto, por la vanguardia obrera— rodeó y conquistó las { ciudades. En Yugoslavia y en Cuba, salvando todas las diferencias, pasó algo semejante, y en Vietnam.

El socialismo ha triunfado en países predominantemente \ agrícolas primero, porque la vanguardia revolucionaria supo combinar las contradicciones de clase con toda suerte de contradicciones propias al imperialismo. Habrá quien juzgue ésta como una anomalía de la historia. Y es seguro que si el socialismo hubiese triunfado antes en los países avanzados sus resultados hubieran sido más tangibles y atractivos, más | pronto, para toda la humanidad. Probablemente no hubiéramos conocido las insuficiencias, deformaciones y hasta degeneraciones que se han

producido, aunque no resulta evidente que hubiéramos evitado otras —el mismo Engels entreveía algunas posibles cuando pensaba que el triunfo vendría ¡ primero en los países desarrollados—.

j

En todos los países donde los trabajadores han puesto fin a la explotación capitalista hasta hoy, lo han hecho a consecuencia de guerras desastrosas provocadas por el imperialismo, por medio de la lucha armada, en países que —con excepción de Checoslovaquia— desconocían en absoluto la democracia, y algunos de los cuales salían del colonialismo, y hasta de regímenes de feudalismo asiático. Algunas eminencias de los países desarrollados se desesperan elegantemente i ante lo que más que partos les parecen abortos de la historia. Pero si la historia ha marchado así, y no con arreglo a planes de gabinete, ¿qué podemos hacer?

Para mí está fuera de duda que la *dictadura del proletariado* ha sido una necesidad histórica ineludible, igual que lo ha sido la violencia revolucionaria. Añadiría que un instrumento semejante podría ser aún necesario en algunos países no desarrollados, donde la revolución sobrevenga como consecuencia de la respuesta a las agresiones armadas del imperialismo o a regímenes de terror y violencia que en uno u otro momento caigan en crisis, se enfrenten con la mayoría de la sociedad y se resistan a ceder la plaza.

En cambio estoy convencido de que la dictadura del proletariado no es el camino para llegar a establecer y consolidar la hegemonía de las fuerzas trabajadoras en los países democráticos de capitalismo desarrollado. En la primera parte de este ensayo ya he tratado de explicar por qué. Estoy convencido de que en estos países el socialismo no sólo es en definitiva la ampliación y desarrollo de la democracia, la negación de toda concepción totalitaria de la sociedad, sino que el camino para llegar a él es el de la democracia, con todas las consecuencias.

A estas alturas y a riesgo de ser acusado de hereje estoy convencido de que Lenin no tenía razón más que a medias cuando

proclamaba:

La transición del capitalismo al comunismo no puede, naturalmente, por menos de proporcionar una enorme abundancia y diversidad de formas políticas, pero la esencia de todas ellas será, necesariamente, una: *La dictadura del proletariado*.

No tenía razón más que a medias, porque la esencia de todas las diversas formas políticas de transición al socialismo es, tal como podemos juzgar hoy, *la hegemonía de los trabajadores, mientras que la diversidad y la abundancia de formas políticas entraña igualmente la posibilidad de no ser necesaria la dictadura del proletariado*.

Esta discusión no es nueva en el movimiento comunista. En los años 46 y 47, si no recuerdo mal, debió haber, aciertos niveles muy elevados, y sin la participación de la mayor parte de los partidos comunistas, por lo menos intercambios de puntos de vista sobre la posibilidad de que las democracias populares —entonces pluralistas— pasaran del capitalismo al socialismo sin dictadura del proletariado. En ciertos medios de nuestro movimiento se dijo que Dimitrov había sostenido esa teoría y que Stalin la había rechazado. Lo cierto es que durante un período nadie calificaba las democracias populares de dictaduras del proletariado, que luego se empezó a decir de ellas que «cumplían las funciones de la dictadura del proletariado» y que más tarde se les aplicó ya abiertamente este concepto.

Cabe recordar también que en ciertos momentos algunos teóricos soviéticos han hablado de Egipto como de un país donde se llevaban a cabo transformaciones socialistas, y que sepamos nunca ha habido en Egipto nada que pueda ser asimilado a una dictadura proletaria.

Por consiguiente considero lógico que los partidos comunistas y socialistas del Occidente capitalista desarrollado establezcan no ya su táctica, sino toda su estrategia sobre la base del juego

democrático. Y cuando afirmamos esto y renunciamos en nuestros países a la dictadura del proletariado ni somos el lobo que se cubre con piel de cordero para disimular sus torvos propósitos, ni renunciamos al marxismo revolucionario para alinearnos sobre posiciones socialdemócratas. Es cierto que nuestros adversarios, me refiero a los defensores a ultranza del sistema capitalista, nos acusarán siempre de maquiavelismo, en el sentido peyorativo del término. También es posible que ciertas gentes que no podemos considerar socialmente como adversarios tarden en comprendernos, y nos critiquen desde *la derecha o la izquierda*. A nosotros corresponde explicarnos cada vez con más claridad, profundizando en la elaboración y popularización de nuestra estrategia, considerando esta labor como un componente de nuestra vía democrática.

En realidad la falta de «fiabilidad» democrática de los comunistas entre ciertos sectores de la población en nuestros países, está ligada más que a nuestra propia actividad, que a nuestra política, al hecho de que, en países donde ha desaparecido la propiedad capitalista, la dictadura del proletariado ha sido implantada con un sistema de partido único, como regla general, y ha sufrido graves deformaciones burocráticas, e incluso procesos degenerativos muy graves.

Y lo contradictorio es que durante muchos años, haciendo nosotros en la práctica una política democrática, hemos asumido y defendido aquel modelo, como si fuera el nuestro, sin espíritu crítico. Esto que estuvo justificado cuando la URSS era el único país socialista, dejó de estarlo después de la segunda guerra, al cambiar radicalmente la correlación de fuerzas en la arena mundial.

De ahí que la lucha por el socialismo esté reclamando cada vez con mayor urgencia una crítica interna en el movimiento obrero y comunista, que ayude a encontrar los caminos justos de superación de faltas y errores y a lograr una explicación de fenómenos históricos que siguen todavía en confusa penumbra.

El esquema de Estado proletario que trazaba Lenin en *El Estado y la revolución* no se ha realizado prácticamente en ninguna parte, y menos en el país que nos ha sido presentado y nos es presentado todavía hoy como modelo ideal. Lenin comentando y desarrollando las ideas de Marx y Engels en esta obra dice:

...todas las revoluciones anteriores perfeccionaron la máquina del Estado, y lo que hace falta es romperla, destruirla. Esta conclusión es lo principal, lo fundamental en la teoría del marxismo acerca del Estado.

Con la revolución de Octubre en la URSS fue destruido un tipo de Estado; pero en su lugar ha surgido un Estado mucho más *perfeccionado*, es decir, mucho más potente, más organizado, con poderosos instrumentos de control que hablando en nombre de la sociedad se encuentra situado también por encima de ella.

Lenin desarrollando siempre el mismo tema escribía:

Pero aquí —en el Estado proletario— el órgano represor es ya la mayoría de la población y no una minoría, como había sido siempre, lo mismo bajo la esclavitud y la servidumbre que bajo la esclavitud asalariada. ¡Y desde el momento en que es la mayoría del pueblo la que reprime *por sí misma* a sus opresores *no es ya necesaria* una fuerza especial de represión! (*El Estado y la revolución.*)

Y sin embargo el nuevo Estado surgido de la revolución se ve forzado a crear *una fuerza especial de represión*. Y bajo Stalin esa fuerza termina controlándolo todo, la sociedad, el resto del aparato del Estado incluido el ejército, el partido, e incluso extiende su brazo a los estados de democracia popular donde prosigue la represión organizando los monstruosos procesos de fines de los años 40 y comienzo de los 50.

Lenin hablaba también de la burocracia y el ejército permanente

que son «un parásito adherido al cuerpo de la sociedad burguesa, un parásito engendrado por las contradicciones internas que desgarran a esta sociedad, pero precisamente un parásito que taponan los poros vitales».

Sin embargo el Estado creado por la revolución de Octubre tuvo que organizar una burocracia y un ejército permanente; dio a esa burocracia privilegios que superaban el simple salario de un obrero y la hizo prácticamente tan inamovible como pueden serlo los funcionarios de un Estado capitalista.

Más tarde, Lenin mismo escribió las críticas más acerbas contra esa burocracia y contra los peligros de la burocratización.

Es decir, el Estado proletario ideal que Lenin había imaginado como un Estado en que el proletariado armado, la milicia popular, los funcionarios considerados como simples «contables» pagados como obreros, revocables, iban a reemplazar a la burocracia, al ejército permanente, y a los órganos especiales de represión, tras más de 50 años de poder, no se vislumbra aún por parte alguna. En su lugar ha crecido un poderoso aparato de Estado por encima de la sociedad, que es todo menos el «Estado barato» con que Lenin soñaba.

Si todos los estados son instrumentos de dominación de una clase sobre otra y en la URSS no hay clases antagónicas, no existe objetivamente la necesidad de reprimir a otras clases, ¿a quién domina ese Estado?

La revolución de Octubre, ha producido un Estado que no es evidentemente un Estado burgués, pero que tampoco es todavía el proletariado organizado como clase dominante, no es todavía una auténtica democracia obrera.

En el interior de ese Estado ha crecido y ha actuado el fenómeno stalinista, con una serie de rasgos formales similares a los de las dictaduras fascistas. Subrayo lo de los rasgos *formales* porque la esencia del régimen social soviético era y es radicalmente opuesta a la del fascismo, y esto no es sólo una apreciación teó-

rica sino una verdad contrastada con la sangre de los pueblos de la URSS durante la segunda guerra mundial. Y la esencia revolucionaria del régimen social soviético se ha afirmado reiteradamente en la solidaridad con los pueblos que han luchado contra el fascismo y el imperialismo.

Por mucho tiempo, con la fórmula «del culto a la personalidad» hemos atribuido esos fenómenos a las características personales de Stalin y es cierto que las características personales de Stalin, han pesado seriamente en esta cuestión. Los marxistas no negamos el papel de las personalidades en la historia. Pero ¿por qué una personalidad de las características de Stalin, no obstante haber sido denunciadas éstas por Lenin, logró imponerse? Es verdad que Stalin supo jugar con una habilidad suprema las contradicciones existentes entre los diversos grupos formados en el equipo dirigente del Partido Comunista de la URSS, sentar plaza de unificador e ir deshaciéndose de unos y de otros, de todos aquellos que podían interferir su ascensión. Pero hay que preguntarse si el sentido práctico de Stalin no estaba más en consonancia con el *tipo de Estado* que se estaba formando en la realidad, con lo que Togliatti llamó el *sistema*, con las realidades objetivas que le rodeaban, que sus opositores, sobre todo a partir del momento en que la enfermedad reduce las posibilidades de acción de Lenin y precipita su prematura muerte.

Es evidente que el fenómeno staliniano, que ha sido una forma de totalitarismo, abundantemente utilizado por la propaganda capitalista, ha debilitado la fiabilidad democrática de los partidos comunistas entre una parte de la población de nuestros países.

La denuncia hecha por Kruschchev de los horrores stalinistas quebranta momentáneamente todo el sistema montado por Stalin tanto en la URSS como en los países socialistas del Este. Sobrevienen acontecimientos como los de Hungría y Polonia en los que se forma espontánea y tácitamente un heterogéneo «frente nacional» contra el sistema staliniano de dominación. Mientras en Polonia hay una oposición comunista a ese sistema capaz de

enderezar la situación, en Hungría no sucede lo propio. Son las tropas soviéticas las que restablecen «el orden»: nuevo golpe para el prestigio internacional del comunismo, que repercute también sobre nuestros partidos.

Hay unos años en que Krushev personifica un espíritu nuevo de apertura en la URSS hacia el exterior, de mayor libertad en el interior, que coinciden con éxitos como el lanzamiento del primer «sputnik», la subida al cosmos de Gagarin, nuevos aires en la literatura y el cine soviéticos, depuración y mayor control de los órganos especiales de represión, una especie de primavera.

Un período que se traduce en una elevación del prestigio internacional de la URSS. Pero ese período termina pronto. Una especie de golpe de palacio depone a Krushev, descubriendo sus «errores» cuando todos creíamos que había, por fin, una dirección colectiva corresponsable de lo bueno y de lo malo. Ciertamente que todavía bajo la dirección de Krushev habían surgido los conflictos con China, tratados por aquél —a la luz de cuanto ha ido conociéndose— con indudable ligereza y torpeza, con métodos que arrojaban un tufo pasablemente staliniano.

En realidad una de las causas de la caída de Krushev reside quizás en su incapacidad para transformar el aparato de Estado creado bajo Stalin, el *sistema* de poder político a que había aludido Togliatti, que acabó triturándole.

Ese sistema no se ha transformado, no se ha democratizado e incluso ha mantenido muchos de sus aspectos de coerción en las relaciones con los estados socialistas del Este, como fue puesto brutalmente de relieve con la ocupación militar de Checoslovaquia.

Han desaparecido las represiones masivas y aniquiladoras de tiempos de Stalin. Krushev, depuesto, ha muerto en la cama en su casa. Ha sido un progreso, manchado por formas de opresión y de represión en ciertos campos —desde luego en el de la cultura—. Pero aún no nos hallamos ante un Estado que pueda

considerarse una *democracia obrera*.

Esto afecta a la credibilidad de nuestro partido más, muchísimo más, que si en la URSS existiera realmente *la dictadura del proletariado*. Si las *democracias burguesas* tienen mucho de *formal*, también lo tiene la *democracia obrera* alcanzada hasta aquí por los comunistas.

Decir esto puede ser considerado por algunos camaradas que se resisten a confesar la verdad como un crimen de lesa internacionalismo.

Pero hoy en el movimiento obrero y comunista, en el movimiento progresista, estas cuestiones se plantean más o menos abiertamente, según los casos y no por «la influencia de la propaganda burguesa» como suelen decir los conformistas, sino porque la evidencia de las realidades se impone.

Y ¿cómo vamos a ser los comunistas, que nos consideramos a justo título una fuerza de vanguardia, los últimos en admitir esa evidencia, en enfrentarnos con la realidad?

Hacerlo es además la única forma de prestar servicio a la causa del socialismo tanto en los países que han suprimido la propiedad capitalista como en los que la mantienen.

Ese tipo de Estado que ha surgido en la Unión Soviética, que no es ya un Estado capitalista puesto que no defiende la propiedad privada, que no es tampoco el Estado que imaginaba Lenin —los trabajadores ejerciendo directamente el poder— ¿cómo situarlo en una concepción marxista del Estado? Lenin hablaba de que el Estado en la primera fase del socialismo guardaría muchos de los contenidos del derecho burgués. Pero el Estado del que estamos tratando ha superado en ese orden las previsiones de Lenin. Ha guardado no sólo contenidos de derecho burgués, sino que ha llegado a deformaciones y degeneraciones que en otros tiempos sólo podíamos imaginar en estados imperialistas.

E insisto en que, al mismo tiempo, en una serie de problemas mundiales, ese Estado ha servido la política progresista propia

del régimen social soviético.

Se trata de dos rasgos contradictorios, que no se excluyen, y no es posible tener en cuenta uno solo si quiere hacerse un análisis objetivo.

Todo ello plantea una serie de problemas de teoría y práctica política que interesa abordar y elucidar a todos los partidarios del socialismo, y en primer lugar a los camaradas soviéticos, con rigor y coraje. Resulta que el problema del Estado sigue siendo el gran problema no sólo antes, sino después de suprimir la propiedad privada.

¿QUÉ TIPO DE ESTADO?

En relación con el fondo de la cuestión no me considero en condiciones de dar una respuesta satisfactoria. Pero mi intención es apuntar una serie de datos para una reflexión más general, más avanzada sobre el tema.

Los maestros del marxismo hablaron de dos fases en la edificación del comunismo: la primera, la fase socialista, que resumieron en una fórmula clásica, *a cada cual según su trabajo*; la segunda la fase del comunismo, es decir, *a cada cual según sus necesidades*.

A la primera correspondía la creación del Estado proletario, que representaría la más amplia democracia para los trabajadores. La segunda fase, el comunismo, vería la extinción del Estado, que iría a parar, según frase de Engels, al museo de antigüedades con la rueca y el hacha de bronce.

Pero en la práctica las cosas han demostrado ser mucho más complicadas. Y lo grave es que a una práctica mucho más compleja seguimos aplicando los mismos esquemas teóricos, con lo que el reflejo ideológico se distancia de la realidad y entra en contradicción con ella. El alejamiento entre la ideología y la

realidad confiere a aquélla un carácter alienante, mixtificador, propio de las relaciones entre ideología y práctica en la sociedad burguesa. El trabajador manual o intelectual, que aún no ha logrado recibir *según su trabajo*; que vive en condiciones difíciles; que es víctima de estructuras burocráticas; que está alejado de todas las decisiones sociales importantes, que, de una forma u otra, le vienen impuestas por el binomio Estado-partido, que para él resume la potencia, el poder decisorio; ese trabajador que no ha salido todavía de la alienación, no puede sentir que su vida se desenvuelve ya en el socialismo, aunque no le exploten capitalistas privados. Cuando le dan como justificación los esquemas ideológicos formados en un momento en que era imposible otra cosa que una generalización profética, no le satisfacen y puede comenzar a dudar del socialismo. Aún resulta peor si se le dice que ha comenzado la edificación del comunismo. Entonces se desahoga con chistes, de circulación tan corriente en algunos países socialistas, y cae incluso en la subestimación de los progresos reales, indudables, que ha logrado la sociedad en que vive, y que no pasando de ser eso, substanciales progresos, se le presentan como *socialismo evolucionado* y hasta *comunismo*.

Soljenitsin que hoy recorre el mundo bajo las apariencias de uno de aquellos popes, medio profetas místicos medio granujas, que siglos atrás se lanzaban por los caminos de Rusia a anunciar el fin del género humano, el Apocalipsis, aterrorizando a los paisanos crédulos y retrasados y viviendo de ese menester; ese hombre, al lado del cual Pedro I parecería un peligroso revolucionario, puede serla expresión extrema de la decepción y la desesperanza llevada hasta el odio más irrefrenable, producidos por el desfase entre el sueño y la realidad.

Pero la existencia de sujetos como el citado escritor hace temer que la ausencia o la insuficiencia de una crítica marxista de la realidad —porque el sistema estatal no le ofrece cauces abiertos— termine llevando a engrosar una oposición antisocialista, que «arroje la criatura con el agua sucia», e impida o dificulte gravemente el crecimiento de las fuerzas capaces de modificar

en sentido socialista la situación.

Hay que volver a la complejidad de ésta y a su contradicción con los esquemas simples.

En los establecidos por Marx y Engels no se tenían en cuenta, además de las dos fases citadas —socialismo y comunismo—, otra en que el poder del Estado creado por la revolución tuviera que acometer la realización de la *acumulación capitalista originaria*, indispensable para montar la moderna producción. Es decir, no se contaba con que el nuevo Estado se viese obligado a cumplir, antes que todo, una tarea *típicamente capitalista*, que no podía llevarse a cabo en un período corto y cuyo contenido no variaba fundamentalmente porque se la bautizase con el nombre de «acumulación socialista». Ya es sabido los sufrimientos que bajo el capitalismo provocó la acumulación originaria que, como Marx explica, significó la expropiación de los productores directos, la destrucción de la propiedad privada basada en el trabajo propio; la explotación increíble del trabajo de niños y mujeres; el hacinamiento de millones de familias en los centros fabriles en condiciones infrahumanas; el saqueo de los pueblos coloniales...

Hay que plantearse si el tipo de Estado que se ha desarrollado en la Unión Soviética, y muy particularmente el sistema dictatorial ligado al nombre de Stalin, con todos sus excesos, sus atropellos y arbitrariedades, no es precisamente la consecuencia de esta función que consiste en realizar la acumulación originaria, en desarrollar a toda costa la industria moderna. Es cierto que una fracción de la clase obrera y de la juventud —la más consciente— participaron en esa labor aceptando sacrificios ingentes, movidos por el entusiasmo revolucionario. De ese esfuerzo grandioso han surgido algunas de las mejores obras de la primera literatura y el cine soviéticos que han levantado olas de romanticismo revolucionario en todo el mundo y que han mantenido encendida la fe de millones de proletarios en la revolución rusa. Y esta zona de voluntad y energía revolucionaria ha persistido,

pese a todo, en los tiempos de Stalin y es la causa, al lado de las grandes realizaciones materiales y culturales de este período, de que no sea justo ver éste a través, solamente, de su reverso.

Porque el reverso consistía en que esa acumulación, ese esfuerzo ingente para desarrollar *rápidamente* la industria moderna en un país atrasado, exigía enormes e incabables sacrificios de la población trabajadora y que amplios sectores de ésta no estaban en condiciones de aceptar. He aquí la falla que ha afectado a la alianza entre los obreros y los campesinos y que ha llevado ineluctablemente a poner en pie un tipo de Estado que no reprimía solamente a las antiguas clases dominantes, sino a la parte del pueblo —numerosa por cierto— que no aceptaba aquellos sacrificios y que objetivamente estaba disponible para ser movilizada contra el nuevo poder.

Los fenómenos de la burocratización nacen no sólo de la tradición del Estado zarista, sino de esta situación imprevista por los teóricos. Marx, Engels y el mismo Lenin habían imaginado la dictadura del proletariado como un poder en que la inmensa mayoría reprime a la ínfima minoría y en que la organización de una amplia democracia obrera es incluso la condición para ello. En la práctica las cosas no pasaron así. Una gran parte de la población fue pasiva y una zona muy importante hostil. La democracia obrera fue reduciéndose y el mismo proceso se produjo en el interior del partido donde la aspereza de las contradicciones en la sociedad repercutió en una agravación de las disputas fraccionales que, Lenin muerto, ya nadie podía dominar. Así se desarrolló una capa burocrática que fue absorbiendo las funciones de dirección, convencida de que ella era la depositaria de la misión social de la clase obrera, la personificación de la dictadura del proletariado, pero que insensiblemente fue echando raíces, poseyendo sus propios intereses, moviéndose con arreglo a mecanismos y leyes objetivas, propias y específicas.

En un discurso pronunciado en el I Congreso de los Consejos de Economía Nacional de toda Rusia, el 26 de mayo de 1918, Lenin

había dicho:

No cerramos los ojos ante la realidad de que *solos, con nuestras propias fuerzas, no podemos hacer íntegramente la revolución socialista en un solo país, incluso si este país fuera muchísimo menos atrasado que Rusia*, incluso si viviéramos en condiciones más fáciles que después de cuatro años de una guerra inaudita, dolorosa, dura y ruinosa.

La misma idea es repetida en otros momentos y Stalin, muerto Lenin, reconoce durante un tiempo que es imposible construir *el socialismo completo* en un solo país, y que el socialismo completo sólo se realizará cuando la revolución triunfe también en otros países desarrollados.

¿Qué relación hay entre esta idea, abandonada después, en términos de ideología, para proclamar en el XVIII Congreso la victoria del socialismo en la URSS (lo que no obsta para que más tarde se liquide físicamente, por orden de Stalin, a la mayor parte de los delegados a dicho congreso y se celebren los tristemente célebres procesos), y las características del Estado construido en la URSS?

Ese Estado ya no sirve la propiedad capitalista que ha desaparecido en la URSS. En ese sentido la capa burocrática no puede ser considerada como una *clase* capitalista. Ella no posee propiedad privada y la parte de la plusvalía salida de las empresas soviéticas que se invierte en su mantenimiento, es seguramente inferior a la que cuesta mantener a la burocracia de cualquier país capitalista. Sin embargo la capa burocrática, a sus diversos niveles, dispone de un poder político inmoderado y casi incontrolado. Ella decide y resuelve por encima de la clase obrera, e incluso por encima del partido que, en su conjunto, se halla sometido a ella.

En ese estadio del desarrollo social nos hallamos ante un Estado

que se coloca por encima de la sociedad, en un Estado que es relativamente *libre* en relación con la sociedad, lo que no significa que la sociedad sea ya libre.

En definitiva, el Estado soviético actual ha cumplido las funciones de lograr el desarrollo económico, industrial, técnico, cultural y sanitario del país así como las de garantizar la defensa nacional. Es decir ha asegurado tareas que en otros países de capitalismo avanzado han sido realizadas por el Estado capitalista. Habiendo suprimido la propiedad capitalista, ha creado las condiciones materiales para pasar a un socialismo evolucionado. La cuestión que se plantea hoy es si las mismas estructuras de ese Estado no se -han convertido, por lo menos en parte, en un obstáculo para pasar al socialismo evolucionado. Si ese Estado, tal como existe, no es en sí mismo ya un freno para el desarrollo de una auténtica democracia obrera, e incluso más allá, si no se ha constituido en un freno para el desenvolvimiento material del país.

La cuestión es si ese Estado, ya no capitalista, no es una fase intermedia entre el Estado capitalista y el Estado socialista auténtico como lo fueron las monarquías centralistas entre la sociedad feudal y las democracias parlamentarias capitalistas modernas; una fase que, por sus características y funciones, permitiría una explicación más objetiva y científica del fenómeno staliniano y otros similares.

La cuestión es si ese mismo Estado no está exigiendo del partido y de la sociedad soviética una seria y profunda transformación para convertirle en una auténtica democracia obrera. En el tipo de Estado socialista que preveían los fundadores.

No cabe duda que en los mismos dirigentes soviéticos ha apuntado de una manera u otra esta preocupación, aunque no sea más que en los reconocimientos de las insuficiencias de la democracia socialista. En tiempos de Krushev se elaboró incluso la tesis del «Estado de todo el pueblo» en la que hoy ya no se insiste. Pero la confusión entre partido y Estado parece conducir

más a la construcción de imágenes ideológicas que encubran una realidad que no acaba de satisfacer, que a la transformación auténtica de esa realidad.

Yo no creo tener la explicación ni la solución de estos problemas. Apunto sólo a la necesidad de una labor de investigación teórica que pueda ser base de opciones políticas y que interesa a todo el movimiento obrero y progresista, pero en primer término a los camaradas soviéticos y a quienes estén en situación parecida.

Es decir, quizás hace falta el análisis teórico del sistema político, que no pudo o no supo hacer Kruschev en el XX Congreso y que podría ser el punto de partida para un nuevo salto adelante de la Unión Soviética y de todos los países socialistas.

EL ENTORNO MUNDIAL Y SU INFLUENCIA EN EL ESTADO

Otro dato a tener en cuenta para analizar las características del tipo de aparato de Estado soviético, es el entorno mundial dentro del que se desarrolló.

La industrialización acelerada, que redujo las posibilidades de democracia y llevó a apretar los tornillos a fondo para lograr la capitalización precisa a ese fin, no fue una opción tomada libremente, por razones puramente internas. Venía impuesta en gran medida por el cerco imperialista, por la amenaza de una guerra que no se concretó hasta el 41, pero que estuvo planeando permanentemente sobre la URSS.

O industrializarse o sucumbir: este era el dilema que la agresión fascista vino a confirmar.

A través de esa amenaza las potencias imperialistas, conscientemente o no, influyeron en todo el desenvolvimiento interno de la URSS. Forzaron un ritmo de acumulación e industrialización que habría de limitar obligadamente las medidas sociales e in-

fluir en el retraso de la agricultura; es decir, un ritmo que, en último término, dificultaba la alianza obrera y campesina y reducía la base de masas del sistema. A la vez favorecía la cristalización de un Estado situado por encima de la sociedad, en el que el aspecto coercitivo tomaba proporciones ingentes y propiciaba los excesos del período de Stalin.

Esta realidad confirmaba la imposibilidad de construir el *socialismo completo* en un solo país sin que este régimen triunfase también en una serie de países desarrollados.

En otra situación internacional el proceso de industrialización hubiera podido quizá ser más lento; las transformaciones sociales en la agricultura más pausadas, no perdiendo aliados, y las condiciones de existencia de las masas habrían podido mejorar más rápidamente, creándose así condiciones más favorables al florecimiento de la democracia de los trabajadores.

Las circunstancias mundiales forzaron la opción de los dirigentes soviéticos: transformar el nuevo Estado en una gran potencia militar. Sacrificar muchas cosas a ese objetivo. Esto dio también al Estado nacido de la revolución de Octubre, desarrollado después por Stalin y todavía hoy encerrado en ese dilema, rasgos específicos más propios a acentuar su carácter autoritario.

Ni siquiera la ruptura del cerco, al ampliarse, tras la segunda guerra mundial, el círculo de los países socialistas modificó esencialmente la situación. Los nuevos estados revolucionarios surgían también en países atrasados económicamente, con predominio agrario, que necesitaban industrializarse. El único que tenía un nivel capitalista moderno, Checoslovaquia, lo había logrado en completa dependencia de los países capitalistas de Occidente. Al perder los mercados, los capitales y las materias primas de éstos, Checoslovaquia no encontró un sustitutivo eficaz en el Este y no prosperó económicamente como lo hicieron los países capitalistas que en el 36 estaban a su nivel.

El modelo de Estado soviético fue extendido casi automática-

mente a los nuevos países socialistas. Bajo la influencia de la política de Stalin, la «solidaridad» y «el internacionalismo» fueron aplicados de tal forma que la independencia de esos países fue vulnerada gravemente, como se reconoció después del XX Congreso. En ellos *la variedad de formas* que había previsto Lenin para el paso al socialismo fue puramente *formal*. En 1968 la ocupación militar soviética de Checoslovaquia mostró por un lado la crisis que sufría ese país como consecuencia de la aplicación mecánica del modelo soviético y, por otro, el conservadurismo y la política de potencia que caracterizaban el sistema.

Es indudable que la carrera armamentista que hoy continúa en el mundo, a pesar de los resultados de la política de coexistencia, lleva objetivamente a acentuar los rasgos de fuerza del estado soviético. Que el mantenimiento de un nivel de potencia que permita contrarrestar la de los Estados Unidos, exige un esfuerzo financiero enorme, en detrimento del desarrollo social y económico. E incluso los aspectos positivos —por así decir— que puede tener la carrera armamentista en el desarrollo tecnológico, que en EE.UU. son extendidos y comercializados más rápidamente en otras ramas de la economía facilitando su desarrollo, en la Unión Soviética no tienen los mismos rápidos efectos por la rigidez de la planificación, la separación entre la industria de defensa y la industria civil y el fetichismo del sector militar.

Por otro lado, aún hoy los Estados imperialistas, y particularmente los EE.UU., están en situación si no de determinar, sí de influir buen número de decisiones soviéticas no sólo con la presión militar, sino, sobre todo, con las armas del comercio y de la tecnología.

Los discursos de Sonnenfeld y de Kissinger en una reunión de embajadores americanos, publicados por el Departamento de Estado, son significativos a este respecto.

Aunque en muchos aspectos imputan a las relaciones de la Unión Soviética con sus aliados características que son más propias a las de Estados Unidos con los suyos; aunque reconocen explí-

citamente los Emites de la potencia americana, y que los EE.UU. no poseen hoy bastante poder para dominar los problemas de la nueva correlación de fuerzas en la arena mundial, hay otros juicios que, incluso desorbitados, tienen un fondo de verdad. Por ejemplo la apreciación de que la categoría de superpotencia a escala mundial de la URSS, tiene como principal soporte el poderío militar y que una política comercial americana hábil y de largo alcance puede influenciar la política soviética, dados los problemas de su economía y la de los otros países socialistas.

Los términos en que se plantea la confrontación mundial hoy no favorecen la transformación del Estado soviético en un Estado de la democracia obrera. Son términos de fuerza, términos que ponen en primera línea el papel del ejército y de los servicios que auxilian a éste; términos en los cuales se favorece la tendencia a afirmar la uniformidad más que a propiciar la discusión; a consolidar la autoridad antes que a desenvolver la democracia. Un Estado en que el ejército y los órganos de autoridad tienen un papel tan grande, aunque sea un estado sin capitalistas, aunque sostenga la lucha de los pueblos por su liberación, corre el peligro de considerar la potencia como su objetivo primordial. Tiende a convertir la ideología en un instrumento de la potencia. A ver los problemas de la lucha de clases, de la lucha de liberación, de la lucha por el socialismo, en escala mundial, como complementarios de su poder en la confrontación mundial en que se encuentra involucrado. A ver en el internacionalismo un complemento de su potencia y a instrumentalizarle.

Y en vez de reconocer los límites que su situación objetiva, las condiciones en que se ha desarrollado —y los errores y faltas propios— han impuesto a su transformación social interior, a la obra propia al socialismo de liberar a los trabajadores, y con ello de liberar al hombre de toda opresión, de toda alienación; en vez de reconocer cuanto queda aún en las estructuras de su Estado de ajeno al Estado de transición que previeron los fundadores del marxismo, de herencia del viejo Estado; es decir, en vez de reconocer que estamos sólo tratando de marchar hacia condiciones

en las que el socialismo pueda expandirse porque la historia no nos ha permitido más, se pretende que nos hallamos ya en el socialismo pleno, incluso en la antesala del comunismo y que no hay otro socialismo posible que ése.

Y en nombre de ello se intenta mantener lo que nosotros llamamos *el viejo internacionalismo*., es decir, el que calificaba a los partidos comunistas y obreros por su defensa incondicional de la Unión Soviética: «la piedra de toque del internacionalismo proletario es la actitud ante la Unión Soviética».

Pero los partidos comunistas que actuamos en los países capitalistas no podemos aceptar la idea de que la victoria del socialismo se resuelva en la confrontación entre los países en los que ya no hay capitalistas y los que aún mantienen ese régimen. El mundo de hoy es otro. Sonnenfeld lo ha confesado:

Los soviéticos jugarán, pues, su papel sobre la escena mundial y se manifestarán a pesar de lo que nosotros hagamos... Hay que abandonar la idea de considerar la distensión como un procedimiento destinado a conciliar o a apaciguarnos con la potencia soviética. Nuestra tarea en adelante es convivir con esta potencia o domesticarla. Nuestro problema en adelante es vivir en un mundo que cuenta con otra superpotencia, esperando la ascensión de una tercera, China, en el curso de los próximos 20 años.

Si en el pasado, en algunos países la revolución triunfó, como consecuencia de la derrota militar, que facilitó a los trabajadores el desplazamiento de las clases dominantes responsables de dicha derrota, ello no significa que para nosotros esté trazado un camino idéntico. No queremos ni guerras ni derrotas militares entre el mundo capitalista y el mundo socialista. La cuestión no está en que el Este derrote militarmente al Oeste; hay que sacarla, en absoluto, de estos términos disparatados. El desplazamiento del capitalismo como clase dominante hay que hacerlo en cada país y debe hacerlo cada pueblo por su cuenta y esfuerzo y sin perder su identidad nacional. El papel de los comunistas de Occidente no es potenciar el bloque militar del Este; es hacer la

transformación político-social en su propio país sin que eso signifique debilitamiento de éste; es luchar por impedir la guerra, por lograr una cooperación a escala internacional, basada en el interés de los pueblos y en relaciones democráticas entre ellos y no de opresión; batallar por la limitación y destrucción de las armas atómicas, por el desarme y la paz, por la desaparición simultánea de los bloques y las bases militares extranjeras.

La revolución socialista en el Occidente capitalista debe ser la derrota y el desplazamiento político y social de sus clases explotadoras; pero no la derrota nacional de esos países por potencias extranjeras.

Al vencer el socialismo, al aportar a aquellos países un desarrollo más pleno de las conquistas democráticas históricas, al liquidar la explotación del hombre por el hombre *y establecer relaciones igualitarias y fraternales, los comunistas perseguimos el engrandecimiento, el ascenso del país que nos vio nacer para cooperar así al progreso de la humanidad, y de ninguna manera la subordinación de los nuestros a otros países.*

Nuestra lucha contra el imperialismo prefigura hoy ya nuestra voluntad de relaciones democráticas de igualdad y no de subordinación con todos los países, sean cuales sean, para el futuro. *Jamás hipotecaremos nuestra independencia ante nadie, en nombre de ningún interés ideológico o material.*

En el discurso de Kissinger ante los embajadores americanos hay una serie de afirmaciones interesantes que confirman el contenido puramente capitalista de la política americana y que tienen la virtud de dar de lado a las coberturas hipócritamente democráticas:

Hay gentes que piensan que somos demasiado intransigentes en nuestra actitud hacia los partidos comunistas occidentales. Pero nosotros no podemos envalentonar los progresos de esos partidos ni permitir el establecimiento de un precedente por el cual, a causa de nuestra inacción, habríamos facilitado el éxito de un

partido comunista. *¿En qué medida tal o cual partido sigue la línea de Moscú? Eso no tiene importancia. Incluso si Portugal hubiera imitado el modelo italiano nosotros nos hubiésemos opuesto de todas las maneras.* No es sólo porque Cunhal es un staliniano por lo que estamos contra tal evolución en Portugal. Incluso el impacto de un Partido Comunista italiano, que ha ofrecido la apariencia de gobernar de manera eficaz, sería devastador; en Francia y también en la OTAN.

Es difícil imaginar cómo podríamos nosotros continuar teniendo discusiones en la OTAN si diferentes partidos comunistas situaban los gobiernos de Europa occidental bajo su control. Podríamos, como sucede con China, tener políticas paralelas. Pero la alianza, tal como existe actualmente, no podría sobrevivir. *La alianza occidental ha tenido siempre una importancia que iba más allá de la seguridad militar.*

Kissinger *dixit*. Para él la cuestión no es si un partido comunista «sigue la línea de Moscú», lo que en su espíritu significa actuar como un componente de la potencia soviética; incluso es partidario, por ejemplo, de que los comunistas yugoeslavos sean “*menos desagradables*” hacia Moscú. No le importa, en realidad, el equilibrio de fuerza militar; ese equilibrio está determinado ya no tanto por las alianzas, ni siquiera por las bases, como por el desarrollo de la potencia nuclear. Pueden desaparecer esas alianzas y el equilibrio subsistirá. Lo que le preocupa es que en Europa occidental no cambie el sistema social —por eso la importancia de la alianza ha ido siempre «más allá de la seguridad militar»—. No considera la alianza en función de una defensa militar, sino de la presión militar de la alianza, contra los cambios sociales que democráticamente quiera introducir cada país.

La confesión es importante también porque desarma ciertos argumentos dogmáticos simplistas, según los cuales una posición independiente hacia la URSS equivale a un acercamiento al imperialismo americano. Cuando en realidad a éste le preocupa más la posición independiente y democrática de un partido co-

munista, que la seguidista y dogmática, porque con ésta difícilmente un partido comunista podrá alcanzar y sobre todo *mantener* posiciones de gobierno en un país desarrollado del Occidente capitalista.

Reanudando el razonamiento iniciado más atrás, *el planteamiento de la lucha por el socialismo en términos de confrontación mundial entre dos sistemas, en la práctica entre dos potencias o grupos de potencias, no es el nuestro*. Primero porque el socialismo logrado hasta hoy, todavía en una etapa muy primaria, no es aún el ejemplo luminoso que puede decidir la victoria en los términos de una confrontación ideológica —me estoy refiriendo a los países capitalistas desarrollados a los que podemos proponer ese modelo— y segundo, porque una confrontación militar sería el suicidio para unos y otros.

Que el movimiento obrero y comunista internacional no es homogéneo, que en él existen tendencias diversas, es una realidad que debemos asumir. Existe, simplificando, una tendencia protagonizada por los camaradas soviéticos que trata de mantener el movimiento apegado a una serie de dogmas que pueden significar una valoración propagandística del tipo de sistema alcanzado en la URSS, pero que, salvo en raros casos, no sirven a los partidos comunistas para transformarse en partidos gobernantes y, menos, dirigentes en sus países; existe también una tendencia china, muy difícil de definir, puesto que, hasta aquí, se manifiesta casi exclusivamente en una actitud de hostilidad cerrada ante la Unión Soviética y en la práctica minusvalora el papel y la independencia del movimiento obrero internacional.

Y hay —repito, simplificando— una nueva tendencia, surgida principalmente en los países capitalistas avanzados, que se mantiene fiel a los principios del marxismo, que asume *deformar críticas* conquistas del movimiento revolucionario hasta hoy, que trata de incorporar a los logros de la teoría el análisis y la elaboración de los cambios estructurales, económicos, sociales y culturales y que reivindica las vías democráticas y la indepen-

dencia para elaborar su propia estrategia.

En la existencia de esa heterogeneidad, de tendencias diversas, influye, como es lógico, el factor nacional; el hecho de que en esta etapa de distensión y cooperación las formas nacionales de la lucha de clases —y no de la colaboración de clases— se colocan en un primer plano; influye la maduración política y teórica lograda, en escala mayor o menor, por partidos que poseen una larga y rica experiencia propia de la lucha de clases.

Ahí se dan las bases *para* una coincidencia y una contradicción simultáneas: coincidencia que dimana del régimen social no capitalista, en el que existen las bases materiales para el desarrollo del socialismo; contradicción con un tipo de Estado que por sus características tiende a colocarse no sólo por encima de su propia sociedad, sino de las sociedades de otros países; un tipo de Estado que tiende a la potencia por una serie de factores objetivos y subjetivos, algunas de cuyas causas yo me esfuerzo en apuntar.

Los progresos del movimiento socialista en los países capitalistas desarrollados pueden ayudar a la sociedad y a los comunistas soviéticos a superar ese tipo de Estado, a dar pasos adelante en su transformación en un auténtico Estado de la democracia trabajadora. Esa es una necesidad histórica que haría un gran bien a la causa del socialismo en el mundo entero y destruiría de raíz muchas de las propagandas burguesas. Por eso es más lamentable que en el 68 no se haya permitido proseguir su experiencia a los camaradas checos.



Este libro fue digitalizado y maquetado
por Demófilo para la Biblioteca Libre
Omegalfa, en el mes de noviembre
de 2019

Ω

